

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR

CARLOS BOGLIOLO

ADMINISTRADOR

ORESTES CONFALONIERE

REDACTORES

Brunhilda Wien. — Herminia Blengino. — Jorge M. Rodhe. — Gregorio Halperin.  
— Juan M. Cassinelli.

## SECCION FILOSOFIA

### LA ORGANIZACION Y ADAPTACION AL MEDIO AMBIENTE

Su influencia en la morfogénesis y fisiogénesis, especialmente en los instintos.

(Continuación)

#### CAPITULO IV

#### INSTINTOS

1. *Definición.* — 2. *Como se distinguen los instintos de los actos reflejos y de los actos voluntarios.* — 3. *La perfección y clasificación de los instintos.* — 4. *Los instintos en los animales.* — 5. *Instintos sociales.*

1. *Definición:* — Los distintos términos que los psicólogos suelen con frecuencia emplear, para designar una misma cosa, hace que sus tratados de psicología, lejos de guiar, introduzcan más bien una confusión lamentable en la mentalidad del estudioso inexperto. Tal ocurre con la parte de psicología que trata de las manifestaciones del instinto; mientras unos distin-

guen perfectamente los procesos evolutivos de la actividad psíquica hasta llegar a las manifestaciones instintivas, otros definen indistintamente el hábito, tendencia e instinto, confundiendo a veces en uno solo, o atribuyendo a esos elementos propiedades completamente distintas.

Seleccionadas las definiciones respectivas, y empleando el lenguaje biopsíquico propiamente dicho, aceptamos la definición del instinto como una especie de función psíquica formada del conjunto de tendencias, creadas a su vez por el hábito y resultante de la adaptación progresiva al medio. Influye en su formación, además del factor ambiente y el de la herencia, también el factor de la selección natural; este último es sin duda de suma importancia, por cuanto obran tanto en la eliminación de las variaciones psíquicas inadaptables a las condiciones del medio, como en la conservación de las modificaciones útiles.

Según opinión de unos, intervienen en la función instintiva, conjuntamente con los elementos psíquicos espontáneos, o sea las percepciones y emociones, la función del cerebro; según otros, como Hoffding p. ej., llámense movimientos instintivos también aquellos que se originan en centros inferiores del encefalo, como es el caso de los animales inferiores cuya función cerebral es casi nula; y como veremos más adelante en los crustáceos y en los insectos principalmente, los instintos pueden ser considerados producto de actividades simples o complejas adquiridas en la vida individual, o heredadas aisladamente, cuyo factor principal depende de la asociación de sensaciones que aparecen o se completan en el curso de la vida de cada individuo y forman como un cemento que une los restos de otras actividades. Por otra parte sabemos, que actos primitivamente inteligentes pueden por la repetición frecuente en la misma especie convertirse en automáticos y aparecer en las generaciones sucesivas bajo formas de instintos adquiridos, como ser los actos complejos de la palabra, marcha, etc.

Ahora bien, volviendo al objeto de nuestro tema, que es la influencia del medio y de la organización, que venimos desarrollando desde desde el comienzo de esta exposición, veamos como, aplicando dichas teorías evolucionistas nos expli-

camos, diríamos así biológicamente, el proceso evolutivo de la formación progresiva del instinto (1).

Al estudiar la influencia que ejerce la adaptación del medio en los órganos de la función psíquica hemos podido establecer el proceso evolutivo de la adaptación que origina la variación de los órganos y mecanismos a través de la evolución filogenética; con idéntico criterio se explica la formación de las funciones psíquicas, porque las variaciones morfológicas de las especies se acompañan con las variaciones de sus funciones psíquicas de adaptación.

Sabemos también, que "toda excitación ocurrida en un organismo unicelular determina los desequilibrios, que a su vez tienden a restablecerse, dejando en él una disposición que facilita la repetición de procesos energéticos similares. Si estos procesos se repiten en el curso de la experiencia del organismo considerado, la disposición se refuerza progresivamente y se establece una vía de menor resistencia para que las permutas energéticas desenvuelvan en un sentido determinado la adaptación del organismo a su medio; al ser vivo ha adquirido un hábito.

Las variaciones adquiridas en la evolución de un individuo son hábitos constituídos en el curso de su experiencia mediante la memoria.

Los hábitos están determinados por las condiciones del medio y son procesos de adaptación en el sentido de la menor resistencia. Si las condiciones en que un hábito se forma son constantes, el hábito adquirido es útil en la evolución venidera del individuo y de la especie; además la constancia de las condiciones determinantes tiende a repetir la formación del hábito.

"Toda nueva actividad adaptiva, lo mismo que las actividades asimiladoras es susceptible de hacerse habitual y de transmitirse hereditariamente como tendencia. Sin la herencia de las variaciones estructurales y funcionales adquiridas en la evolución individual sería inexplicable la evolución biológica".

Las modificaciones estructurales y funcionales determinadas por el hábito en una especie, se transmiten hereditariamente

---

(1) Para ese fin nos valemos de la claridad de expresión con que Ingenieros expone en su obra «Principios de Psicología».

te como disposición favorable para el desarrollo en los descendientes; pues bien, el conjunto de esas disposiciones es lo que en lenguaje psicológico llamamos tendencia; y al conjunto de esas tendencias en una especie determinada forma el instinto propiamente dicho.

En cuanto a la influencia que la organización ejerce en la formación y variación de los instintos, el estudio de las manifestaciones del instinto desde los animales inferiores hasta el hombre, nos enseña el camino de la evolución en dirección siempre ascendente, en que según los trabajos de Holmes, Bouverie, Marchals y Bohn se ha llegado a demostrar que esas manifestaciones comienzan a iniciarse gracias a la asociación de sensaciones, de la que se forma una memoria elemental, que luego al desarrollarse en los vertebrados ha de unirse a la atención, más adelante a la imitación para crear el esbozo de la inteligencia, la cual necesita para su manifestación del substratum fundamental del sistema nervioso.

Por otra parte, si bien no se escapa la dificultad del estudio genético de las formas iniciales del instinto social, no obstante la única forma posible de explicar su formación biológicamente, es hacer notar una correlación entre la variación de organización y adaptación al ambiente y las variaciones de las funciones e instintos sociales, porque puede observarse que a medida que la estructura de los agregados sociales se perfecciona para facilitar su adaptación colectiva a las condiciones del medio, nuevas funciones mentales colectivas vándose diferenciando.

2. *Como se distinguen los instintos de los actos reflejos y de los actos voluntarios*: — La mayor parte de los psicólogos están contestes en que la distinción entre los actos reflejos y los actos instintivos, sobre todo tratándose de los animales inferiores, no es tan precisa. Es que toda la confusión deriva precisamente de la dificultad de establecer la diferencia entre ambos; porque lo que llamamos instinto en las especies de animales inferiores no podemos aplicar tratándose de los superiores sin caer en confusiones.

El acto reflejo es un movimiento automático, fuera de la conciencia; representa una adaptación neuromuscular a

las excitaciones del medio exterior y no una adaptación mental como en el instinto. No obstante, en los actos reflejos de adquisición, en los de grado diríamos más elevado, hay una sorda conciencia en la adaptación del movimiento; de ahí que Romanes en su obra "L'evolution mental chez les animaux" considere que no es posible trazar una línea divisoria entre los reflejos y los actos instintivos.

El acto reflejo requiere una excitación del medio exterior, relativamente fuerte, y la intensidad de la reacción es proporcional a la intensidad de la irritabilidad; en el acto instintivo en cambio, la excitación externa no representa importancia alguna y su provocación obedece generalmente a una excitación interna y de tendencia afectiva. Así p. ej. el pájaro tiene a la vista constantemente las briznas de la hierba, pero la construcción de su nido no obedece a la percepción visual, sino a actos afectivos, que aparecen en un momento dado, al iniciarse la secreción de las glándulas sexuales, etc.

Ahora bien, la actividad espontánea y refleja, es el comienzo de la vida; pero a medida que se desarrolla la actividad determinada por los movimientos, que al principio fácil, tropieza más adelante con frecuentes resistencias, fórmanse los hábitos, los que asociados a los elementos de placer o de dolor, dan origen a la tendencia. Toda tendencia implica cierta inquietud; cuanto más aumenta la resistencia la inquietud se transforma cada vez más en dolor. La tendencia puede decirse es una necesidad de la actividad, dirigida por la representación de un fin.

La tendencia, que es el resultado de un conjunto de impulsos motores simples, al complicarse cada vez más con el sentimiento de placer o dolor, se aleja por eso mismo de los actos reflejos y simples.

Distínguese el instinto de las funciones psíquicas superiores, o sea de los actos voluntarios, en que el instinto, como también el acto reflejo aparece automático y el ser no muestra iniciativa ni fin alguno; en que mientras en los instintos la conciencia interviene en una forma representativa, en los actos voluntarios es inventora. Según unos el instinto lleva la ima-

gen ciega de los hechos, y es de orden fatal; (1) según otros la acción instintiva es el impulso irreflexivo que arrastra de una manera inconsciente e irresistible, es reproductora y no creadora. Según James — para quien el instinto es un impulso — este no es siempre ciego ni invariable.

El hombre, dice, posee mucha mayor variedad de impulsos que ningún otro animal inferior y ninguno de estos considerado en sí mismo es tan ciego, como puede serlo el instinto más bajo, pero por virtud de la memoria, del poder de reflexión y de indiferencia llega a ser resultado de una previsión a la que precedió determinada experiencia.

Todo acto instintivo en un animal con memoria, habrá de cesar de ser ciego una vez que ha sido repetido.

Resumiendo diremos, que el instinto, diferénciase del acto reflejo por la mayor complejidad de elementos que intervienen en su formación y por la adaptación relativamente consciente a las circunstancias del ambiente; y distínguese de los actos voluntarios en que estos involucran los elementos de la conciencia propiamente dicha, al mismo tiempo que la representación del fin. Romanes, al estudiar los instintos secundarios (según su clasificación, como veremos más adelante) demuestra en la evolución de los instintos, como se alejan cada vez más del aspecto reflejo y aproxímanse al voluntario; de donde se deduce que el instinto puede ser considerado como el punto intermediario entre los actos reflejos y voluntarios.

Notemos también, que según Ribot (“Las enfermedades de la voluntad y enfermedades de la memoria”) los fenómenos conscientes son los primeros en borrarse y las tendencias en cambio predominan siempre. Que las facultades del movimiento voluntario se borran antes que los involuntarios, los recuerdos recientes desaparecen antes que los antiguos, el juicio y las imaginaciones antes que los hábitos antiguos.

### 3. *La perfección y clasificación del instinto.* — Considé-

---

(1) Como ejemplo, cita Romanes, entre otros, el caso de la abeja que deposita en la celda que carece de fondo, igual cantidad de miel que en las demás celdas, tapándola cuidadosamente, como si hubiese conservado la miel que deposita.

rarse perfecto al instinto que convenientemente adaptado al medio, puede hacer frente a las circunstancias de la vida. Es perfecto un instinto cuanto más puro y emotivo se nos presenta; sabemos que lo que más influye en el impulso de los instintos son los fenómenos afectivos. Cuanto más obedece un ser a un instinto tanto más emotivo es. El hombre primitivo, el niño y el animal, llevan una vida mucho más afectiva que el hombre intelectual. La acción instintiva puede ser efecto de una emoción, pero puede comprobarse por el efecto que produce una alarma en la calle, en personas que obran bajo el impulso del instinto y en las que reflexionan, que desaparecida la emoción, también el movimiento o impulso se detiene. Así p. ej.: la persona que obra bajo el impulso del instinto únicamente, acudirá inmediatamente al lugar de la alarma, en cambio en la que reflexiona, el movimiento espontáneo desaparece.

La perfección del instinto manifiéstase también dependiente de la experiencia y de la herencia. Son innumerables los ejemplos que ofrecen las observaciones verificadas por Spalding y citadas en la obra de Romanes respecto a la perfección de los instintos en los animales. Así p. ej.: observó en un polluelo, al que hizo salir del huevo antes que sus ojos tuvieran ocasión de ejecutar un acto visual, la percepción instintiva de la distancia, como apenas descubierta la vista atrapa con una destreza al primer insecto que encuentra.

El ejemplo de la perfección del instinto, citado, no puede considerarse resultado de una educación, pero sí de la herencia; es que el instinto va unido a la especie y es hereditario.

Romanes distingue entre los instintos dos clases: los instintos primarios y los instintos secundarios. Los *primarios*, comprenden los instintos provocados por fenómenos afectivos y adaptados al medio gracias a la selección natural — que según dijimos interviene en la eliminación de los nocivos y

conservación de los útiles; esos son los instintos de perpetua transformación, pues sufren continuas modificaciones tendientes siempre hacia la perfección.

Los instintos *secundarios*, según dicho autor, son los que se forman después de verdaderas concepciones representativas, en las que el movimiento en su origen guiado de una manera consciente se fija poco a poco por el hábito y la herencia. En su formación intervienen la selección natural, la coordinación operada entre los actos reflejos con una concepción vaga del fin perseguido y una adaptación reflexiva en los primeros momentos. En la clasificación que hace Schneider, en su obra *Der hierische Wille*), citado por James, subdivide los impulsos (1) en tres clases: en impulsos sensaciones, impulsos percepciones e impulsos ideas. Un *impulso sensación* sería el acto de encogerse a la sensación del frío; un *impulso-percepción*, el volverse para seguir a alguno que corre o escapa; y un *impulso-idea*, o imaginación, es el acto de agacharse para guardarse de la lluvia. Una aislada acción compleja instintiva, puede implicar el sucesivo despertar de las tres clases de impulsos mencionados.

En rasgos generales, podemos clasificar los instintos en dos grupos principales, o sea: en instintos de nutrición y en instintos de reproducción; todos los demás instintos adherentes a esos dos principales en sus manifestaciones más complejas, como ser los impulsos auxiliares de defensa y los impulsos sociales, pueden en su origen considerarse como modificaciones especiales de los dos instintos fundamentales.

Los instintos conviene estudiarlos preferentemente en los animales, porque mientras en el hombre se hallan mezclados con facultades superiores, en los animales se manifiestan más puros; ello no implica que nos apartemos de la afirmación de James que consiste en considerar, que en ningún otro mamífero ni aún en el mono puede presentarse una lista más abundante de instintos.

Se afirma generalmente que el hombre difiere de los demás seres inferiores por el escaso número o la casi total ausen-

---

(1) Ya sabemos que James define el instinto como un impulso.



cia de instintos, pero según parece el hombre posee una variedad mucho más rica de impulsos que ningún otro animal.

Según Preyer, en su obra "El alma del niño", los actos instintivos humanos son pocos en número, y aparte de los relacionados con la pasión sexual, difíciles de reconocer hasta pasada la primera juventud, cree que debemos prestar mayor atención a los movimientos instintivos de los recién nacidos y de los niños. El hecho que los actos instintivos sean reconocidos en el niño con mayor facilidad, se explica como efecto natural de los principios de transitoriedad y de la restrictiva influencia de los hábitos una vez adquiridos.

Preyer divide los movimientos del niño en *impulsivos*, *reflejos* e *instintivos*. Los movimientos impulsivos son los casuales de los miembros del cuerpo, de la voz, efectuados sin mira alguna y sin percepción, los *reflejos*, comprenden el llorar al contacto del aire, el estornudar, el hablar gansoso, el roncar, el suspirar, sollozar, vomitar, mover los pies cuando se tocan y el de mamar. Luego vienen el morder, el asir los objetos y el llevarlos a la boca, el sentarse, el estar de pie, el arrastrarse, el andar y pasear, y siguiendo el orden de la aparición de los instintos, nacen sucesivamente los instintos de la imitación, de la emulación, del miedo y la combatividad, de la simpatía; la timidez, sociabilidad, juego, curiosidad y adquisividad empiezan en el niño en edad temprana. El instinto de cazar, de la modestia, del amor y el instinto parental aparecen después; y a la edad de 15 o 16 años el dispositivo de los instintos puede considerarse completo.

4. *Los instintos en los animales.* — El estudio de las manifestaciones psíquicas en los animales representa uno de los progresos de la psicología experimental, y es preciso reconocer el adelanto notable obtenido en el complicadísimo campo de la psicología animal, gracias a la sagacidad de los investigadores principalmente de los Estados Unidos, Francia, Alemania, Suiza y Rusia, y convenir en la importancia que esos estudios ofrecen para los efectos de la psicología comparada y las deducciones y argumentos convincentes que prestan a los fines de la interpretación de las teorías evolucionistas.

Según el estado actual de las investigaciones relativas a las manifestaciones instintivas de los animales inferiores, pudo observarse en rasgos generales que en los crustáceos y en los articulados se distinguen dos tendencias (1).

La una consiste en colocarse de modo, que los dos lados del cuerpo (el izquierdo y derecho) perciban la misma excitación del medio exterior (tropismos) pudiendo observarse que desde el momento en que por una causa determinada, el cuerpo se desvía de ésta posición de equilibrio, tiende ipso facto a volver a ella automáticamente. La otra tendencia observada, consiste en detenerse, volver atrás, o cuando el medio externo varía bruscamente girar en un arco de 180 grados, todo eso debido a la exteriorización de la sensibilidad diferencial. Al lado de esas tendencias comienzan a iniciarse en algunos animales ya próximos a los articulados rudimentos de una memoria asociativa.

Del análisis de los instintos principales en los crustáceos y en los insectos se deduce, que al lado de los recuerdos de antiguas actividades, existen nuevas adquisiciones debidas a la memoria asociativa.

Según los trabajos de Holmes, Bouviere, Marchals y Bohn, se ha tratado de demostrar, que las manifestaciones instintivas en los animales comienzan a iniciarse gracias a la asociación de sensaciones, de la que se forma una memoria elemental, que luego, al desarrollarse en los vertebrados ha de unirse a la atención, más adelante a la imitación, etc.

Pero la cuestión de la existencia de la naturaleza de las sensaciones ha sido objeto de discusiones y de muchas divergencias. En efecto, los mecanicistas de la escuela alemana, como Bethe, Beer y Euskuhl han llegado hasta la negación de las sensaciones en los animales inferiores, yendo más allá que Descartes autor de la teoría de las bestias máquinas. Más aún, para Ziegler resulta verosímil que los animales inferiores no posean la noción del dolor.

Es sin duda difícil determinar con los métodos directos la

---

(1) C. Calleja de Borja Tarrins: Las manifestaciones del instinto en los articulados; Memorias de la Real Academia de Ciencias y artes, Barcelona 1918.

existencia de las sensaciones conscientes en los animales inferiores, pero con el método asociativo propuesto por el Prof. Bohn de París, se ha podido llegar a observaciones más exactas. Se basa Bohn en el hecho que pueden existir movimientos sin sensaciones o sensaciones sin movimientos, puesto que muchas de las sensaciones no se exteriorizan y quedan en un estado latente; y para demostrar tal afirmación era preciso recurrir al método de la asociación — que como veremos es el único utilizable en esa clase de investigaciones — según se ha comprobado con los experimentos realizados con los peces por Meyer, y en los himenópteros de Bouvier que transcribimos (1). De esos dos ejemplos puede deducirse la importancia y utilidad del método asociativo de Bohn, que aplicado al estudio de los instintos en los articulados ha dado resultados notabilísimos.

En las investigaciones relativas a los instintos de los anima-

---

(1) Se ha creído durante mucho tiempo que los peces no reaccionaban a los estímulos sonoros y por lo tanto se deducía que estos animales no oían. A Meyer se le ocurrió la idea, de asociar al estimulante auditivo otro que tuviera interés inmediato para el animal tal como la nutrición. Siempre que producía un determinado sonido, Meyer ofrecía a los peces el alimento en una pequeña parte del acuario, separado del resto por un tabique opaco. Al cabo de dos meses de ensayos preliminares, en seguida que sonaba el ruido conocido, los peces penetraban en la parte del acuario donde se encontraba el alimento.

El segundo ejemplo, que suministra Bouvier con sus observaciones sobre los himenópteros, los cuales depositan sus huevos en pequeños agujeros que cavan por sí mismos en el suelo. Una vez realizada la puesta vuelan en seguida tales insectos en busca de las presas que han de servir de alimento a sus larvas. Tras de haber efectuado a veces largo viaje, vuelve el animalito, encontrando rápidamente el emplazamiento de su nido, guiado, según Bouvier, por sus sensaciones visuales, orientándose por medio de puntos de referencias, por ejemplo, tres plantas; al lado de ellas se encuentra una piedrecita, que parece no utilizar el insecto como punto de referencia; en efecto, mientras que la supresión o el desorden en la colocación de una de las plantas parece turbar al animal, la supresión de la piedrecita no cambia en lo más mínimo la manera de comportarse. Sin embargo, puede demostrarse que el insecto ve la piedra. Si, en efecto, se suprimen las tres plantas de referencia y se arrasa el suelo, dejando únicamente la piedra, el animal, desorientado durante cierto tiempo, acaba por encontrar nuevamente el agujero, guiándose manifestamente por la situación de tal piedrecita, la cual, como se ve, han dado origen a sensaciones que habían quedado ocultas, pero que se han transformado en aparentes desde el momento en que se han suprimido los objetos que producían sensaciones más fuertes (Anales de la Real Academia, de Barcelona, citada, pág. 5.)

les inferiores, especialmente en los articulados se han podido observar las siguientes manifestaciones: el instinto de la simulación de la muerte, la facultad en muchos crustáceos e insectos de suspender sus actividades, simulando la muerte cuando una de las fuerzas del mundo externo varía bruscamente, vale decir, cuando se hallan delante de una amenaza; esa simulación consiste primero en la inmovilización del animal en la misma actitud que tenía en el momento de la simulación; segundo, en que antes de inmovilizarse retrae sus apéndices y se apelotona sobre sí mismo. Este instinto de la simulación, bien analizado, no puede estimarse como una verdadera simulación puesto que en ese caso, habría que creer en una conciencia del peligro; se trata en cambio, según los investigadores, de un instinto formado por supervivencia de pasadas sensibilidades diferenciales que únicamente al llegar a los vertebrados pueden en ciertos y determinados casos ser utilizables de un modo consciente.

Los otros instintos observados, como ser el instinto de la vuelta al nido, de la busca de alimentos, del mimetismo y principalmente el instinto social han sido estudiados en varias monografías, y sin detenernos en mayores detalles tan sólo diremos, del análisis de los instintos de los articulados, que esos pueden ser considerados como una suma de actividades simples o complejas adquiridas en la vida individual o heredadas aisladamente y que el principal de los hechos psíquicos depende de la asociación de sensaciones que aparecen o se completan e el curso de la vida de cada individuo y forman como un cemento que une los restos de otras actividades.

Hemos preferido ocuparnos aunque en forma muy somera de las manifestaciones del instinto en los animales inferiores, a fin de mostrar o dejar entrever el principio de la formación evolutiva de los instintos y por otra parte por tratarse de uno de los ensayos de explicar la génesis de los instintos menos conocida; en cambio consideramos que detenernos en el estudio de las manifestaciones del instinto en los animales superiores resultaría tan inoficioso como dificultoso, dado los límites del espacio por un lado y la abundancia de estudios especiales sobre este punto, por otro.

5. *Instintos sociales.* — La vida en colonias organizadas influye en la modificación de las funciones individuales de adaptación, produciendo una variación del desenvolvimiento mental apropiado a las condiciones colectivas de existencia.

Todos los grupos de especies, cuyos individuos se agrupan en sociedades, adquieren hábitos colectivos anteriores a la experiencia de cada individuo.

Pero el estudio genético de las formas iniciales de los instintos sociales representa serias dificultades desde que para la reconstrucción de la formación gradual de los hábitos colectivos se requiere el estudio de las primeras asociaciones animales y humanas, que escapan naturalmente a nuestra experiencia; pero la única forma posible de explicarlos la encontramos en el hecho que se observa "que las variaciones de organización y adaptación al ambiente y la variación de la mentalidad son correlativas". Darwin dedica en su obra "La descendencia del hombre" un capítulo muy interesante a los instintos sociales; considera naturalmente difícil establecer su origen; porque cree, que mientras unos pueden explicarse resultantes de otros instintos y facultades, como ser la simpatía, la razón, la experiencia y la tendencia a la imitación, otros en cambio pueden ser considerados efecto de un hábito continuado durante mucho tiempo. De todos modos, desempeña según dicho naturalista un rol importantísimo en la formación de los instintos sociales la selección natural. Al estudiar detenidamente el desarrollo mental de las sociedades primitivas, pudo señalar la correlación entre la estructura rudimentaria de esos grupos sociales y sus representaciones psíquicas colectivas (1).

En los animales que viven siempre asociados, los instintos sociales manifiéstanse en una forma pronunciada. Todos conocemos la vida social de los articulados p. ej. especialmente los insectos, y más detalladamente en lo que se relaciona con la vida en sociedad de las hormigas y abejas. Las colonias simples o mixtas de las hormigas se nos presentan como aglomeraciones colocadas en sitios favorables para el desarrollo de estos insectos mantenidos por atracciones olfatorias,

(1) O. C., cap. IV.

genéticas u adquiridas, pudiendo observarse en el seno de tales sociedades que cada hormiga satisface sus necesidades individuales. De ahí podría deducirse que la asociación se reduce a coincidencias puramente individuales. La vida en común, sobre todo en las abejas, envuelve una especie de contagio de movimiento y representa diríamos así un psiquismo colectivo o la suma de funciones del instinto social, misterioso aún.

De la vida en sociedad de los animales en general, podemos observar que los instintos sociales hállanse muy desarrollados y se manifiestan en la disposición por la defensa común, ya sea para dar señales del peligro ya sea para atacar o defender los miembros que constituyen su comunidad.

En general puede decirse que: los individuos de cada especie alcanzan el grado de evolución psíquica necesaria a sus funciones de adaptación; cuando esas funciones se hacen sociales los grupos de la especie van desarrollando particulares funciones psíquicas adaptadas a ellas.

En la especie humana el fenómeno no varía. Aunque el hombre no parece poseer instintos especiales que le induzcan a ayudar a sus semejantes, tiene en cambio una tendencia manifiesta en practicarlos, si bien movido por causas distintas. Del análisis que hace Darwin del instinto social, atribuye su origen en el hombre al temor por la opinión pública, razonando del siguiente modo: si el hombre se halla frente un instinto que induce a dañar el bienestar ajeno, cuando lo recuerda su imaginación, tanto o más fuerte que su instinto social, no sentirá remordimiento alguno, pero comprenderá en cambio que si sus semejantes llegaran a descubrir su conducta, sería altamente desaprobada; y como son pocos los hombres privados de tal sentimiento, y que no se afecten desagradablemente ante tal resultado, llega a la siguiente conclusión: que llegará el momento en que el hombre se verá obligado a seguir cierta conducta independientemente del placer o de la pena que sintiera al hacerla, y entonces podrá decir "yo soy el juez supremo de mi propia conducta" o repitiendo las palabras de Kant "no quiero violar en mi persona la dignidad de la humanidad"... conclusión sin duda optimista...

Sintetizando lo expuesto diremos que también los hábitos colectivos o instintos sociales pueden ser considerados resultantes de las funciones de adaptación, y determinados por las variaciones de la organización.

En el transcurso de este estudio creemos haber podido apreciar la influencia de esos dos factores importantes de la organización y adaptación al medio en la variación morfo y fisiogenética, que dentro del alcance de nuestra experiencia actual, representa la única manera de explicar la evolución de las especies en general.

BRUNHILDA WIEN.

# KANT

(Conclusión)

## V. — LAS APLICACIONES DE LA DOCTRINA METAFÍSICA (1)

La preocupación constante de Kant es alcanzar la realidad concreta y la práctica. Sus principios, extraídos por el análisis metafísico del dato mismo, deben, racionalmente, reconstituir y gobernar el dato. En el orden material, busca el pasaje de la metafísica a la física; del mismo modo, en el orden moral redesciende de la idea a la acción.

---

A este respecto, su principal tema es la historia de la humanidad. Se propone no ya describir, sino deducir sus principales fases. Al efecto distingue la historia natural y la historia moral del hombre. Ésta arranca de aquella.

Por lo que a la historia natural concierne, Kant trata la cuestión de las razas. ¿Hay entre las razas humanas una separación tal que una de ellas tenga el derecho de reivindicar para sí sola la dignidad de hombre y de reducir las otras a esclavitud? La consideración se resuelve por la cuestión del origen. Entre los individuos de todas las razas la fecundación es posible, pues tienen un mismo origen y no forman más que una especie. Las razas son variedades estables, inalterables a tra-

---

(1) Fuentes: 1.º, obras relativas a las razas humanas, a la geografía física, etc., de 1775, 1785, 1788, 1802-3; obras relativas al progreso moral, de 1784, 1785, 1786, 1793, 1795, 1798; 2.º, «De la pedagogía», «La disputa de las Facultades».



vés del cruce y del trasplante. Se han diferenciado por vía de adaptación a condiciones climatéricas. Como hay cuatro climas, hay cuatro razas: la blanca, la amarilla, la negra, la roja. Las causas externas han desempeñado en la formación de estas razas un papel indispensable, pero no hubiesen podido, de por sí, producir los cambios estables; no hicieron más que desarrollar las disposiciones internas de la especie. La verdadera causa de las razas, es la aptitud del hombre para adaptarse a las condiciones exteriores.

Contra los ataques de G. Forster, que quiere explicar la vida por las solas causas geológicas, Kant sostiene, a partir de 1788, la necesidad de un principio especial inmaterial, como único conforme con las exigencias de la crítica. Atribuir a la materia una facultad de organización que la observación no podría descubrir es abandonar el hilo conductor de la experiencia. Indudablemente, la explicación de Forster no es absurda ni imposible, pero excede nuestros medios cognoscitivos. No hallamos finalidad sino en nosotros, en nuestra actividad consciente: nada nos autoriza admitir en una cosa inconsciente la facultad de actuar en vista de un fin. No sabemos qué causa la vida; pero, nosotros la explicamos por la finalidad: tal el punto de vista crítico.

Mientras que la historia natural del hombre se remonta a su origen, la historia moral considera su fin. La filosofía de la historia halla su principio en la idea de este fin, así como la filosofía natural lo halla en la idea de atracción. Por tanto, el desarrollo de la razón, que es lo esencial del hombre, no puede tender sino al establecimiento de un régimen de libertad, es decir, a la realización de la justicia. Son pues las fases de la realización de la justicia lo que el historiador debe hallar en los hechos. La historia comienza en el momento que el hombre llega a ser un ser moral, vale decir, en el momento que en lugar de actuar por instinto actúa por voluntad. Su estado primitivo era la inocencia; su sede, el paraíso. No se distinguía de la naturaleza, en la cual su voluntad estaba sumergida. El despertar de su voluntad se manifestó por un deseo de dominación, por un acto de orgullo, por una rebelión contra la naturaleza, a la que estaba unido. El pecado original es la

primera etapa de la libertad. Desde entonces comienza para el hombre una vida nueva. Para dominar la naturaleza le es forzoso trabajar. Del trabajo nacen la discordia, la sociedad, la propiedad, la desigualdad civil: al estado natural ha sucedido la civilización. ¿Qué vale esta nueva condición? Si la actividad humana no tuviese otro fin que la felicidad individual, Rousseau habría tenido razón de soñar el retorno al paraíso de la inocencia. Pero lo que el hombre quiere es ser libre, y la libertad efectiva no se halla sino en el acuerdo desinteresado de las voluntades, sobre el terreno de la razón. Por lo tanto la civilización, conflicto de voluntades, es el antecedente necesario de su reunión. El reino de la justicia, donde es creada la armonía moral, constituye la tercera fase de la historia universal.

Para realizar este progreso de la libertad, la voluntad no está abandonada a sí misma. Es ayudada por la naturaleza, y, por consiguiente, este progreso es constante y tiene el carácter de una ley natural. Ley bienhechora, ley necesaria: pues si el hombre creyese que con él perecen sus obras completamente ¿cómo podría alimentar un serio deseo de trabajar para bien de la humanidad? La naturaleza incita al hombre a salir de la naturaleza y aguijonea su libertad. Es una artista, es una providencia que del mal sabe extraer el bien. Hace a los hombres egoístas y violentos, y la violencia engendra la guerra, pero la guerra provoca un régimen jurídico. Separa a los hombres por diferencias de constitución, de lengua, de religión; pero estas diferencias hacen imposible una dominación universal. Mientras que el mal tarde o temprano sucumbe a la contradicción que encierra, el bien que la razón substituye, una vez establecido, se mantiene y acrecienta, gracias a su acuerdo consigo mismo, pues la lógica es la fuerza suprema. El hombre, desde luego, desea la unión, y cree desearla, pero la naturaleza sabe más que él lo que le conviene y ella quiere la guerra.

El primer objeto de esta colaboración de la naturaleza y de la voluntad es el establecimiento del estado racional, combinación de la libertad y de la legalidad. El segundo objeto es el establecimiento de un consejo anficciónico de los pueblos,

que mantenga segura la paz. Sin tal institución la humanidad no puede marchar hacia su fin. La guerra es una vuelta al estado de la naturaleza. En el ideal de la razón está incluida la idea de la paz eterna. Si este objeto no es realizable, tiene razón Rousseau cuando predica el retorno al estado salvaje: más vale la barbarie que la cultura sin moralidad.

¿Pero no es ésta una concepción teórica? ¿Entrará el hombre real en estas miras? No ha demostrado Hobbes que el hombre real no es movido más que por intereses, no por ideas? Es menester rechazar enérgicamente tal doctrina; no debe dejarse creer que lo que es bueno en teoría haya de ser siempre imposible o malo en la práctica. En verdad, lo no práctico es el poder sin límites que Hobbes confiere a los soberanos y la rebelión que admite en los súbditos. Ciertamente los intereses en el estado deben tener su lugar ¿pero se deduce de ello que han de excluirse los principios? ¿No se puede ser a la vez prudente como la serpiente y simple como la paloma? Para quien se precave del idealismo tanto como del empirismo, lo real y lo ideal, lejos de excluirse se atraen y la política cesa de ser incompatible con la moral. Existe un medio práctico de acordar la una con la otra: la publicidad. Todo el que crea ser útil a su país debe buscarla, pues sólo la soporta lo que está conforme a justicia. La universalidad, aquí como por doquier es el punto de contacto de lo real y lo racional, la forma y marca de la verdad.

Según esta teoría ¿en qué fase de su historia se halla la especie humana? En la de las luces (*Anfklaerung*). Lo que la caracteriza es la emancipación de la inteligencia. El hombre, meditando sobre sí mismo ha constatado una contradicción entre su naturaleza racional y su situación de menor: se esfuerza por libertar su razón. *Sapere aude*, tal es su divisa.

En cuanto al medio con que debe realizar el progreso de las luces, no podría ser el trastorno de las instituciones políticas, la revolución, que no hace más que substituir nuevos prejuicios a los antiguos. Corresponde a la sola reflexión personal el hacer realmente ilustrado a un hombre. La condición del progreso de las luces consiste así en la libertad de pensar y de publicar su pensamiento.

¿Cómo se conciliará esta libertad con los derechos del Estado? A este respecto es menester distinguir en cada hombre al ciudadano de una comunidad restringida y al ciudadano del mundo. En las relaciones con los miembros de su comunidad el hombre está obligado a someterse a los estatutos que la rigen, pero como ciudadano del mundo es libre. A título de tal, habla desde la cima de su razón para la universalidad de seres razonables, mientras que como ciudadano de un Estado limita su acción a un tiempo y un espacio particulares. Identificándose con lo universal es como la voluntad conquista la libertad. Cada ciudadano, pues, pagará el impuesto sin resistirse, pero conservará el derecho a discutirlo. El profesor respetará, como funcionario, los símbolos admitidos en su país; pero, como sabio, tendrá derecho de crítica sobre toda doctrina. Mediante estos principios quedan netamente definidos los derechos de los legisladores así como los de los ciudadanos..

De este modo, bien que manteniendo en la historia moral del hombre el acuerdo de la naturaleza y la libertad, Kant no trata de hacer resultar el progreso del simple desarrollo de potencias naturales. En la teoría leibnitiana de Herder es, según él, radicalmente falsa. En la naturaleza reside el medio; pero el fin, fuente de progreso, no puede provenir sino de la razón moral, superior a la naturaleza. Por eso es que el ideal moral no podrá jamás ser expresado por el individuo como tal. Sólo en el todo de la humanidad podría hallar su representación. La verdadera historia es necesariamente universal. Ciertamente el individuo es una realidad, pero existe en el todo un algo que le sobrepasa, y sólo en su unión con el todo puede alcanzar la libertad.

---

No contento con exponer sus miras generales sobre los fines de la actividad humana, Kant llega, sobre ciertos puntos a alcanzar la práctica propiamente dicha. Tales son sus ideas sobre la educación y la enseñanza universitaria.

La educación, tal como existe, no podría satisfacerle. Olvida la voluntad, instruye y sobrecarga la inteligencia en lu-

gar de formarla para la reflexión. Una reforma radical es necesaria aquí. Las teorías pedagógicas de Rousseau, las tentativas prácticas de Basedow llegan a tiempo para nutrir su crítica. Se apasiona por las ideas de estos innovadores y reclama, como condición indispensable de la reforma, la organización de las escuelas normales. Pero aún en este terreno subordina toda prescripción a los fines morales.

El cuerpo, dice, debe ser ejercitado y endurecido, estar sometido a una disciplina que lo haga el auxiliar poderoso y dócil del espíritu. Que el niño se desarrolle en libertad, pero que aprenda a medir sus movimientos: no se podría de inmediato habituarse a vivir conforme a reglas.

En lo que concierne a la inteligencia, una sana educación más despierta y dirige las facultades que no amuebla la memoria. Hay dos modos de ejercitar las facultades: uno que es libre, el juego; otro que es impuesto, el trabajo. Este último es de suyo obligatorio y no podría, en la enseñanza, ser reemplazado por el primero. La facultad de intuición debe ser reformada antes que el entendimiento. Toda enseñanza, pues, será desde luego intuitiva, representativa, técnica. Se comenzará por la geografía. En cuanto tratará de cultivar el entendimiento, la enseñanza será socrática y catequística. Irá al fondo de las cosas y hará al alumno realmente dueño de sus conocimientos. Una inteligencia firme es la condición de una voluntad libre.

La formación de la personalidad moral es el fin de la pedagogía. La educación es necesaria, pues la virtud no es innata. Esta educación comprende la enseñanza moral y la práctica correspondiente.

La enseñanza moral es catequística. Proponiéndose demostrar leyes obligatorias procede por principios, no por ejemplos; si los ejemplos intervienen no es sino para hacer ver que los principios son realmente aplicables. Kant ha escrito un fragmento de catecismo moral; el alumno, solicitado por preguntas, halla por sí mismo los conceptos morales.

La práctica o ascética moral no puede crear la moralidad, la que debe provenir de nosotros, pero produce en el hombre condiciones que la favorecen. Tiende al endurecimiento, pues

la molicie es contraria a la virtud. Lejos de abolir la voluntad la fortifica. Nos hace dueños de nosotros mismos, contentos y joviales. La educación moral propende a desarrollar la aversión interior al mal, la estima de sí mismo y la dignidad, el imperio de la razón sobre los sentidos. No recompensa, pero castiga. No humilla por temor de inculcar en el niño el desprecio de sí mismo, a no ser que el niño haya cometido una falta que efectivamente degrade al hombre, a saber, un embuste. Antepone, en todas las cosas, el móvil moral, la ley misma del deber, seguro de que este móvil, presentado en su fuerza, será más fuerte que todas las excitaciones materiales, que todas las garantías de provecho o daño.

---

Con la pedagogía se puede asimilar la cuestión de la enseñanza universitaria. También acerca de este punto aporta la crítica nuevas luces. Una Universidad se compone de cuatro Facultades: Teología, Derecho, Medicina, llamadas Facultades superiores, y Filosofía, llamada Facultad inferior. Entre las tres primeras y la cuarta se suscita naturalmente un conflicto. En efecto el objeto de ésta no difiere del de aquellas, pero una estudia desde un punto de vista universal y teórico lo que las otras estudian desde un punto de vista especial e inmediatamente práctico. De ahí nace un recelo y rivalidad. Cada una de las dos partes, teniendo derecho al conjunto de conocimientos, rechaza a la otra como a usurpadora. El título de superiores que llevan las tres primeras no corresponde sino a la superioridad atribuída por la tradición a lo positivo sobre lo racional. ¿Está justificada esta jerarquía?

Entre teólogos y filósofos el conflicto estriba en el uso que deba hacerse de la Santa Escritura. La crítica no niega la legitimidad y la utilidad del vehículo sensible de la verdad religiosa, pero reivindica para la razón el derecho a distinguir en la Escritura el fondo moral y eterno de la envoltura sensible, hecha de relatos y circunstancias contingentes. Comprender las escrituras es interpretarlas en un sentido moral. La teología no podría condenar este modo de interpretación por-

que lo implica de suyo. Efectivamente ¿cómo distingue ella la verdadera revelación de la falsa sinó por la idea racional de Dios? ¿Cómo puede, en el detalle, sostener el carácter divino de los textos consagrados, si no hiciese uso frecuente de la interpretación moral alegórica?

Entre filósofos y jurisconsultos, el conflicto estriba en el respeto a las leyes: la crítica demuestra que la legalidad está bien fundada, y, por consiguiente, condena el espíritu revolucionario; pero también proclama el derecho a examinar las leyes en vigencia. ¿Quién puede confutarle este derecho? Los jurisconsultos, para alcanzar sus fines prácticos, necesitan saber si la humanidad retrocede, avanza o permanece estacionaria. Ahora bien; esta cuestión no puede ser resuelta empíricamente pues concierne a la razón. Y la razón responde postulando el progreso indefinido en nombre de la ley moral. Pero, puede que el imperativo no sea sino una idea irrealizable! La experiencia, guiada por la razón, quita la duda. Bajo nuestros propios ojos tenemos un punto de coincidencia de la razón con la historia. Hay un hecho que es una idea. Este hecho es la Revolución francesa. Sea lo que resulte de esta empresa, escribe Kant en 1798, tenga éxito o fracase, despierta en todos los espectadores por el objeto que persigue una simpatía rayana en entusiasmo: sólo el puro ideal es capaz de afectar así el alma del hombre. La Revolución es el esfuerzo del hombre para crear el Estado racional, es lo eterno que desciende al tiempo. Un tal fenómeno no puede olvidarlo quien fué testigo de él.

Entre filósofos y médicos la cuestión está en saber si el arte de curar no reposa sino sobre la experiencia, y si la razón en nada participa. Ahora bien; la Crítica demuestra que la razón puede ser voluntad y que la voluntad tiene una relación con los fenómenos. Por tanto, también la razón debe de poseer una virtud curativa. Y con efecto, para modificar su estado físico el hombre puede mucho por la sola energía de su voluntad. Kant alega aquí su experiencia personal. El puede, mediante la fuerza moral, precaverse de la hipocondría y enseñorearse además de sus estados espasmódicos. Si habiéndose declarado el mal la voluntad es impotente, puede mucho, por lo menos,

para prevenirlo y para mantener la salud. Es la primer condición de la salud. Lejos de ser nunca la razón sierva de la experiencia, es ésta la que siempre toma de aquella su verdad y posibilidad.

## VI. — INFLUENCIA DE KANT

La filosofía kantiana tuvo que esforzarse para hacerse un lugar en el campo ocupado por las filosofías leibnition-wolffianas, inglesa, francesa, popular, así como por las ciencias positivas, cada día más florecientes. Kant no había exagerado la singular novedad de su obra. . Primero fué acogida en Jena para expandirse desde allí poco a poco en Alemania y el mundo entero. No sólo la especulación metafísica fué como renovada; todas las ramas de la actividad intelectual sufrieron su influencia.

En Alemania la historia del kantismo constituye una pieza capital de la historia de las ideas y de las ciencias.

Entre los adversarios del primer momento merecen citarse: Selle y Weishaupt, discípulos de Locke; Feder, Garve, Tiedemann, ecléticos; Platner, Mendelssohn, Nicolai, Meiners, representantes de la filosofía popular; Ernst Schulze, escéptico; Jacobi, filósofo de la creencia, y junto a él, Hamann; Herder, conciliador de la naturaleza y la historia. El principal reproche achacado a Kant por estos filósofos es que la afeción o acción de las cosas sobre la sensibilidad, supuesta por su sistema, se torna imposible por la abolición de todo lazo causal entre las cosas en sí y el sujeto que siente. El sistema sería así radicalmente contradictorio.

Entre los discípulos inmediatos de Kant, distingúense: Johannes Schultz, el primer comentarista de la *Crítica de la razón pura*; Karl-Leonard Reinhold; W. T. Krug; Fries, que intenta fundar la crítica psicológicamente; Salomón Maimon, que deduce de la conciencia tanto la materia como la forma de nuestras representaciones y suprime, por lo tanto, la cosa en sí; J. S. Beck; Bardili.

El kantismo ha dado nacimiento a todo un conjunto de grandes sistemas, ya sea por desarrollo, ya por combinación



con elementos extraños. Las filosofías de Fichte, Schelling y Hegel son como las etapas de una reflexión continua sobre los problemas que suscita. El idealismo subjetivo de Fichte deduce el yo teórico del yo práctico considerado como primitivamente inconsciente, y de este modo hace inútil el concepto de cosa en sí. Schelling se rehusa a llamar yo a este principio primero de Fichte que en realidad no es sujeto ni objeto: el principio es, para él, la absoluta identidad, no menos superior al yo que al no-yo, identidad que desde luego se realiza como naturaleza, en seguida como espíritu: su sistema es el idealismo objetivo. Hegel funda, define y desarrolla metódicamente el principio de este nuevo idealismo. Lo absoluto no puede ser absoluta identidad, pues de serlo, sería inmóvil; es menester que sea espíritu. Su movimiento es su esfuerzo metódico para resolver las contradicciones sin cesar renacientes que la reflexión desarrolla en el seno de la naturaleza. La dialéctica del filósofo se abandona al movimiento objetivo del concepto, y engendra así, sucesivamente, la lógica, la filosofía de la naturaleza y la filosofía del espíritu. El idealismo se ha vuelto absoluto.

Fuera de este desarrollo, orgánico en cierto modo, muchos sistemas alemanes han nacido de una fusión del kantismo con otras doctrinas.

Schleiermacher, uniendo Kant a Spinoza, Platón y el cristianismo, asimila el ser al pensamiento y hace del espacio, del tiempo y de la causalidad las formas de las cosas y del conocimiento. Dios llega a ser unidad del universo. El bien supremo, unidad de lo real y lo ideal, es substituído, en moral, al principio formal de Kant.

Herbart depende de Kant, de los eleáticos, de Platón y de Leibnitz. Con Kant, ve en la filosofía la crítica de la experiencia. Pero la cosa en sí, según él, no es inaccesible. Se desprende bajo su forma verdadera, si se elimina de los datos de la experiencia, todos los elementos contradictorios entre sí, subjetivos por consiguiente, que se encuentren. Consiste en una pluralidad de seres simples sin relación real entre ellos; de nosotros provienen las relaciones y la sucesión.

Schopenhauer, con Kant, reduce el espacio, el tiempo y la causalidad a los fenómenos. Pero en lugar de tener por incognoscible la realidad independiente de nuestra representación, la coloca en la voluntad, como dada por la percepción interna.

Sin embargo, las dificultades inherentes a estos distintos sistemas, especialmente la pretensión loca, proclamada por el idealismo absoluto, de construir en detalle las leyes de la naturaleza, desacreditaron pronto estos desarrollos del kantismo. Se estimó que el pensamiento de Kant había sido falseado por sus continuadores y que era el caso de retomar las cosas en el punto que el maestro en persona las había dejado. Volver a Kant: tal es la palabra de orden de una importante escuela de filósofos, llamados neo-kantianos, especialmente después de una célebre lección de Eduardo Zeller sobre teoría del conocimiento (1862). Se proponen sea defender los propios principios de Kant, sea desorollarlos, sin considerárlos los grandes sistemas metafísicos que nacieron de él, de una manera rigurosamente conforme al espíritu de nuestro tiempo. Los principales son: A. Lange, H. Cohen, O. Liebmann, Bona Meyer, Fr. Paulsen, Albr. Krause, Aug. Stadler, Aloys Richl, Windelband, Fritz Schultze. La mayoría de ellos, con Lange, se adhieren sobre todo a la distinción entre conocimiento y creencia, correspondiente a aquella entre los fenómenos y las cosas en sí, en tanto que esta distinción garantiza, limitándola, la posibilidad de la ciencia. La filosofía debe ser una teoría del conocimiento, no una concepción del mundo. Las cosas morales pueden ser objeto de fe, no de ciencia. Salvo raras excepciones, entre las que se pueden citar a Paulsen, estos filósofos relegan a segundo plano y aun dejan de lado el aspecto moral y religioso de la obra de Kant, para hacer resaltar la parte crítica y antimetafísica.

Fuera de la filosofía, el kantismo ha marcado con su impronta por largo tiempo la mayoría de las disciplinas intelectuales.

A continuación de Kant, Schiller especula filosóficamente sobre la estética, tratando de definir las relaciones de la belleza con la naturaleza y la moralidad.

En teología, Kant es el iniciador de un racionalismo moral que predominó durante mucho tiempo. Aún en nuestros días el teólogo Ristchl vuelve a Kant, alzándose contra la fantasía metafísica que pretende conocer lo suprasensible.

En jurisprudencia, las teorías kantianas de derecho natural se hallan, como ideas directrices, en Hufeland, Schmalz, K.-H. Gros, Anselme, Feuerbach, Rehberg, Zachariae.

En las ciencias, el kantismo ha ejercido influencias diversas, según la manera que ha sido comprendido. De una interpretación radicalmente idealista, repudiada por Kant, nació la famosa filosofía de la naturaleza, la que, refiriendo enteramente la materia al pensamiento inconsciente, osa deducir las fases de su desarrollo de las leyes de formación de la conciencia misma. En cambio, la teoría de la experiencia, como fuente única del conocimiento es aceptada por muchos sabios modernos que buscan una justificación racional de su método.

En las matemáticas, el punto de vista kantiano se caracteriza por la admisión de principios sintéticos a priori o principios racionales extralógicos, y en particular por la negación del espacio metageométrico de los leibnitianos como objeto de intuición posible.

En la psicofisiología de los sentidos, el nativismo de Joh. Müller, que mantiene, contra el empirismo, el carácter primitivo de la representación de espacio, reconoce su parentesco con la estética trascendental.

Finalmente, hasta en la vida política de Alemania el kantismo ocupa un lugar importante. Exterioriza esta idea: que la razón, aun en este terreno, sigue siendo la norma verdadera, y que ella ordena al hombre actuar bajo la influencia de la idea universal de deber y humanidad. Doctrina ésta altamente filosófica que sin duda no ha retrocedido para siempre ante la del derecho histórico y la del ideal exclusivamente nacional.

En los otros países la influencia de Kant, más tardía y menos profunda, es también considerable.

Desde 1773, Kant es apreciado en Estrasburgo. En 1796 se comienza a traducir sus obras al francés; en 1779 Degerando expone su sistema. Mme. de Stael habla con entusiasmo de aquél que ella considera el apóstol del espiritualismo del senti-

miento. En 1818, V. Cousin profesa sobre la moral de Kant; en 1820 expone la "*Crítica de la razón pura*". Su propia teoría de la razón debe más de un rasgo a la influencia de Kant. Después de haber sido utilizado en provecho de doctrinas fundadas sobre otros principios, el kantismo ha sido estudiado y desarrollado especialmente por Renouvier, P. Janet, Lachelier, Pillon. Renouvier y Pillon, a quienes se ha unido Dauriac, sostienen, bajo nombre de *criticismo*, una doctrina que, a la inversa del neo-kantismo alemán, hace resaltar la excelencia de la moral kantiana. Subordinan directamente la razón teórica a la razón práctica y consideran la voluntad como el principio primero de toda certeza. Más; aboliendo el noumèno, erigen las leyes naturales en realidad última y hacen un lugar, en la sucesión misma de los fenómenos, para la iniciativa de la libertad. También Secretan, de Lausanna, inspirándose en Kant, limita los derechos de la ciencia y eleva por sobre ella la creencia en la libertad. El kantismo, bajo distintas formas y grados, se encuentra hoy mismo en la mayoría de las doctrinas que se esfuerzan por conciliar la ciencia y la moral, sin desmedro para ninguna de ambas.

En Inglaterra, la influencia de Kant se hizo sentir particularmente sobre Hamilton y los agnósticos. Hamilton, combinando la doctrina de Kant con la de Reid, establece la imposibilidad de un representación de lo absoluto para un espíritu limitado al conocimiento humano. Lo mismo el agnosticismo de Spencer, si depende del positivismo, debe mucho a las antinomias kantianas. En el dominio de la psicología, la escuela evolucionista se ofrece como conciliadora entre el apriorismo kantiano y el empirismo de Locke. En nuestros días Kant es escrupulosamente estudiado. Max Müller en su traducción de la "*Crítica de la razón pura*" que publicó en 1881, declara que esta obra es un monumento ario tan precioso como los Vedas, y que siempre será permitido criticarla, mas no ignorarla.

En Italia la "*Crítica de la razón pura*" ha sido traducida en 1821-22; hoy la crítica kantiana está sabiamente estudiada y representada por Carlo Cantoni y Felice Tocco; en España, José del Perojo tradujo recientemente (1883) la "*Crítica de la razón pura*".

Mirando las cosas desde un punto de vista general, ¿cuál fué el papel histórico de Kant, y cuál la relación de su filosofía con las especulaciones actuales?

El propósito de Kant fué análogo al de Sócrates y Descartes. Sócrates se propuso mostrar que la práctica, aún tomada como fin de la actividad humana, no podría excluir la ciencia porque en realidad la supone. Descartes consiente que comience por la duda universal: esta duda no deroga la certeza: la funda. Kant, a su vez, proclama que la experiencia es el punto de arranque de todos nuestros conocimientos. ¿Se deduce de ésto que la razón no sea más que un nombre? De ningún modo, pues la experiencia descansa sobre la razón. Y también en el desarrollo de la doctrina subsiste la analogía. Deducida de la práctica, la ciencia de Sócrates está limitada a la moral y a los objetos que le están ligados. La certeza cartesiana no alcanza a más que el pensamiento, condición de duda, y si restablece los objetos que la duda había derribado, sólo lo hace en tanto que pueden nuevamente enlazarse al pensamiento. Del mismo modo, la crítica kantiana no deja subsistente sino lo que es requerido por la experiencia ( las nociones a priori ), y hace de la posibilidad de esta última la norma del uso total de la razón pura.

Y tal cual Sócrates y Descartes, Kant estima que por su método, lejos de destruir, funda. La ciencia, limitada por la cosa en sí, posee la certeza en su dominio. El idealismo desaparece ante el realismo empírico. Eso no es todo; un resultado más precioso aún surgirá de la crítica. La misma deducción que dá fundamento a la ciencia permite a la moral constituirse junto a ella, sin hacerle sombra. Es verdad que la moral también deberá aceptar una limitación. Deberá basarse en un principio exclusivamente formal, sobre la mera noción del deber. Pero aún así, la crítica no limita sino para garantizar. La moral puede ser absoluta y mantenerse práctica, sino tiene más objeto que las de terminaciones de la voluntad libre. La autonomía insoluble del misticismo y el eudemonismo desaparece en el sistema de la autonomía racional.

En efecto, es la razón la que de un extremo a otro de la filosofía de Kant crea y destruye, suministra principios para reemplazar los que ha aniquilado. Ya con Descartes ha descu-

bierto en sí, en su facultad de intuición, el principio de certeza que no hallaba ni en los sentidos ni en las demostraciones. Con Kant hace el inventario de su contenido y halla, en su constitución misma, todos los principios necesarios a la ciencia y a la moral. Sin duda que no se basta y que lo absoluto la rebasa. Su ciencia, por consiguiente, es relativa, y su moral está limitada a un progreso sin fin. No por eso deja de ofrecer al hombre todos los recursos de que ha menester para realizar el ideal de hombre, porque es libertad a la vez que ley.

Si tales son las partes esenciales del kantismo, esta filosofía se coloca en el término del desarrollo racionalista comenzado con Descartes. La razón, en Kant, lleva cuan lejos le es posible su desistimiento de alcanzar el ser absoluto y su esfuerzo por suplir con principios que halla en sí la intuición que le falta. Un paso más, en un sentido u otro, y el racionalismo se pierde, ya sea en el escepticismo, ya sea en el idealismo. Kant ha pretendido, bien que encerrándose en el mundo del tiempo, hallar en el seno de la razón, que de él participa, el medio de erigir ese mundo en símbolo del ser eterno.

Tal es la significación histórica de su obra. Encarada del punto de vista teórico, presenta aún actualmente un interés capital.

Bajo la influencia de las ciencias positivas y de la filosofía, el espíritu humano se pregunta más que nunca en qué relación nos hallamos con la realidad de las cosas y si nos es posible conocerla. Ahora bien; a esta cuestión responde el idealismo trascendental. Más allá de los fenómenos, según el kantismo, podemos captar las leyes del pensamiento que los condicionan, y constituir la filosofía como teoría del conocimiento; pero debemos renunciar a la pretensión de formarnos una teoría ontológica del universo, tal cual lo hacían los antiguos: solución neta y de grave consecuencia, que tiene más de un punto de apoyo en la ciencia actual.

Por otra parte, el progreso de las ciencias positivas, en extensión como en certeza, nos lleva a preguntar si todo lo que interesa al hombre no puede ser tratado según el método de las ciencias y si la moral misma no puede ser asimilada. A esta cuestión responde Kant con su riguroso dualismo, limitando la

ciencia para darle fundamento, y estableciendo la moral en el dominio abierto por esta limitación. Ahora: ni la soberanía de la ciencia en el orden práctico ni la imposibilidad teórica de la libertad han sido demostradas con la claridad bastante a relegar al pasado la solución kantiana.

En lo que a la filosofía de la ciencia concierne, el kantismo se aplica a los problemas que precisamente obseden cada vez más al espíritu moderno. ¿Cómo puede la experiencia, de por sí, suministrar la certeza? ¿Cómo el conocimiento de una ley, en el sentido exacto del vocablo, puede ser en su origen puramente experimental? Aristóteles enseñaba que lo general, en tanto que es conocido sólo por la experiencia, comporta necesariamente excepciones, y que sólo un conocimiento intelectual puede poseer un valor universal. Y esta doctrina ha quedado clásica hasta hoy. Sin embargo, Descartes había declarado que existe una verdadera ciencia de los fenómenos, que lo que fluye puede ser reducido a esencia inmutable; y la ciencia en su progreso ha ignorado cada vez más la objeción de Aristóteles. ¿Con qué derecho rechazamos una doctrina que parecía la evidencia misma? ¿Cómo, en qué sentido, un hecho puede ser una ley? Kant acepta esta cuestión tal cual lo plantea la ciencia moderna, y su doctrina de las formas y las categorías tiene por objeto resolverla. Solución profunda, que no podría eludir quien persista en querer unir, sin contradicción, la experiencia con la certeza.

Finalmente, la moral kantiana está lejos de habérsenos vuelto extraña. Nosotros nos hallamos hoy frente a la acción, en una situación análoga a aquella en que nos coloca la ciencia frente al ser. No admitimos más que hechos, y sin embargo no podemos renunciar a la certeza, a la ley, a la creencia en el deber. No queremos descartar todo motivo de actuar, que se sacaría del mundo suprasensible, y tampoco pretendemos mantener una moral absoluta, una doctrina de obligación. ¿No estamos, entonces, como preparados para apreciar una filosofía que precisamente saca el deber de las entrañas de la experiencia, y se precave tanto del misticismo como del utilitarismo?

Y si en las cuestiones sociales, religiosas y políticas nos conmueve el conflicto de la historia y de la razón, de lo que es

y lo que debe ser, de la forma y la idea, del hecho y del derecho, del ideal nacional y del ideal humano ¿no nos hallamos en el mismo punto en que situó Kant, cuando estudiaba las relaciones de la teoría con la práctica y conciliaba la necesidad de la naturaleza con la soberanía de la razón, en su doctrina del progreso moral?

No en vano, pues, se esforzó Kant por colocarse en el orden de la acción como en el del conocimiento, en el punto de vista universal, ideal y real a la vez, que es el punto de vista de la razón: su doctrina tomó un carácter elevado y positivo, que no puede encontrarse ni en las simples generalizaciones de la experiencia, ni en los sueños de la imaginación. No es el reflejo de una época ni la expresión del pensamiento de un pueblo: su doctrina pertenece a la humanidad.

EMILIO BOUTROUX.

*(Traducción de Gregorio Halperin.)*



## Proposiciones ilegítimas

*Amigo Bogliolo:*

He leído el opúsculo. Sin parecer, el autor deja bien marcado su programa. No dice nada de nuevo, ni hacia al caso.

Sabemos a cuál escuela pertenece. Allí tiene usted a Abel Rey, que toca el mismo punto con verdadera competencia y moderación.

Tampoco Rey dice cosas nuevas: el gran patriarca es Ribot. Pero al declarar que no expone cosas nuevas, entiendo decir que no son nuevas esas pretensiones, esas esperanzas, esos vaticinios. De los problemas no es el caso de hablar: el autor del opúsculo se limita a la parte de agorero, a predecir lo que será o no será, y no entra en lo vivo de las cuestiones. No se hablará de Dios; no se hablará ni de alma ni de espíritu ni de libre albedrío; no habrá ya deducción ni dialéctica. El método será uno y el mismo para todas las ciencias: el método experimental; y otras afirmaciones por el estilo, de que tenemos llenos los oídos. Sin embargo, hay una cosa nueva.

Ribot dice que la filosofía será reducida a la metafísica, porque todo lo demostrable y probable pertenecerá a la ciencia; a la filosofía le quedará el campo de las quimeras, de la pesadilla y de lo absurdo. No, sostiene el autor, por mucho que la ciencia avance, siempre se encontrará con relaciones nuevas, tanto más cuanto que la realidad misma está en continua transformación.

Una zona clara, muy clara, que se dilata continuamente, y otra de luz crepuscular, a donde no tienen acceso el experi-

mento, pero sí solamente la razón, con sus hipótesis *legítimas*. A esta última zona se la denomina "filosofía". Pues bien; el autor propone que se la llame "metafísica": he aquí la novedad. Dos campos entonces: el de las ciencias, todas reducidas a las físicas o enlazadas con ellas, y un más allá *de la física* ("metafísica").

Hay algo todavía. Ante todo, la "hipocresía" de los filósofos que han escrito hasta el día acerca del alma y de Dios, por temor a las autoridades. Kant es citado nominalmente. Su retractación de la razón práctica, según el autor, debía servirle de pararrayos contra la saeta atraída por los atrevimientos de la razón pura. No me parece, y creo que a este propósito Rey está en lo cierto.

Kant era *voluntarista*. El voluntarismo se remonta a San Agustín, que ponía la voluntad sobre la inteligencia, y libre de las determinaciones de ésta. Su conclusión es que lo bueno y la verdad son tales, porque así le plugo a Dios. San Pedro Damiani concluyó que la razón no vale sino para el mundo de nuestra experiencia, no excluido el principio de contradicción.

Es que el autor bajo ninguna forma admite concesiones a las *ideas vulgares* (Dios, alma, espíritu). Lástima que este materialismo se parezca mucho al que Rey llama materialismo vulgar.

\* \* \*

¿Pero para qué detenernos en el examen del opúsculo, con peligro de parecer malignos y dudar de las buenas intenciones del prójimo? ¿A sus pretensiones qué se puede oponer sino otras pretensiones? ¿A su materialismo vulgar qué podremos contraponer sino un vulgar espiritualismo? ¿No es mejor hablar de ideas y olvidar las personas?

Primeramente esta escuela pretende que la filosofía prolongue las direcciones de todas las ciencias, hasta su encuentro. Como se trata de imágenes y no de ideas, uno a veces no sabe qué decir. Si la imagen tiene algún sentido, querrá significarse con ella que la filosofía ha de esperar a que las ciencias alcancen su término definitivo, y luego avanzar por sí. ¿Y

qué hará avanzando? Cada ciencia traza en su propio campo una dirección bien determinada.

Supongamos acabada la obra. Tendremos un campo surcado por tantas sendas como ciencias; que en cierto límite se detienen todas, porque el experimento no puede ir más allá. La filosofía, que estuvo aguardando, se presenta entonces; saca la vara de las hipótesis, y, en la dirección de todas las sendas de las ciencias, traza en el campo "inexperencial" cantidad de surcos que se cruzan en un punto determinado. ¡Qué vano trabajo! Si las ciencias prosiguen siempre su camino sin variar de dirección, bastan pocas nociones elementales de trigonometría para calcular ya, desde ahora, cuál será su punto de encuentro.

La verdad es que la filosofía, por su naturaleza, se anticipa a las ciencias. Singular es ver que el mismo Rey lo declara, él, que en otro tratado acusa a los filósofos griegos de haberse apresurado excesivamente. No importa mucho el conocimiento de los detalles. Lo que busca la filosofía *es el todo*; y éste se ve mejor a cierta distancia. Desde la tierra es más fácil comprender la redondez de la luna, que si estuviésemos en ella.

Intuición es la idea del todo. Hay genios que la obtienen de pocos datos: un hueso le bastó a Cuvier para reconstruir el mamuth, y el conocimiento de la posición de sólo tres puntos le fué suficiente a Leonardo de Vinci para trazar la forma de todo el continente americano.

Sucede lo mismo en la percepción. En presencia de un objeto, la atención se fija primeramente *en el todo*, y lo que se aprende es la revelación de las partes. En éstas la atención no se fija sino después. Lo que caracteriza, lo que individualiza es el punto de arribo.

En el proceso reflejo se sigue el camino contrario; y por eso aquella idea genérica para el filósofo viene última. Aristóteles, agudo observador del hecho, lo indica. Lo mismo en el sentir, dice, como en el pensar, el proceso es de lo confuso a lo claro. En el primer momento un objeto aparece como si se viera a la distancia. El pintor imita el proceso natural: primero bosqueja el todo, y luego acaba las partes. Si em-

pezara por ellas, lo que hoy llaman síntesis no se lograría nunca. El niño, cuya importancia es tan grande en la ciencia moderna, con seis palitos y una bolita representa un hombre. Se ha notado que el niño es generalizador; y así es verdaderamente: en las partes poco repara.

¡Aquella *imagen genérica* es la idea, así como aquella relación es la misma en todos los individuos de la especie, y no entran en ella las notas individuales; por eso sirve para reconocerlos y es a lo que corresponde el nombre común.

Pues así sucedió con la ciencia: primero se fijó la atención en el todo; y he aquí cómo nació la filosofía, en el momento preciso. Pero tras el bosquejo hay que hacer el cuadro, y allí es el borrar y volver a empezar.

\* \* \*

¡El experimento!, dicen, inflando los carrillos, Hablan de la ciencia como si la hubiesen creado ellos, cual si tuviesen su monopolio. Traen a la memoria esos bedeles y porteros de las casas señoriles: el mismo empaque, la misma petulancia y la misma ostentación de los desechos del dueño.

Quieren reservar el nombre de sabios para los de su villa. Como en Rusia, todo es legítimo menos lo legítimo. Mas no olvidemos que son hermanos nuestros.

Después de todo, la diferencia entre sabios y no sabios es igual que antes de Sócrates: los primeros saben que no saben, y los otros creen saber, ignorándolo todo. La falsa sabiduría es la misma siempre: hoy se denominan *hombres de ciencia*; entonces se llamaban *sofistas*. Hoy como entonces se proclaman mensajeros de una doctrina nueva, en armonía con las exigencias de la vida; hoy como entonces seducen a la juventud con el espejismo de quiméricas libertades, y como entonces hoy son los enemigos de la metafísica. Tan es verdad que en los sofistas trazó Platón un tipo eterno.

Protágoras no tuvo ningún sistema; pronunció un aforismo: "El hombre es la medida de todas las cosas", fórmula del relativismo moderno. La doctrina presupuesta por tal sentencia la imaginó Platón. Se equivoca, pues, Zeller, a pesar

de su competencia en la materia, cuando expone el sistema de Protágoras. Este y su supuesto sistema, y Heráclito, con cuyo sistema Platón relaciona la presunta doctrina de Protágoras, son los hombres del día; lo cual prueba que las hipótesis modernas, pretendidamente derivadas de la ciencia, no tienen con ella relación alguna, y nacen, no de una nueva experiencia, sino de una antigua disposición de ánimo.

Se dice "experimento", y entiéndese "sensación", y algunos hay, que como Mach, que adoptan ya francamente el segundo vocablo.

La hipocresía, precisamente el defecto que achacan a los antiguos, es lo solo nuevo. Suélese dar a creer que las recientes doctrinas nacen de una penetración más profunda de lo real, en tanto que no son sino la burda y grosera experiencia, teorizada.

\* \* \*

Los experimentos se admiten por todos. Si la teoría que el autor sueña triunfando en el siglo XXI, derivara de ello ya habría triunfado; pero donde no hay disputa no hay ciencia.

Los materialistas, para llamarlos con su nombre, son como de casa y se toman con la ciencia las mayores familiaridades. Muy poco, en general, les importa de la ciencia; mas cuentan con el objeto de la librea sobre el vulgo. Querido Bogliolo, no hay que dejarse engañar. Esa intimidad de que se jactan no existe, y aún en los cabecillas es el fruto de equivocaciones.

La tendencia materialista no deriva de los hechos comprobados; es una tendencia impuesta sin sostén y que al cabo compromete el interés mismo de la ciencia. No se ha de atribuir a fines ocultos, aunque puede suceder que algunos se valgan de ella para objetos inconfesables.

A lo que se mira, — de oír a estos nuevos escolásticos, — es a suprimir el espíritu, a eliminar todo anhelo de elevación, para esclavizar al pueblo tumbado en esa cárcel sin respiradero de las naciones orientales y hacer de él un rebaño asustado, en servicio del harén.

No me parece bien atribuir al prójimo malas intenciones, ni creo en ellas, pues el ingenio singular que evidencian mu-

chos de esos hombres, no se concilia con dañinos entendimientos. Sin embargo, la supresión, no de Dios, sino de la inteligencia, es el fin a que se llega. Y éste se persigue no pocas veces con buena fe, por errores invencibles y por la repugnancia vulgar a admitir otra realidad fuera de lo que se vé y se toca.

El realismo absoluto debería ser la creencia de esa gente (todos los materialistas antiguos fueron realistas); pero no es así. Realistas por una parte, por la otra son ilusionistas: la sensación es su realidad; definen la sensación un grupo de relaciones, y a éstas no le dejan sino una realidad ilusoria.

Ante todo, entender es distinguir, y no confundir; reconocer las diferencias y no ver solamente las analogías. Entre un cuadro de Velázquez y el trapo en que él limpiaba sus pinceles, para el hombre inteligente hay un abismo. El lienzo y las sustancias con que componía sus colores, para el inteligente no tienen importancia alguna: lo que vale es la concepción, el dibujo, la verdad de la representación. Pero para el químico no hay ninguna diferencia entre el trapo sucio y el cuadro; no menos existe para el ignorante. Ciertamente es, sin materia no hay cuadro; y, sin embargo, en la definición del segundo no cabe tampoco mencionar la materia.

Si miramos a sus manifestaciones, (y de ellas aprovecha el hombre inteligente), entre instinto y razón hay una profunda diferencia. Empero, tienen ambos algo análogo: el instinto sirve para conservar la vida, y la razón también, hasta cierto punto. No vea en ellas sino este lado, y serán dos formas de una sola cosa.

No reparando en las diferencias; buscando tan sólo analogías; tomando un objeto de observación en su grado mayor de desarrollo y otro en el inicial, y, si algo irreductible se presenta, atenuándolo, o (lo que es aún más cómodo) negándolo o apelando a experiencias futuras, se llega a crear no sé qué ilusión de identidad.

Por un camino más fácil e igualmente legítimo, se puede llegar al mismo resultado. Se define al hombre, *anima? razonable*: riase usted de la diferencia, — que por de pronto no se advierte sino en ciertos efectos, — y quedará el hombre reducido a la animalidad; ésta de igual modo se reducirá a

lo orgánico, y finalmente lo orgánico a elementos materiales.

Ese método, aplicado en literatura, empieza, v. gr., por no hacer caso de las diferencias existentes entre los poemas de Homero y cualquier otro poema. Borra, luego, la distinción entre poema y balada, u otra narración en verso; y se llega a explicar los poemas homéricos con los cantos de los serbios o de no sé qué tribus del Turquestán.

¿Qué se puede decir de un tal método, sino que es un esfuerzo para no entender? Un período de Demóstenes, ¿qué viene a resultar? Palabras. ¿Y éstas? Sonidos articulados, no diversos pues, materialmente, de los gritos de un mono, que son también articulados; y estos gritos, a su vez, manifestaciones de alguna disposición interior, como el alfabeto mudo de la cola de un perro.

\* \* \*

La dialéctica se opone, y rien de la dialéctica; la lógica protesta, y se burlan de la lógica. Como el hábito puede cambiarse en una segunda naturaleza, se reduce la lógica a hábitos. La necesidad lógica es un hábito, una necesidad de hecho y no de derecho.

Con tal procedimiento se puede llegar a cualquier conclusión, y no veo por qué se prefiera el método fatigoso de los experimentos. Así es cómo conceptos tan distintos como el de condición y el de causa, se identifican; e identifican también la espontaneidad y la libertad, para negarlas a ambas.

Sin embargo, la tarea presenta dificultades; pero entonces se acude a la mitología. El tiempo vuelve a ser, como para los órficos, el creador de todas las cosas. Alargando el brazo de la palanca cuanto sea necesario y dándole un punto de apoyo, un átomo podrá equilibrar a la tierra. Pero la ciencia dice un *átomo*, y no *nada*. La fuerza, por pequeña que sea comparada con la resistencia, no puede faltar más; el solo brazo no basta.

Tal vez lo mismo se pueda decir del tiempo, y acaso alargándolo se expliquen muchas transformaciones; pero el solo tiempo es insuficiente. En cambio, aquí el tiempo lo hace todo.

—Cómo logra que de un protoplasma primitivo. . .

—Oh! nada más fácil. Los millones de años lo hacen todo; y si parecen pocos se agregan ceros a la derecha.

\* \* \*

Entre intuición e hipótesis hay una diferencia esencial. La intuición hace ver el cómo, explica; la hipótesis, cuando no se da tal nombre a la intuición, no explica nada y casi siempre nada dice. La intuición acude sola, y la llaman hoy inspiración, nombre destinado a desaparecer pues resulta algo sospechoso-

Una intuición fué la de Newton. Cae la pera, pero no según la perpendicular: como corría el aire, vino a dar en las narices del gran hombre. Un relámpago: la luna pera; ¿y por qué no cae? — era el roblema que ocupaba la atención de Newton. — Pues porque una segunda fuerza, distinta a la gravedad, y que, de operar sola, llevaría la luna horizontalmente a distancia infinita, se lo impide. He aquí resuelta la cuestión.

Un hecho tan vulgar como el de la pera, pues, bastó para determinar el estallido de la intuición. Nada hay de obscuro en ella: el empuje inicial y la atracción continua explican su revolución alrededor de la tierra.

El método impone que después del hecho y la observación prolija se forme la hipótesis. No sería método si aconsejara esperar que la hipótesis se presente por sí sola. Y, así, ¿he aquí nuestros sabios atareados en forjar hipótesis! La hipótesis que nada dice, indefinible, es la preferida. Si no tiene la persuasión de la evidencia, se la dará la fuerza del hábito, repitiéndola continuamente, siempre en nombre de la ciencia, y acallando con cierta sonrisa particular las objeciones. ¿Hay alguien, que no niega, ni protesta, y no se adhiere, porque no entiende? Se le pregunta con un tonillo intencional si no será por casualidad enemigo de Garibaldi.

Una de tales hipótesis es el dios de la *evolución*. Que todo en la naturaleza se continúe como en una escalera, es observación tan antigua como el mundo. Más de un sabio se detuvo a contemplar esta gradación admirable. La *evolución* supone



que un peldaño nace de otro; y si se pregunta cómo, contesta: "pues en cien millones de años". Si se dejara libre a la inteligencia, explicaría la escalera por el carpintero, pero se ha convenido en dejar aparte semejantes explicaciones y relegarlas entre los sueños metafísicos.

Explicar la escalera por el carpintero es un problema no fácil, ciertamente, y por eso cualquier exposición es buena. Es como si hubiera que hablar de la casa sin tener en cuenta los albañiles. Podríase las reducir a vegetales, o a vegetales fosilizados, o suponer que en millones de años el polvo se haya amontonado; la lluvia lo haya amasado, y lo que no se perdió en el río, aumentando a través del tiempo se haya solidificado, formando por fin las casas. ¿Y cómo se explica la finalidad tan visible? Ante todo, negándola, y después probando que, supuesto un fin, las casas responden muy mal a él.

Otro dios es la herencia. ¿Pues yo la niego? No, pero esta idea de herencia, por sí no explica nada. *Herencia* ¿qué significa aquí sino transmisión? ¿Y cómo puedo explicar, por tanto, la transmisión por la herencia?

He aquí una nueva lógica: dar razón de una cosa, con ponerle, en vez de su propio nombre, uno metafísico.

Lo mismo dígame de la *adaptación al ambiente*. ¿Por qué siendo continuo el sucederse de verano e invierno, no se acotumbra la materia orgánica a resfriarse en invierno y a calentarse en verano? — Veo que el hombre adapta el ambiente a sí, y no se adapta él al ambiente.

Admira que hayan personas deseosas de conocer la verdad, y que, sin embargo, se contentan con tales vaguedades.

El interés puede mucho en la elección de las ideas. Con este influjo se explican las teorías de los adversarios, más que tal vez suceda lo mismo con las de él, no se admite ni entre las cosas posibles. Empero, esos resoplidos son muy significativos. Parece como si esta gente se sintiera finalmente libre de un gran peso. Pregunto si los que trajeron sobre nosotros aquel peso, tenían interés en ser aplastados?...

—No, declara el autor; eran hipócritas y no creían en lo que decían.

La impresión de tales teorías es de hielo; el lenguaje, rastro. Captación de los alimentos, repulsión, reacción, etc...

Pero, amigo, dejémonos de pesadillas. El más vivo goce que el hombre experimenta, está en reconocer la inteligencia. Jamás se escribirá nada tan hermoso como las *Geórgicas* de Virigilio. Pues la causa del deleite está principalmente en que traducen todos los fenómenos, ya de las plantas, ya de los animales, con el lenguaje de la inteligencia. Aquel árbol injertado que se asombra viéndose cargado de frutos que no son los suyos... Pero habría que traer aquí todo el poema.

La poesía misma es una animación de la naturaleza; advertir inteligencia por doquier, llena el alma de gozo. Para mí, lo que embellece a la naturaleza, la explica; y sólo la inteligencia lo explica todo.

La nueva teoría que suprime la materia y no admite sino átomos de fuerzas, la célebre teoría del jesuita dalmata Buscovich, que fundó la gloriosa escuela de astronomía de Berra, aquella teoría triunfante hoy, me es simpática: no hay ya nada muerto, nada en el mundo sin inteligencia, salvo el cerebro de esos buenos materialistas, que han jurado no entender. ¿Esos centros de fuerza por qué no serían inteligentes? Y, subiendo por la escalera, ¿por qué no tendrían conciencia las células? El hombre, en su orgullo, quiso hacer de sí mismo un ser único, privilegiado. Está bien, pues, que se le mortifique, pero no quitándole la inteligencia, sino dándole a cuanto dé algún indicio de poseerla.

El punto de partida, el *compuesto químico*, el *pobre químico* no lo explica. Oh! Si se le pregunta qué es el agua, responderá:  $H^2O$ . Mas por qué una unión de oxígeno e hidrógeno sea una mezcla y otra un compuesto, no lo dice, si sabe decirlo; conoce el hecho; sabe que quemando el hidrógeno se compone agua; pero ignora, por qué el *agua* es tan distinta de sus componentes, por qué es un líquido, y luego tantas propiedades nuevas. Mezclados hidrógeno y oxígeno, no se combinan sin algo exterior, que será una centella o lo que se cree, cuya acción permanece en el misterio, pues no tenemos en la naturaleza material un ejemplo de ella que pueda auxiliarnos con su luz.

La inteligencia, en cambio, ofrece mil. Si a 2 añado 2, tengo 4, esto es, un número con propiedades bien diversas de las del 2, v. gr., el de ser un cuadrado, mientras que el 2 no lo es. Junto *hipo* (caballo) y *dromo* (carrera), y sale *hipódromo*, cuyo concepto no tiene nada que ver con sus partes. Quiero decir, pues, que en el mundo de la inteligencia se ofrecen mil fenómenos que ayudan a comprender. Pero esa buena gente cuando entiende algo, imagina caer en lo vulgar, ni más ni menos que los wagnerianos. Una explicación científica ha de ser una fórmula mágica; no estudian para saber, sino para distinguirse, elevarse; y para el vulgo nada es tan digno de admiración como el que aparenta comprender lo que no tiene sentido.

En el Casino nunca falta quien, viendo desaparecer a una persona, diga: "óptica"; así, esa gente cree que pocas fórmulas químicas lo explican todo. "Dante!", dice uno, admirado, y el químico: "H<sup>2</sup>O". Mas ellos saben que no se han de introducir *entidades absurdas*; explicar el sueño por la *virtus dormitiva* es una de las cosas que andan repitiendo con mayor satisfacción, uno de sus chistes. Pero no sospechan que ellos se encuentran en tal caso: son maridos confiados que rien al ver las astas de los rumiantes.

Todo se enlaza en la naturaleza: bien, belleza, verdad. Esa *sabiduría* es tan pesada y asfixiante como postiza. Soy un *metazoo*: ¿y qué hay más? — Los *protozoos*. — ¿Y entre los unos y los otros? — "Parece ser que haya algo, en efecto: la *Salivela salve* de Córdoba".

Aunque no haga sino empezar, porque el tema es muy largo, déjeme poner punto final, y quedamos en Córdoba.

H. Fritz.

LA INFLUENCIA FEMENINA EN EL TRABAJO INTELECTUAL <sup>(1)</sup>

Los grandes hombres pertenecen a la posteridad, y todos aquellos que la fatalidad o aún la necesidad ha puesto en contacto con ellos, se encuentran envueltos en su aureola y en su halo, y pertenecen desde entonces a la vida misma del hombre merced a cuyo reflejo pasan a las generaciones venideras. El hombre de genio debiera ser un grande e irreprochable carácter. De ahí que se escudriñe hasta los más mínimos detalles de su vida, que se examinen como con microscopio sus debilidades y sus faltas, y que se dé a los cuatro vientos de la publicidad todo cuanto a él atañe. El viejo dicho: *verba volant, scripta manent*, ha tenido que ceder ante la curiosidad implacable de la posteridad, y no tan sólo se han publicado las correspondencias de Goethe sino que aún se han coordinado sus mismísimas conversaciones!

Fácilmente se comprende que es imposible salir ileso de tan inquisitorial examen: al lado del hombre de talento, que ha legado a los siglos obras maestras que difícilmente serán sobrepasadas, se dibuja al hombre privado con sus debilidades y sus inconsecuencias, sus faltas y sus defectos.

(1) Este artículo ha sido formado, sacando de diversas obras del autor los fragmentos correspondientes; se indica, al pie de cada uno, la fecha respectiva. Se trata, pues, de «páginas escogidas» con el criterio del lector, pero que, en su conjunto, tienden a explicar la influencia psicológica femenina en la producción intelectual. Influencia positiva o negativa, sea o no la mujer la inspiradora del hombre. — N. DE LA D.

Pero este no es argumento serio. Existen — y en la vida diaria se encuentran a veces — grandes caracteres que no son sino personalidades obscuras, y que, después de haber cumplido austeramente su deber en esta vida, desaparecen sin haber sido de decisiva utilidad para el género humano. El hombre de genio es a veces un carácter vituperable, pero cruza el globo a la manera de los deslumbradores meteoros, que dejan tra sí un reguero de luz y como una faja de estrellas. Y bien: la humanidad deberá mil veces más al hombre de genio, que al de carácter.

Esta cuestión, muy debatida otrora — bastaráme citar las polémicas habidas con motivo de la correspondencia de Alfredo de Musset y George Sand, y las revelaciones de los amores seniles de Sainte-Beuve — está resuelta por la justicia inexorable de los que para admirar exigen conocer y apreciar al hombre que ensalzan. La publicación de la correspondencia de Goethe produjo, por ejemplo, un momentáneo escándalo, pero arrojó una vivísima luz en la característica del poeta y de sus obras, mostrando la filiación de muchas de ellas. Después de tanto ruido, Goethe ha ganado inmensamente: se le estudia hasta en sus menores detalles, se deploran sus debilidades, pero se vé la influencia que ejercen en los hombres los acontecimientos más mínimos, las personalidades más secundarias. En suma, de todo ello se desprende una enseñanza saludable y una glorificación más en conciencia.

Es solamente aplicando este examen implacable al estudio crítico de los grandes hombres que se puede llegar a asistir, por decirlo así, a la generación misma de sus obras, descubriendo las causas, ínfimas a veces, que han originado o influido notablemente en sus principales producciones.

(“GOETHE: *sus amores*”. 1881).

## COMTE Y CLOTILDE

“Para ser un perfecto filósofo—escribe Comte en su *Testament* — me faltaba sobre todo una pasión, a la vez profunda y pura, que me hiciera apreciar el lado afectivo de la humanidad: su consideración explícita, que había debido ser accesoria en mi primer grande obra (el *Cours*) debía dominar en la segunda (el *Systeme*). Preocupaciones materiales y conyugales; inclinaciones no satisfechas; desastre moral y sentimental: tal era la situación psicológica de aquel al aproximarse la cincuentena. Si los accesos de sentimentalismo melancólico que lo ahogaba entonces debían entregarle, sin defensa, a la primera pasión que se presentara; por otra parte, las preocupaciones morales, la admiración por el régimen católico y el pasado, y, por último, la total ausencia de lecturas nuevas desde su juventud, debían forzosamente llevarle a considerar como muy natural la evolución moral y sentimental de su doctrina. Continuando en su extraño aislamiento intelectual, que hacía entonces, (1845) 16 años (desde 1829) que lo privaba de toda lectura y lo obligaba a vivir fuera del mundo, repetía constantemente su propio pensamiento, sumido en esa contemplación fakirista de sí mismo, torturando sus ideas con la sempiterna introspección; de modo que, conservando la fraseología originaria, convertía involuntaria y paulatinamente su filosofía positiva en subjetiva y metafísica, formulando un conjunto de hipótesis que se le antojaban verdades axiomáticas y que, por el mismísimo fenómeno de auto-sugestión provocado por tan largos años de la misma pepsina espiritual, le parecían sinceramente que eran lógica y estricta consecuencia de la base originaria de su filosofía, de la observación... Todo llegó a parecerle lógico, hasta lo más ilógico.

No frecuentaba casa alguna pero, por más aislado que viera, no podía dejar de ver alguna vez a uno que otro. Fué así que, en octubre de 1844, la casualidad le llevó a casa de una familia, cuya hija era una señora joven, enferma y desgraciada, separada de su marido indigno y condenado a pena

infamante. Esa dama, Clotilde de Vaux, era física y moralmente el tipo lánguido de una romántica perfecta: recuérdese que entonces, en pleno furor del romanticismo, las mujeres no sollozaban sino a través de las estrofas apasionadas de Musset. El filósofo quedó deslumbrado... Vuelve a encontrarla, meses después, en un bautismo: la pasión contenida estalla con violencia, la imaginación sojuzgada recupera sus fueros, y pronto lo avasalla uno de esos terribles amores que más parecen venir de la cabeza que del corazón, exaltándolo hasta el punto de que, en el acto, se cree predestinado a ser el Dante o el Petrarca de aquella Beatriz o Laura de nuevo cuño. Aquel temperamento contenido por el ascetismo de su existencia solitaria, se desborda como lava de un volcán y todo lo arrasa: su inteligencia cede a semejante empuje y su corazón se enseñorea triunfante de su alma. Ella, física ya y condenada a próximo fin, comparte aquel ardor romántico, tanto más idílico cuanto que el estado de su salud les obligaba a cernirse en las alturas de un platonismo exagerado: Comte, entonces, sublimiza su pasión y su nerviosidad enfermiza lo arroja en brazos de crisis violentísimas, durante las cuales compone himnos místicos a "Santa Clotilde": como, después, instituye a esa "santa" en la patrona de la humanidad... El idilio fué fecundo, pero de corta duración. El era un hombre de temperamento apasionado, cuyos sentimientos durante años habían estado comprimidos, y que, en su lucha con el mundo, clamaba por un corazón que lo comprendiera, encadenado, como se encontraba, a una mujer indigna de él; ella, era un mujer desgraciada, durísimamente tratada por la suerte, herida por la pena infamante de su marido, indigno de ella: pero teniendo, a la vez, sentimientos levantados y clara inteligencia, por lo que precisamente comprendió la situación triste del pensador solitario y supo con este compartir ideas y sentimientos. Se conocen y, apartando el sensualismo de la pasión, viven, merced a la afinidad de sus almas, una vida de íntimo consorcio espiritual.

Comte, en la torre ebúrnea de su aislamiento de ermitaño, hubiera llegado quizá de nuevo al borde fatal del abismo de la demencia, pues no en vano el hombre intenta sustraerse

a la sociedad; pero su encuentro con Clotilde lo salvó, produciendo una reacción violentísima. Esa unión de dos almas, en condiciones semejantes, debe ser considerada con un criterio de tolerancia grande, porque reconcilió al pensador solitario con la vida, le dió fuerzas para llevar a cabo su tarea ciclópea, y cualquiera que haya sido la influencia que en sus doctrinas ejerciera aquella relación, hay que respetar ese acuerdo, envuelto en el nimbo de una pureza material etérea, y de la honda y recíproca simpatía intelectual. La nueva pasión fué un elixir para el trabajador fatigado y agriado: todos sus agravios se le desvanecieron y su acritud desapareció como por encanto: la vida, el universo, las ideas, todo se le presentó en una luz nueva; y, retemplado, a los resplandores de esa misma luz concibió y ejecutó la terminación de su obra, sinceramente convencido de que coronaba dignamente la unidad de su filosofía y de que levantaba un monumento que desafiaría a los siglos. "Hace 15 años — le escribía a Clotilde en 1846 — mi primer obra fué ejecutada sin el menor consuelo afectivo: hoy, tu influencia personal en la segunda es tan evidente, que siento surgir de ella mis mejores inspiraciones".

Porque Comte, desilusionado y presa de creciente amargura, había sentido agotarse la frescura de su espíritu, perdiendo todo entusiasmo por la faz ideal de la existencia: sin amigos, sin cariño que lo confortara, iba en camino de un pesimismo y de un desaliento profundos. Clotilde, con el sutil instinto de la mujer enamorada, comprende el vacío de aquella infecunda vida, y se apasiona por quien considera como víctima injusta de la suerte, le alienta, dale el calor que a su vitalidad faltaba, rodéale de sentida y honda simpatía; y ambos, en ese delicioso e incomparable consorcio de dos almas que mutuamente se comprenden, prescinden de los demás y entonan un himno férvido al amor, a la pasión, al sentimiento, a todo lo que hace hermosa la vida y convierte en seductor cuanto nos rodea. Hombre alguno ha podido hasta ahora producir nada duradero faltándole la cálida inspiración de la mujer amada, así como, sintiéndose comprendido y hondamente amado, arranca sin esfuerzo al harpa eólica de la vida la



nota vibrante de lo sublime, el grito incomparable de quien, con la sola seguridad del recíproco amor, se siente señor del universo y cuasi semidios. La afinidad electiva de aquellas almas realizó el milagro eterno: el espíritu cernióse en las alturas y, olvidado de la brega pasada, embriagado en la ambrosía única de lo único que hace que la vida valga la pena de ser vivida, contempla con mirada de águila al mundo entero y se siente lleno de una ecuanimidad bondadosa que llega hasta el altruismo más grande, porque quien es feliz, y ama y es amado, todo lo vé color de rosa y por sus semejantes experimenta el cariño más desinteresado, ambicionando hacerles partícipes de la misma felicidad que lo inunda. De ahí que la producción de Comte, bajo la influencia de la amante Clotilde, se orienta en el sentido de la simpatía más profunda por la humanidad, exaltando el sentimiento y volcando por sobre todas las cosas el corazón, por ser éste quien verdaderamente nos hace vivir, nos libera de la mentalidad fría, adivina el alma de las cosas y descubre en ellas el *sunt lacrymae rerum* del poeta clásico. ¿Qué vale el filósofo misógino, que pasa su existencia de monje benedictino pretendiendo remodelar la humanidad, sin comprenderla realmente desde que no acierta a sentirla? Solo quien tiene el alma henchida de gozo puede vibrar al unísono con la vida, desde que la naturaleza entera, en el fondo, es sólo un himno inmenso de amor y de vida!... La historia contemporánea recuerda el caso sugerente de aquella matemática insigne, Sofia Kowalewsky, a quien los sabios más encumbrados rendían el tributo de verdadera admiración y a la cual las academias más severas consagraron con sus más ambicionados homenajes: a su muerte, las páginas íntimas de su diario revelaron al mundo el secreto terrible de aquella existencia, rabiosa por amar y ser amada, y rebelándose airada contra la ciencia infecunda y sus lauros estériles, que le habían negado una hora siquiera de felicidad. “¡ Ah! — exclama — solo el amor justifica el vivir, y quien no ha amado realmente no ha vivido!”

Desgraciadamente, para la ciencia, ya Comte no vió nada sinó a través de su pasión: a su amada todo lo sacrifica, y todo lo que hasta su último momento para ella piensa y para

ella escribe, se le antoja digno complemento de la obra de su juventud y de su edad madura: ilusión explicable, sin duda, pero ilusión al fin, que hace predominar en la segunda parte de su carrera un feminismo enfermizo y místico. Lo cierto es que en su relación con Clotilde encontró el consuelo y calor que le faltaban; y la llama de su vida, pronta a extinguirse por falta de combustible, se irguió briosa y brillante, iluminando con vividos resplandores el radio de su existencia: de ermitaño hosco, lo tornó en humano, profunda, exageradamente humano.

La pasión platónica por la hermosa y triste enferma, hizo que las menores palabras, los mínimos gestos, los más ínfimos objetos que de ella provenían, se convirtieran forzosamente — por una especie de fetiquismo, tan frecuente en amantes de ese género — en el objeto de un culto que debía llevarle muy lejos. Porque el desenlace se produjo pronto: Clotilde falleció en abril 5 de 1846... Comte, aterrado, escribe a Stuart Mil que no le queda sino el culto del recuerdo de un amor "que ha regenerado sus propias ideas e inaugurado su segunda carrera filosófica". Atribuye, pues, a su amada la nueva dirección de sus ideas, si bien afirma que su orientación sentimental estaba latente y como envuelta, involuntariamente, en su propia naturaleza: para sistematizar ideas, es menester repensarlas, como lo hizo en el *Cours*; para sistematizar los sentimientos es necesario experimentarlos, y eso ha sido la importancia psicológica de su pasión. Su evolución moral — para usar de sus propios términos — fué la de una crisálida, al convertirse en mariposa: comenzó una segunda existencia, más pura y completa.

¡Y qué huella profunda, la dejada en su alma por aquella fugaz amistad! Ni un año duró esa relación, y a pesar de que a cada instante se veían, todavía encontraron oportunidad para escribirse 181 cartas, desbordantes de sentimentalismo y de pasión. Es cierto que él, en su empleo de un idioma que tan poco había usado, mezcla extrañamente argumentos filosóficos para probar la intensidad de su amor, pero esto, lejos de ridiculizar su memoria, demuestra cuan sincero era hasta en los momentos de mayor abandono: no podía escribir ni

una sencilla misiva amorosa sin intercalar su filosofía positiva... A partir de ese momento, no tuvo un pensamiento, no escribió una línea, no realizó un sólo acto, en el que no atribuyera cierta paternidad a su amiga o a su recuerdo.

\* \* \*

La influencia ejercida por el positivismo en el desarrollo intelectual del pasado siglo ha sido enorme. Aparte del valor de sus doctrinas filosóficas y de los vastos horizontes que abrió a la mente humana con la creación de la sociología, no hay duda, sin embargo, que la obra de Comte hubiera tenido un eco más apagado y de menor duración si su filosofía no se encontrara involuntariamente impregnada con el perfume —acre, de la una; suave, de la otra— de las dos mujeres que han llenado la existencia de anacoreta de aquel extraño pensador. El positivismo ha tenido, y tiene, discípulos ardorosos, convencidos, entusiastas; como también ha despertado una legión de adversarios y detractores tenaces, rencorosos, despiadados: en ambos casos es la influencia póstuma de aquellas dos mujeres desiguales la que enardece a la posteridad, suscita amigos y enemigos a la memoria del filósofo, esparciendo sus doctrinas por doquier, sea para ensalzarlas ciegamente como evangelio del porvenir, sea para escarnecerlas y ridiculizarlas. La esposa, malgrado la indignidad de su conducta — nueva Aspasia, viviendo entre filósofos — aprovechó la muerte del marido para desatar sobre su memoria todas las furias del Averno, sin duda provocadas por las reflexiones póstumas del famoso *Testament*: libros, procesos, todo se desató rabiosamente para disfrazar el recuerdo del cónyuge recalitrante con el sambenito de los locos, pretendiendo sentar la tradición de que, demente una vez sin duda, demente quedó más o menos después, de modo que su obra entera venía a convertirse en la lucubración calenturienta de un hombre con los sesos trastornados: sistemática campaña que, apoyándose en tantas y tantas incongruencias de la vida y escritos del maestro, hizo rápidamente camino, y hasta hoy, más o menos, medra, logrando cubrir la memoria de aquel con el velo

indeciso de las inteligencias fronterizas entre la razón y la locura. En cambio, la amante — la pura y triste amante — ha legado a la posteridad aquella profunda, inmensa y honda simpatía que por el solitario filósofo tuvo, y aquella su íntima y calurosa compenetración de la obra entera, derramando sobre sus páginas el bálsamo bienhechor de la caridad, de la esperanza, del amor a los demás, a la humanidad entera: es tan intenso, tan sinceramente sentido, aquel sentimiento de admiración y de altruismo, que todas las naturalezas delicadas — hombres y mujeres — se sienten irresistiblemente atraídas por aquel dulce vértigo y se convierten en discípulas del maestro que terminó su obra poniendo por sobre todo al corazón, ensalzando el amor, predicando la caridad y soñando en que la sociedad alguna vez ha de organizarse con el altruismo y la solidaridad por únicos principios dirigentes, entonando un himno inmenso a esta eterna Humanidad — de la que todos formamos parte y cuyas glorias o sinsabores contribuimos a formar — y empujando a todos en la amplísima vía de un progreso continuo, persistente, consolador, y que siempre promete algo mejor, merced a su optimismo jamás fatigado. El lado sentimental y la parte religiosa del positivismo es, quizá, lo que más ha contribuido a difundirlo, alcanzando a llevar el anhelado consuelo a las almas que, por cualquier razón que sea, han abandonado la plácida región de la fe, donde mora la felicidad porque no existe la duda, que desgarrar y atormenta. Por eso ningún sistema filosófico, puede decirse, ha cundido por el mundo con la rapidez y la singular intensidad que caracteriza al movimiento del positivismo: los demás sistemas, fruto de la sabia elaboración de pensadores profundos, no han salido — ni saldrán, sin duda — de la atmósfera recatada del gabinete del estudioso, resonando cuando más en el aula de los profesores; pero el atavismo hasta hoy mantiene, como capilla votiva, la vieja casa que habitara el filósofo en aquella típica calleja de la rue Monsieur-le-Prince, de que alguna vez he hablado, y yo mismo, allá, en los años de mi juventud y cuando estudiaba en la capital francesa, también he ido a esa casa y he recorrido sus habitaciones, cohibido por el recuerdo de aquel hombre, de cerebro potente y de vida de benedic-

tino, cuyas enseñanzas aún hoy, casi a un siglo de distancia, desatan tantas pasiones y despiertan tantos entusiasmos!

(“A. COMTE: *sus doctrinas sociológicas*”. 1910).

#### STUART MILL Y MRS TAYLOR

A parte de las diversas cuestiones sociológicas en que Comte y Stuart Mill coincidieron, únicamente no pudieron acordar opiniones respecto del problema femenino... Comte aún no había pasado entonces por su crisis con Clotilde de Vaux; Stuart Mill, por el contrario, entraba en plena crisis de su relación con Mrs Taylor. Y la influencia que ésta ejercía en sus ideas era, como lo confiesa en su autobiografía, enorme.

Alejado del elemento femenino durante su juventud, conoció a Mrs. Taylor en 1831 y fué tal su pasión por ella, que las páginas que la dedica en su autobiografía — por ardientes que sean — apenas dan una pálida idea de la realidad. Aquella era una matrona casada y con numerosa familia; el marido, con una flema singular, aceptó la equívoca situación... y se alejaba de la casa cuando el filósofo iba a comer o a pasar sus horas libres. La familia y los amigos de Mill combatieron tal pasión, pero en vano; cuando el marido murió, a los veinte años de ese singular *modus vivendi*, el filósofo se casó con la viuda, la que murió algún tiempo después. En vida suya solo la dedicatoria hiperbólica de su libro sobre “Economía política” (1848) dió a conocer públicamente su admiración por aquella mujer, “la más calificada — dice — para originar o apreciar cualquier problema de adelanto social”: la inscripción que puso sobre su tumba de Avignon alaba “su noble espíritu y su inteligencia clara, poderosa, original, que la convirtieron en su guía y apoyo, su modelo en sabiduría y su ejemplo en la bondad”. En su autobiografía, por último, dice que fué aquella la suprema amistad intelectual de su existencia y que a su influencia se debe todo lo humano, todo lo que abarca los problemas sociales con caridad y amor mayor. De su *Political economy* afirma pertenecerle el capítulo fundamental so-

bre el porvenir de las clases trabajadoras: "lo que en mis libros — dice — es abstracto y puramente científico, me pertenece; lo que es propiamente un elemento humano viene de ella, y en todo lo que se relaciona con la aplicación de la filosofía a las exigencias de la sociedad humana y del progreso, he sido su discípulo, tanto en lo audaz de las concepciones como en la prudencia de los juicios prácticos". El hecho evidente es que aquella influencia femenina puede fácilmente rastrearse en toda la vasta obra del pensador inglés y es interesante, para nosotros, tenerlo en cuenta, porque se ejerció, sobre todo, respecto de los problemas sociales y de materias englobadas en la sociología. El libro de Mill sobre la libertad *On liberty* y el relativo a la cuestión femenina (*Subjection of woman*) — la cuestión que, cabalmente, trajo su disentimiento con Comte — son obras sobre las cuales plana la sombra de aquella mujer extraordinaria.

Y es este un punto de interés para el estudio de la sociología comtiana. La correspondencia de Mill y Comte revela que duró medio año el cambio de cartas sobre el particular. Este último no aceptaba el concepto del otro, de ser actualmente "esclavas" las mujeres; y Mill siempre se mostró poco satisfecho de las concesiones que en sus cartas le hizo. Se comprende que, estando Mrs. Taylor detrás del filósofo inglés, no podía aquella desinteligencia fundamental permitir que, en adelante, aunaran sus esfuerzos en ninguna cuestión social: continuó la amistad de los dos pensadores y aun pudo Mill prestarle determinados servicios — como la mentada suscripción de Grote, Molesworth y Raikie Currie — pero languideció hasta que ambos la dejaron caer. Stuart Mill, sin embargo, escribió después sus famosos artículos sobre Comte y el positivismo, en los cuales hace plena justicia al pensador francés.

Fué también la misma influencia femenina la que hizo renunciar a Mill a su proyectada etología, o ciencia del carácter, que concibió — a raíz de la publicación de su *Logic* — como el fundamento mismo de la sociología: trabajó en ella no poco tiempo, pues consideraba que el punto débil en la sociología comtiana, en su estática social, era el vacío de las leyes sobre el carácter humano. Es cierto que Mill creyó siempre que las

diferencias de carácter individual y nacional eran debidas a accidentes y circunstancias que podían ser controladas; no aceptaba que los seres humanos, al nacer, fueran tan distintos de lo que después son. Pero su convencimiento de la diferencia de su criterio con el de Comte — puesta en claro con motivo de su controversia epistolar sobre la cuestión femenina — y la inclinación hacia la caridad práctica que puede realizarse en las transformaciones económicas, que caracterizó el temperamento humano y afectivo de Mrs. Taylor, desvió su actividad del rumbo sociológico doctrinario hacia el viejo molde de la economía política.

El cambio que, por tales razones, se produjo nuevamente en las ideas de Mill es visible: su *Logic* no había logrado demostrar que las ciencias sociales tienen un método exclusivo y propio, pero excluían todos los problemas que implicaban el libre albedrío. Bajo la influencia de su gran inspiradora, Mill llega — en el primer libro que publica después de aquel, y después del incidente epistolar con Comte y de abandonar su proyectada eología: en su *Political economy* — a sostener que si las leyes de producción de la riqueza participan del carácter de verdades físicas, las de distribución, como dependen de las opiniones y sentimientos de los hombres, no son leyes naturales sino que proceden de la voluntad humana. Y es tan evidente ese cambio, que no son pocos los discípulos de Mill que — así como éste separaba de la obra de Comte el *Cours de Philosophie positive* de un lado, y las demás obras del otro, descalificando a éstas — aceptan sólo su grande obra sobre *Logic*, pero descartan las posteriores, en que viene a invalidar las conclusiones sentadas en aquella. Forman, pues, el grupo que acepta las doctrinas sociológicas allí explicadas, desenvolviéndolas metódicamente con arreglo a los cánones de aquella obra magistral.

La influencia sociológica de Mrs. Taylor fué, por lo tanto, considerable en la obra de Mill y en diversos sentidos: al mismo tiempo que lo desviaba de la corriente contraria de generalizaciones doctrinarias, y lo traía al terreno concreto y práctico del estudio de los fenómenos económicos, tanto que en estos — como lo confiesa la autobiografía de aquél — “la parte en

que se hacían concesiones socialistas, era suya": sacó a las cuestiones sociológicas del torrente abstracto del doctrinarismo francés, para radicarlas en el campo práctico de los economistas ingleses. Y el resultado de ese cambio de orientación fué considerable: Karl Marx, al residir en Inglaterra, se impregna en las doctrinas de Mill y su grande obra *Das Kapital* está orientada en esa corriente sociológica práctica; Henry George, el reformador norteamericano, también adopta esa evolución de Mill, y su ruidosa obra *Progress and Poverty* está también orientada en aquella dirección.

(“STUART MILL: su obra sociológica”. 1905).

#### BUCKLE Y SU MADRE

Hasta la publicación de su grande obra, *Introduction to the history of civilisation in England*, nada había escrito Buckle. De posición pecuniaria desahogada, su salud poco robusta le había mantenido alejado de colegios y universidades, primero; del comercio con hombres y mujeres, casi, después, tanto que — como Macaulay — no rindió culto a la pasión, por más que el eterno femenino domine por completo su existencia, la penetre, la sublime y transmita a la posteridad una de las páginas más emocionantes de la historia del espíritu humano. Huérfano de padre, su madre concentra en él su adoración, luchando a brazo partido con su mala salud, rodeándolo del calor inimitable de una de esas afecciones inmensas que transforman a otro ser en un objeto de culto; lo salva de dos peligros: de la niñez y de la juventud; fomenta su amor al estudio y a los libros, que condecía con la reclusión a que su salud enfermiza lo condenaba, construyéndole en la propia casa una biblioteca espléndida, que a poco contaba 22.000 volúmenes; comparte con él sus estudios, sirviéndole de amante colaboradora, conversando de las investigaciones que aprendía, y obligándole así a una constante y fecunda gimnasia del espíritu que, al contacto de otra alma que al unísono vibra y que comprende sus anhelos, vigoriza sus conocimientos, los afina, los discute, los retempla, y vive así, intensamente, una vida refinada de constante excitación intelectual, que perfeccionaba



también constantemente sus facultades, estimulándolo, sosteniéndolo en sus desfallecimientos, y facilitándole la enorme e ímproba tarea que se había impuesto. Porque Buckle concibió su obra desde muy joven y decidió dedicar su vida entera a ella: para escribir su libro con pleno conocimiento de causa necesitó aprender 19 idiomas a fin de leer, en otras tantas lenguas, cuanto sobre la materia se hubiese escrito. Catorce años empleó en aquella labor ciclópea, ignorada de todos y sólo conocida de la madre, de la pía madre que a la par del hijo soñaba en la obra de éste y en la gloria indiscutible que debía producirle: esa madre singular y aquel hijo más singular aún, separados así casi por completo del resto del mundo, viviendo ambos para sí recíprocamente y aunando sus cariños y esfuerzos en la producción de la obra en ensueños entrevista, gigantesca, sin precedentes, digna de excitar a un hércules de la inteligencia... La salud de la madre se resiente de tantos cuidados y de tantos desvelos; por fin la obra se acerca a su término y, a medida que se terminaba la redacción de los originales, la vida de aquella mujer se debilitaba visiblemente: agotadas sus fuerzas de resistencia, cae enferma, su físico no permite abrigar esperanzas de reacción y, en medio de sus dolencias, desahuciada por los médicos, exige del hijo amado que mande a la imprenta el libro, que lo corrija, que apresure la publicación; sostenida milagrosamente por el hondo deseo de ver terminado el libro, vive y vive en agonía constante, con asombro de propios y de extraños, ilusionando la desesperación del hijo, quien, febricientemente, al lado del lecho del dolor se entrega a la corrección de pruebas, que veía servían de extraño filtro para mantener aquella vida que por instantes escapaba... Por fin lleva impreso el primer ejemplar, con la emocionante dedicatoria a la madre, tan profundamente sentida; y — cuenta un testigo ocular — la escena que se produjo fué singular: se incorpora en el lecho la moribunda, ansiosamente toma el libro, lee la dedicatoria, recorre el volumen, y las lágrimas abundantes que corren por sus mejillas reemplazan a la palabra, que en vano pugnaba por salir de sus labios descarnados; por fin, deja caer el libro, abre los brazos al hijo adorado y le estrecha violentamente, iluminados los ojos, transfi-

gurado el semblante, lleno de extraña alegría... y cae pesadamente sobre la almohada: la vida la abandonaba una vez satisfecho su anhelo, y fallece, roto ya el último débil lazo que a la existencia la unía!

Se comprende la impresión sensible que aquel drama debió producir en el autor; lo que había publicado era simplemente la introducción a su obra gigantesca; pero, malgrado la celebridad del día siguiente y todos los halagos de la consideración pública y privada, su salud vacilante no resistió al choque espantoso; siguió viviendo algún tiempo más, pero no encontró coraje para seguir su obra hasta que, habiendo emprendido un viaje a Oriente por consejo médico, para tentar una reacción, sucumbe en Damasco, siempre con el pensamiento fijo en la muerta amada, en la madre, alucinándose hasta imaginarse que por doquier lo acompañaba!

...Es realmente curiosa esta influencia del eterno femenino en la producción intelectual de los hombres: sus doctrinas, la perfección, más o menos relativa, de su obra y la orientación de su pensamiento, obedecen siempre a alguna mujer que, directamente impulsa, contraria o desvía la actividad del espíritu. En Comte, su mujer y su amada ejercen esa doble influencia sucesiva, dejando en la obra un rastro imborrable; en Stuart Mill, la que fué al último su mujer, orienta su producción intelectual de modo innegable: en Buckle es, también, una mujer — la madre — la que a su vez influye eficazmente en la obra soñada.

Y, en el caso de este último, semejante influencia difícilmente habría podido ser reemplazada por otra, porque sin ese apoyo constante, de todos los momentos, siempre amante, que nada exigía para sí y que solo se ocupaba y preocupaba de "la obra", ayudándolo en las investigaciones penosas e increíbles que perpetuamente debía verificar y alentándolo en todos los instantes, evitándole toda contrariedad, toda molestia, todo lo que pudiera distraerlo; sin ese sacrificio absoluto de la existencia de la una por la gloria del otro, no es creíble que este hubiera podido reunir una masa tan estupenda de conocimientos, elaborarlos, sistematizarlos y manejarlos para servir de probanza a sus poderosas inducciones, sacadas precisamente

de aquel estudio enorme. Porque es preciso recorrer los volúmenes de la introducción publicada para darse cuenta de aquella erudición prodigiosa: todo está controlado, toda aserción lleva su prueba al pie: y si tal fué la tarea para la introducción, cual no debió ser para la confección de la obra misma, y cuanto doloroso es pensar que los materiales así amasados y clasificados, se han perdido en absoluto porque no le fué dado al autor—por la misma intensidad de su dolor—ocuparse de utilizarlos en la forma magistral como lo hizo con los de la introducción!

(“H. T. BUCKLE: *su papel en sociología*”. 1905).

### SPENCER

En Spencer jamas el eterno femenino ha ejercido influencia absoluta: su autobiografía, discretísima al respecto, no permite rastrear influencia alguna de ese género, si bien cultivó relaciones amistosas con algunas mujeres descollantes, como aquella fascinadora Miss Evans que, con el nombre de George Elliot, ha dejado una página luminosa en la historia intelectual inglesa y cuyo recuerdo, si bien con “cierto rasgo de aquella masculinidad que caracterizó su inteligencia”, al decir de Spencer — lo persigue hasta en sus últimos años... Sin duda su temperamento flemático lo ponía a cubierto de tales influencias: rechazó casarse porque sus medios de fortuna no le permitían formar un hogar cómodo, y porque, una vez dedicada su vida a la grande obra de su filosofía sintética, temió que la existencia matrimonial coartara sus libertades y no le permitiera dedicar a la meditación y al trabajo las horas necesarias. Deliberatamente, pues, se condenó a ser solterón a pesar de que amaba la vida tranquila del hogar y no lo sedujo nunca ese *odor di femmina* de la Venus vulgívaga que, en otras existencias — como en las de Musset y Byron — llena por completo una vida, la penetra, la impregna y deja en cada uno de sus actos el rastro imborrable de su paso y el acre perfume de su persona... Tal elemento perturbador fué extraño a la carrera del filósofo inglés, y su obra se resiente quizá de la ausencia del sentimiento femenino, que toda la cien-

cia y toda la inmensa labor de aquel sabio no logra impedir sea echado de menos. Ni amada, ni mujer alguna, sedujo su corazón: adoró a su madre invalida, es cierto, renovando casi el piadoso cuadro que presenta la vida íntima de Buckle, pero fué eso un incidente relativamente fugaz y que no dejó rastros en su obra; en una palabra: si alguna mujer habló a su inteligencia, lo hizo más bien como camarada que como persona de otro sexo. Estos apesar del consejo de Comte de que casara... lo que, dada la historia conyugal del segundo, tenía hondos ribetes de ironía, si bien entonces se encontraba bajo la influencia sedante de la poética Clotilde, lo que seguramente explica que le dijera a guisa de argumento decisivo, que "la compañía simpática de una esposa ejerce una marcada influencia curativa", aludiendo a los padecimientos nerviosos de Spencer: ginecopatía singular, con todo, ya que si la esposa no resultaba buena — y Comte algo debía saber de ello — el remedio venía a ser peor que la enfermedad.

Las páginas que, en las postrimerías de su vida — a los 73 años — ha dedicado a ese vacío deliberado de su existencia, conmueven hondamente porque recuerdan aquellas postumas y vibrantes revelaciones de alma de Sofía Kowalewski, la descollante matemática del pasado siglo, quejándose amargamente de que la ciencia no había bastado a extinguir la llama, siempre latente en el fondo de todo corazón, del amor humano: todos los hombres — gime aquella — la veneraban como matemática, olvidándose de que también era mujer; así como todas las mujeres — dice entre dientes el otro — lo admiraban como filósofo, sin parar mientes en que a su vez era hombre!

(“HERBERT SPENCER: sus doctrinas sociológicas”. 1907).

#### MARGUERITTE Y LA INFLUENCIA DE LA MUJER “ULTRA MODERNA”

Marta resulta ser una esposa inferior a su marido: sacrifica su amor en aras de un sentimiento de orgullo enfermizo, lo que demuestra que era aquel más superficial que profundo — verdadera chafalonía del cariño — y que la ilusión patrió-

tica pudo más que la estimación y el afecto. Curioso tipo el suyo! De una perfección y de una suavidad que le conquistaban las simpatías de cuantos la rodeaban, se transforma en la encarnación del más áspero egoísmo apenas su amor propio de francesa se siente magullado: todo lo olvida entonces y no titubea en poner su felicidad doméstica en el ara del demonio, sacrificándola a su vanidad nacional. Muestra así a las claras haber sido un verdadero sepulcro blanqueado, con teniendo un fondo despótico y duro que cierra los ojos ante el desastre del hogar por desagaviar el capricho del orgullo y de la soberbia; no le importa la desgracia de su marido, a quién abandona sin el menor remordimiento, olvidando los ratos felices pasados a su lado: nada le dice el porvenir de su hijo, a quién condena a crecer en un hogar descalabrado, con la madre de un lado y el padre del otro; todo, todo al cohete, pues la domina por completo la terquedad, la pequeñez de su egoísmo de aquel instante y lo más preciado inmola — felicidad y porvenir — a su cruel ceguera de satisfacer ese empeño, cueste lo que costare. Valiente tipo de heroína! De una perfección que resulta falsa, labra su propia desgracia a la par de la de su marido y de su hijo: nada tiene que reprochar al primero ni al segundo, y sin embargo los estaquea moralmente sin escrúpulo solo porque sus ojos no sufrían ver más que ella, ella sola, y no se anda con remilgos sino que, con la monstruosidad de esa egolatria irascible que la ofusca, va derecho a echar por el suelo el hogar y a la separación irreductible. No: no hay en tal conducta ni patriotismo ni sentimiento noble alguno, sino la exaltación del amor propio y de la vanidad herida, y es por esa mezquina causa que desteje el fianduti que había tejido, cortando el nudo de su matrimonio sin experimentar el menor remordimiento. No es, entonces, en el desarreglo exagerado de un sentimiento puro que debe buscarse el móvil de su acción, sino en defectos de carácter o de educación, en la voluntad caprichosa y violenta, acostumbrada a hacer siempre lo que mejor le pareciera; en el personalismo enorme de quien no ve en la vida más que a sí misma y se empecina en arrojar todo por la ventana, a trueque del escándalo

lo y de la ventura, con el único fin de poner sus plantas sobre el cuello de su marido...

Mientras tanto, la víctima de esa tenacidad femenina enfermiza es un hombre trabajador, estudioso, amante, el cual, apesar de todos sus esfuerzos, nada puede contra esa especie de histerismo que se apodera de su mujer: se ve forzado a someterse a la fatalidad, que troncha su vida y le siembra la casa de sal, lloviendo miserias sobre él que le llenan de amargura y desencanto. Porque ¿qué puede hacer con una esposa que cierra los oídos a la razón, que se encueva en una hostilidad sorda o toma una irritante actitud de víctima, se aleja en la intimidad de él y se le vuelve extraña en su propio hogar? Tampoco habría sido esa una vida soportable, pues no cabe la tranquilidad del trabajo en una situación semejante. En casos tales la desgracia de un hombre es inmensa, porque la esposa debe ser la colaboradora del marido, su compañera fiel de todos los momentos, en quien pueda descansar en todo instante y que para él resulte otro yo, seguro e inquebrantable: pero una esposa que se distancia de él en su personalidad y en su voluntad, que no participa de sus trabajos, que es agena a sus alegrías y a sus penas, que adopta un papel de víctima o de adversaria irreductible, sembrando la zizaña y provocando constante pendencia, no hace muy buenas migas con la felicidad de hogar alguno. Justificar esa actitud con la exacerbación del amor propio enfermizo, que refrescaba y atizaba la derrota militar de su país en época pasada, es realmente una verdadera monstruosidad psicológica: nada tiene que hacer el patriotismo verdadero con tal matufia de jingoismo de segundo orden, el cual es más bien histerismo femenino, a duras penas explicable por la herida de la vanidad nacional.

Es curioso que el autor no ahonde, metidos los ojos en el suelo y pensando profundísimamente, el análisis de la gran pasión humana que, en todo país y en toda latitud, forma el nexo de la vida misma: el amor. En la conversación con el padre, al comenzar la novela, Marta declara que "no hay fronteras para el amor y el recuerdo" y, como ella adora a Otto con toda su alma y es correspondida, eso le dá fuerza para luchar contra todo y contra todos: "¿Porqué — dice —

sacrificaría yo una certidumbre de gozo por temor a penas que quizá no vendran?"; más adelante, ya casada y en Marburgo, "persuadida de que la felicidad consiste en adaptarse a lo que se posee, sobre todo cuando se disfruta de lo que tanto se ha deseado, concretaba su alegría a hacer la de Otto, tanto más cuanto que saboreaba esa felicidad perfecta, ese sueño supremo de todas las mujeres: amar y ser correspondida sin reserva alguna"; sus noches se pasaban "a la cálida intimidad de la lámpara, sea que tocara en el piano para su marido las sonatas que prefería, de Beethoven o Hayden, sea que leyera en alta voz algún clásico alemán o una reciente novela parisiense"; después, en su encantador y clásico viaje a Italia, "concretaba su felicidad al amor sin cesar renaciente del fondo de su alma"; por último, cuando la maternidad se anunció, "insensiblemente la calidad de su cariño por Otto se modificaba: igualmente ardiente, tornabase más grave, y no se preguntaba si le querría menos, sino que estaba persuadida de que lo apreciaba mejor"; nunca "se habían sentido tan amigos y su comunión fué tan absoluta y tan fuerte, que se traducía en la necesidad de expansiones y de confidencias". ¿Cómo es, entonces, que esa inclinación tranquila y firme pudo perder por flaqueza lo alcanzado por fortaleza, dejándose vencer del patriotismo herido, cuando los acontecimientos de la política y de la guerra eran ajenos a marido y mujer, y ninguno de ellos los había provocado? Únicamente porque esa pasión no era tan profunda como parecía, pues si lo hubiera sido nada la habría dificultado: cuando dos personas desfallecen de amor, todo el resto del universo desaparece a sus ojos y sólo existe el ser amado, siendo en realidad indiferente donde se encuentren ambos y quienes los rodeen; hay, es cierto, un explicable egoísmo en ese sentimiento, pero es una hermosísima concentración en sí mismo, porque es la absoluta comunión de dos seres, siendo por eso que la Biblia misma dice a la mujer: "seguirás a tu marido donde vaya, abandonando padres y patria". Cuando se arde con incendio de amor, basta y sobra con la posesión de la persona querida: lo demás es secundario y no perturba la inmensidad misma de aquel frenesí, que absorbe a ambos y deja a cada uno entregado al poder y albedrío del

otro. Pero para ello es menester que sea completo, absoluto, sin límites, cautivando el alma y robando la voluntad: felicidad suprema que no tiene precio en la vida y que no hay como valorar lo bastante. Desde el momento que la mujer deja que en su espíritu se aniden otros sentimientos u otras aspiraciones, aquel cesa de ser el soberano intransigente que solo vé en el mundo al enamorado, a quién transporta y le trae fuera de sí: la familia, los intereses, los amigos, la patria, cualquier otra impresión, desde que razonan en revuelto laberinto en presencia del cariño es que han comenzado a vencerlo, pues coexistir con él es ya cercenarlo, y ese comienzo de disminución es un arrancamiento del alma, porque de él empiezan los distanciamientos, el enfriamiento paulatino, la final consideración de que la unión matrimonial es una simple convención y toma de ahí su principio la separación de intereses, preludio del irse cada uno por su parte y anuncio del divorcio último, que desata el vínculo mismo.

No cabe en el amor sino la fusión completa de la personalidad de la una en la del otro; la mujer solo ve en el universo a su marido, a él se amolda, en él se diluye, y su suprema felicidad es precisamente unirse a él tan estrechamente que solo piense en él, le ayude en todos sus trabajos, le reconforte en todos los instantes, y disimule de tal modo su propia individualidad que parezca por completo absorbida en la de aquél; éste, entonces, a su vez con ella se compenetra de tal modo que para ella vive, por ella trabaja, en ella piensa, y solo concibe la existencia para con ella vivirla unidos. Cuando tal sentimiento domina nada logra perturbarlo, pues la esposa amante sabe atraer y retener a su marido, reconquistarlo cuando por cualquier casualidad momentaneamente se le escape, y hacer eterno y reciproco el cariño, porque este solo se obtiene y subyuga y es retribuido, de idéntica manera. Pero el caso de la heroína de esta novela es otro, su amor raciocina, y desde luego esta perdido; resiste a la influencia de la familia, cierra los oídos a la cuestión de intereses, pero sucumbe a la aflicción de un patriotismo exagerado y artificial. No: desde el instante en que se razona en el cariño, este comienza a declinar, y de ahí provienen los matrimonios en que la



mujer reclama su autonomía, desligándose así de su marido y significándole de ese modo una desconfianza que es la negación misma de aquel sentimiento, cuya esencia es la confianza más absoluta; en que, alegando convicciones patrióticas o políticas o de otra índole, disienta por completo con su esposo pretendiendo ser su igual y como si se tratara de dos socios de una asociación cualquiera, pues aquel hondísimo afecto no admite la posibilidad de una divergencia semejante de opiniones, ya que no reconoce ni acata sino una sola: la del ser que se idolatra. Por eso el cariño de Marta resulta ser *a fleur de peau*, convencional y pasajero: el motivo del patriotismo lo destruye, como lo hubiera igual y fácilmente deshecho cualquier otro, el de los intereses de fortuna o el del antagonismo de familia. No es, pues, su amor a la patria lo que pone "fronteras al corazón", como no las colocan los intereses, ni la familia, ni la raza, ni la lengua, ni la religión, ni las ideas: es que su pasión por Otto no fué nunca verdadera ni profunda, sino una inclinación superficial y momentánea, exactamente como la que nace de un capricho de los sentidos y que disminuye y desaparece una vez satisfecho el deseo que la hizo brotar. Así no se ama, y es profanar tal divino sentimiento denominar de esa manera a lo que es simple y pasajero afecto sentimental o sensual delecte carnal. ¿No es esa, entonces, la verdadera explicación psicológica del problema planteado por Margueritte?

Marta resulta, pues, ser de una mentalidad inferior desde que se deja llevar de su *emballement* y se ciega hasta el punto de sacrificarlo todo a su vehemencia. Sin duda, el novelista no ha querido personificar en ella ningún tipo excepcional, sino dar claro conocimiento del criterio medio de la mujer de su país y de su tiempo; pero la coloca en una luz desfavorable, ya que en ella se cifran todos los males, pues la presenta dotada de cultura y llena de condiciones, mas en el fondo atrabiliaria y caprichosa, intemperante y capaz de preparar con cruel refinamiento su revancha *jettant tout duocement de l'huile sur le feu* — aun a trueque de hacer víctima de ello no sólo a su marido, en realidad sacrificado sin razón alguna a su impetuosidad enfermiza, sino a su propio e inocente hijo, cuyo porvenir obscurece y complica. Caracteres femeninos de

ese jaez son, por lo general, una verdadera calamidad para el hombre que a ellos se liga y para la familia que de tal unión resulte; no descubren lo que hay en el corazón nunca al principio, sea que a sí propios se desconozcan, sea que efectúen su aparición más tarde, de modo que al formar el matrimonio no se puede jamás sospechar que tras una suavidad seductora de maneras y una encantadora dedicación a su nuevo estado, se halle latente el germen destructor del desmesuramiento y de la ligereza, del antojo y de la terquedad, de las proteiformes manifestaciones de un histerismo tanto más terrible cuanto que no hay como defenderse de él, pues lo arrasa todo sin consideración a nada ni a nadie. Es esa constitución anormal precisamente lo que caracteriza a la heroína de la novela, pues en Marta asume la forma de un fanatismo desbocado y epiléptico, como en otras mujeres de su tiempo y de su raza toma el aspecto de cualquier otra manifestación: la sonada incompatibilidad de caracteres u otro pretexto análogo. Porque las múltiples facetas de dicha afección — que forma como el rasgo fundamental de la mujer moderna, pues moldea su carácter moral con tanta mayor fuerza cuanto que deja casi sin modificación la apariencia física, de modo que es profundamente desconcertante — comienzan a dar noticias de sí en el momento más inopinado, plantan su garra poderosa en la mente misma y transforman poco a poco a la esposa culta, amante, sensata, en un ser veleidoso, iracundo e irascible, y con un constante estrilo que ni el escozor del ridículo advierte. El novelista, sin entrar en disquisiciones patológicas y sin asentar en esto demasiado los puntos sobre las íes, pone de relieve el lento despertar del histerismo patriótico de Marta, sus avances sucesivos hasta dominarla por completo, y su triunfo decisivo final; de ese punto de vista la tesis es exacta, porque tal modalidad — sea en su manifestación de carácter patriótico o en cualquier otra forma — no respeta “las fronteras del corazón”.

¿Qué podía hacer el marido en presencia de esa transformación inesperada de Marta? Había conocido y amado una mujer que resultaba convertida en otra muy distinta: hay, en efecto, en aquellas dos personalidades absolutamente diversas, la anterior y la posterior a la explosión de su histerismo. En su

primera faz había constituido el encanto de su esposo y de cuantos la rodeaban y se habría dicho que era la cuasi perfección ideada: amante, cariñosa, por completo dedicada a su hogar, depositando en aquél su más ciega confianza, no viendo nada sino por sus ojos, no pensando sino por su pensamiento, absorbida por entero en él. En su segunda faz se torna procaz, agresiva, dejando sentir con ensañamiento y alevosía su falta de fusión con aquél, no sólo en la intimidad sino — como si la presencia de un extraño pusiera en su deseo más vivos acicates — complaciéndose en hacerlo ante quienes con ambos estaban en contacto; incómoda, neurasténica, artera, trocando en aborrecimiento la estimación que pasajeraamente le tuvo; vengativa, sosteniendo deliberadamente siempre lo contrario de lo que pensaba o podía pensar su consorte, esforzándose en que a éste le resultara insoportable la vida, se convertía así en la encarnación moderna de la nefanda deidad clásica, que siempre sin consideración alguna la desgracia en su derredor... ¿Qué actitud podía asumir Otto? El novelista analiza sutilmente el problema psicológico: "solo, en su casa, había andado a la inversa el camino recorrido por Marta; se había aproximado a ella tanto cuanto ésta se alejaba de él; ciertamente no esperaba que después de tal tormenta volverían a encontrarse ambos intactos, pero creía que, con los restos de la felicidad pasada, podrían todavía reconstruir una nueva aunque frágil suerte feliz..." Pero pronto se convenció de la inutilidad de todo esfuerzo, "ya no estaban en presencia uno del otro sino dos seres enemigos; su esperanza era entonces imposible, y, después de ese convencimiento, la existencia odiosa comenzó..."

Nada podía contra aquel histerismo indomable, únicamente debía resignarse, lamentándose del triste lote que le había tocado en suerte, porque si es cierto que la mujer hace la felicidad y la gloria de un hombre, en cambio también es lo que lo hunde y asesina en vida moralmente, cuando, en vez de ser una constitución normal, tiene la maldición de llevar en su sangre y en su temperamento el germen del nervosismo. La táctica de Marta — de encerrarse en su habitación y guardar un semimutismo que revelara que si su cuerpo estaba allí, su

espíritu se hallaba bien lejos — hizo en absoluto intolerable la vida en común y le obligó a reflexionar profundamente sobre su situación.

Era la terrible perspectiva del divorcio moral, mil veces más desesperante que el legal, porque la vida con una mujer que no lo entendía o no quería entenderlo, afectaba además vivir mentalmente en otra parte, y por su actitud, le demostraba que se movía en un círculo de ideas extraño al suyo, le resultó un suplicio más refinado que los peores tormentos del infierno dantesco; a las veces una *mesalliance d'esprit* proviene de la diferente cultura intelectual de los esposos y, entonces, el amor puede lograr llenar el abismo que los separa, elevando a la mujer hasta el marido, pues instintivamente adivina ella que solo con ese consorcio espiritual podrá aspirar a poseerlo física y moralmente por entero; pero su caso era diverso, ya que uno y otro tenían una ilustración análoga, y era Marta quien deliberadamente se tornaba en indiferente o extraña para todo lo que á él le interesaba, de manera que resentía hondamente esa conducta como la más dolorosa de las heridas, porque a la soledad moral en que lo dejaba unía la afectación de un desdén que lo lastimaba. El novelista ha encarnado en Otto un tipo de hombre intelectual y por eso es lógico el hacer que éste no perdonara tan artera desvinculación mental, pues cualquier defecto femenino podía tolerar o excusar menos el desprecio por sus trabajos como médico o de sus estudios como profesor; tal cosa no encontraba disculpa alguna a sus ojos, porque es el más cruel de los refinamientos odiosos que una esposa recalcitrante puede inventar. Vivir aparentemente unidos ante el mundo cuando ambos cerebros con toda premeditación vibran por separado y en esferas desiguales, se le ocurría ser la más horripilante ironía que fuera dable concebir, sobre todo cuando tal situación se producía, como en su apretado lance, no por deficiente mentalidad de su mujer, sino por verdadero refinamiento de maldad, que buscaba así herir de muerte la raíz misma de su producción inteligente, quitándole toda tranquilidad, privándole de afecto, negándole consejo y apoyo; por momentos llegaba a considerar a Marta como un tipo moral a lo madama de Brinvilliers, desde que

intentaba envenenarle su entendimiento, inutilizarlo, hacerlo infecundo. Tal venganza lo espantaba; temía que lo llevara, a la larga, hasta la locura, si bien confiaba en su voluntad de acero para sobreponerse a semejante crisis y para entregarse al trabajo con encarnizamiento, procurando que éste le llenara el vacío de su vida, le defendiera ante la grave y muda agresión de quien hubiera debido alentarle, mientras que, por cruel sarcasmo, se convertía en su peor enemigo. Llegó ciertamente a recordar que Chateaubriand, quien pasó por análogo tristísimo trance, ha expuesto en alguna parte de sus memorias autobiográficas el secreto de su salvación: esa producción inmensa que asombra en su obra, siendo así que más de un crítico no podía imaginar de donde podía sacar tiempo para labor tan variada, ni resolución bastante enérgica para realizarla sin desfallecer, cuando ello sólo obedecía a la convicción de que, si bien es cierto que es menester gastar con el trabajo lo que nos atormenta — pues, como alguna vez se ha dicho, el trabajo — *trabajo es aferrar es sustituir en lo que se aferra se trabaja se olvida* — es menos que sólo en ese exceso de tarea podía aquél hallar lenitivo al hondo apartamiento moral que lo obligó a vivir con quien hizo gala de burlarse de su valimiento intelectual.

Margueritte, sin embargo, no concede a O'to las cualidades eminentemente francesas de aquel gran escritor, cuya ironía elegante le permitió resistir y soportar semejante estado de cosas; por el contrario, lo presenta como teutón de una pieza, cuadrado de cuerpo, pero sin asomo de chacuaquería, antes bien, derecho de alma, sin matices variados, aunque animoso y agalludo y con una voluntad férrea, encadenado al trabajo y no admitiendo la posibilidad de ejecutarlo sino lo mejor que le fuera dado, de modo que vivía en su hogar, casi metido en clausura en su cuarto de estudio, y por ello necesitaba precisamente del cariño de alguien que se interesara por sus ocupaciones, que lo animara, que posara sobre él su ojo amante. Ante la actitud deliberada de Marta todo eso se tornaba imposible y la existencia de aquél se convertía en un aislamiento moral y social, capaz de destruir toda su energía y de labrar su desgracia. Tal fué el destino que entrevió si persistía en querer conservar las apariencias desde que la resolución de

aquella, inquebrantable y fría, no le dejaba otra perspectiva: todavía, sin embargo, la amaba porque había sido la primera y única mujer que había querido verdaderamente, no contando a sus ojos las relaciones pasajeras anteriores o posteriores a su vida de estudiante, ya que no había tenido jamás temperamento de "afilador" y su mismo modo de ser era la antítesis del concepto de calavera; pero consideró, como resultado final de su meditación, que era luchar sin esperanza contra su fatal destino pretender reconquistarla. Nada había, pues, que hacer. "Escucha Marta — le dice por fin Otto — he reflexionado mucho, y una existencia semejante no puede prolongarse, porque no es digna ni de nuestro pasado ni de nuestra situación de hoy; veo, como tú, la verdad: estamos separados por obstáculos infranqueables y, si continuáramos en querer prescindir de ellos, temo que pronto llegaríamos a tener escenas abominables; sin embargo, Dios me es testigo de que habría podido amarte todavía, si lo hubieras tú querido... Oh! lo sé; habría sido de tu parte un esfuerzo sobrehumano..." En presencia de tales palabras, Marta, "soprendida, le miraba con desconfianza; la meditación y la pena durante las semanas en las cuales en él se había librado el supremo combate, habían palidecido sus rasgos; una tristeza resignada hacia, quizá, menos dura su mirada, todavía amarga..." Y — esto pintó terriblemente el rasgo histérico del carácter de la protagonista — Marta "sufocada por la alegría, sólo hallaba que la sorpresa era demasiado grata, la liberación demasiado brusca..."; había acabado con él de esta vez para toda la vida. Casi se diría que estuvo tentada de gritarle burlescamente: ¡chau!

(“VICTOR MARGUERITE: *la tésis de su novela*”, 1912).

#### ALTAMIRA Y SU PRESCINDENCIA DE LA INFLUENCIA FEMENINA

Cabalmente tócome leer gran parte de este libro a la primera hora de una de estas mañanas otoñales. Clareaba apenas del lado del levante: el lucero del alba se escondía por momentos. Un viento recio despolvoreaba casi instantaneamente una densa niebla delante de los ojos, y veía rasgarse un velo blanque-

cino, sutilísimo, que envolvía todas las cosas y de cuyo seno surgían, como evocadas por mágico conjuro, indecisas primero y lentamente acentuándose después, figuras de animales, de arboles, de edificios... No había luna, y la insegura claridad del día que alborea bañaba el campo con una luz suavísima: al principio algo mortecina y como si fuera un delicado encaje ideal, por segundos más y más marcada, poco a poco ya ligera pero debilmente coloreada, allá en el límite lejano del firmamento y donde éste parece confundirse con la tierra, levantándose de ahí nubes caprichosas que teñían magistralmente sus celajes deshilachados con los pálidos colores del arrebol que apriesa se advertía: en un soplo casi, el sonrosado mudóse majestuosamente en rojo vivísimo, luego lo atravesaron intensas rayas doradas, y, sobre la línea recta, imponente, infinita, del horizonte soberbio de la pampa, se alzó la extremidad de un disco de fuego, el cual, creciendo con pasmosa rapidez, esparció a pendón herido sus rayos deslumbradores por todo el ámbito del cielo, iluminando los campos y los ganados con un tinte especialísimo de alegría exuberante y de vida triunfal... El incesante canto de los pájaros, saludando alborozados el espectáculo, siempre estupendo, del nacer del día; el movimiento de las haciendas, que parecían pezerosamente deslizarse por entre el alto pastizal, acariciadas por el contacto benéfico del calor del astro y haciendo mil fiestas con la cabeza y cola: el verde amarillento de los árboles, cuyas hojas comenzaban a caer; el vaho húmedo y vaporoso, que imperceptiblemente se desprendía de la tierra y llenaba la atmosfera con ese perfume singular que parece infiltrar potencialidad vigorosa y disipar cualquier melancolía: todo, en la naturaleza, entonaba un himno férvido al nuevo día, a la perenne realidad de la existencia, al calor vivificante del astro soberano que acababa de levantarse... El espíritu más fatigado, ante escena semejante, advierte sin querer que lo inunda una calma reconstituyente, que un tónico invisible lo vigoriza, dando tensión al organismo y llenándolo de savia nueva; y, en momento tal, la alegría ilumina al corazón más destrozado, vence a la misantropía más inveterada y predispone al hombre a sentir y apreciar las emociones más

sutiles, mirando todo con pasión de galán enamorado. Fué así que terminé la lectura de esta novela.

He reflexionado después sobre su contenido, entrando en los rincones de su conciencia, en diversas horas, temeroso de que en la impresión producida contáse por mucho el instante singularísimo del crepusculo matutino. Paseándome a pie por las calles arboladas del parque, a la plena luz del mediodía, bajo los rayos benéficos del sol a plomo, que, en esta estación, lejos de abrasar calientan dulcemente las espaldas; también a esa hora, en la cual parece funcionar el cerebro con una actividad mayor, he reflexionado sobre las conclusiones de esta obra, y también me han parecido falsas la amargura y la tristezas de su final, y el desaliento de su filosofía sobre el descanso... Y, al caer la tarde, en ese momento solemne del crepusculo vespertino, cuando el día parece escapar de entre las manos y la luz muriente va poquito a poco deshaciéndose en las tieneblas que se acercan, y los objetos se cubren con un velo, tenue al comienzo y densísimo al poco andar así que llega la noche con la tristísima rapidez de las tardes otoñales, en esos días en los cuales, tras la carencia de luna, el cielo se encuentra encapotado y tempestuoso; la sombra, entonces, como si quisiera placear sus secretos, se esparce por doquier, cobijando todo indistintamente, envolviendo a todo en el mismo misterio, que aquieta por igual todos los ánimos, remontando el espíritu y predisponiendo a la reflexión melancólica y retrospectiva, pero bondadosa y blanda; también a esa hora, libre el espíritu de las preocupaciones del día y reconcentrada la mente en la meditación de este libro, sus personajes y sus escenas se han erguido en mi imaginación, y, contempladas a la luz primaria de ese criterio insignemente dispuesto a todo lo favorable, también he encontrado falsas sus conclusiones desalentadoras y no he podido explicarme el ciego endiosamiento del éxito, la prédica de la lucha sin descanso, de esa condenación sin remedio a sucumbir en la demanda, como si el autor le hubiera puesto pena de la vida, por no querer considerar que todo debe tener su medida en este mundo, y que los mismos temperamentos excesivos a ella se ven obligados a someterse, por más que desearían protes-



tar. Hay que templar el rigor con blandura. Sí. Es preciso huir de la exageración: todos los extremos son perniciosos. La lucha es progreso, porque sin ella no habría adelanto. Es vida porque, de suprimirla, reinaría en la naturaleza entera la paz de los sepulcros. Es condición inherente a la existencia, la cual no puede realizarse sino mediante una contienda constante contra las cosas, los elementos, los seres animados, los hombres, las propias inclinaciones, los defectos del temperamento o del carácter. Se lidia para nacer, para vivir, para morir. Es verdad, Esa es la ley a la cual todos estamos subordinados. La nirvana oriental no la realiza ni el fatalismo musulmán: la negación de la acción es decadencia, en pueblos y en hombres. Y si eso es verdad tratándose de la humanidad en general, lo es aun mucho más, si cabe, en los países democráticos, en los cuales cada uno es hijo de sus obras y debe abrirse camino por el solo vigor de la voluntad. Desgraciado de quién, en circunstancias tales, renuncie al combate! Se despeñará, fatalmente, en su perdición; merecedor es de doblada pena y tan sólo podrá granjearse la compasión de los demás... El salmo enérgico del americano Longfellow es pues, el avangelio de la lucha; pero, cabalmente por ello es necesario, es conveniente, predicar la pugna razonable y razonada, no la brega enfermiza o poco sensata; la lidia franca, con plena conciencia de salir con su intento, y con una prudente confianza en las propias fuerzas, sometiéndose a saludables alternativas de reposo, y sin que ésto menoscabe la tenacidad tranquila y la inquebrantable resolución de ser perseverantes hasta el fin, contra viento y marea. No cabe, ni puede haber, el desaliento ni el desencanto en concepto semejante de la vida: se trata de un verdadero ministerio, y toda obligación hay que acudir a cumplirla sin faltar punto y hasta el fin, sin vacilación y sin jactancia, cualquiera que sea el sacrificio. Pero menester es hacerlo sin exageraciones innecesarias, sin sobreexcitaciones que de antemano presenten perspectivas desesperantes, sin desalientos poco cuerdos: por el contrario, el deber se hace mejor, cuanto más razonadamente se procede.

La ley del descanso es para el obrero intelectual — vale decir, el caso de *Reposo* — más imprescindible aún para

los demás. El cráneo agota su caudal y consume el tesoro que contiene: cualquiera que sea la doctrina que, respecto de las relaciones del espíritu y del cuerpo, enseñe la moderna filosofía del alma, es indudable la íntima conexión entre el fenómeno intelectual y la corteza cerebral, con sus lobullos, sus circunvoluciones y su materia gris. La personalidad humana es una e indivisible: como pueden las impresiones físicas producir sensaciones psíquicas en las células ganglionares de esa parte del cerebro, manifestaciones que son los elementos y esencia de la actividad intelectual, eso — al decir de un maestro — escapa a las investigaciones de la ciencia experimental. Pero indudablemente es en la cabeza que esa elaboración se efectúa, y las funciones del encéfalo requieren, para ser ponderadas, que la nutrición de la corteza gris se ejecute normalmente: cualquier exceso, en uno u otro sentido, trae por consecuencia una afección difusa de dicha región cerebral, y, entonces, la personalidad humana pasa por el agravio de experimentar esas heridas más o menos incurables, que oscilan dentro de las formas variadisimas de la demencia, del idiotismo, o de la degeneración.

Predicar, pues, a un intelectual la lucha activísima y sin descanso, es condenarlo a ciencia cierta a uno de esos terribles extremos. La tregua es imprescindible para que la naturaleza funcione. No sería sensato ir derechamente a la insensatez por despreciar el respiro y considerarlo cobardía, o siquiera "una ilusión de los instantes de desfallecimiento". El hombre debe alternar su actividad; si lo hace desde un comienzo, no sufrirá desgaste de fuerzas; si se halló obligado, por cualquier linaje de circunstancias, a someterse a excesos de trabajo intelectual, a exagerar hasta donde sea posible su potencia cerebral de producción y labor, llega un momento en que es forzoso, so pena de quedar caído sin remedio, descansar.

Altamira, en el fondo, está de ello persuadido. Su héroe se encontraba en ese caso. Lo lleva al campo. Y el efecto es rápido y seguro. Tan fulminante que, vuelto a su antiguo valor, recobra con redoblado vigor todas sus energías, hasta con los defectos de sus exageraciones: obedeciendo a estos últimos

es que desvanecen de su memoria los beneficios reparadores del reposo y se lanza de nuevo a la batalla, con amargura y como si perversa sentencia lo precipitara a los infiernos. Ha debido ser justo: reconocer la bondad del bálsamo y retornar tranquilo y resuelto a seguir cumpliendo con su deber de combatiente.

No hay, en efecto, medicamento más eficaz para la fatiga intelectual, que la vida de campo. Los viajes obligan, que quiera que no, a ejercitar constantemente la atención, y el contacto con las gentes impone una gimnasia del entendimiento que no permite el descanso. El retiro al campo, por el contrario, produce instantáneamente el efecto calmante de aflojar la cuerda de un arco; la reacción es completa, el medio ambiente apacigua, la soledad templada la demasía de sus rigores, la placidez de la naturaleza encanta. Poco a poco, la majestuosa indiferencia con que sigue su curso la vida, repitiéndose las horas y los días con olímpica serenidad, restaura la cabeza más gastada, haciendo que las impresiones se reflejen vaga y blandamente, sin esfuerzo; la sangre circula entonces con suavidad por las arterias cerebrales, las fibras nerviosas readquieren su tensión natural, la corteza gris se vigoriza, y se restablecen las funciones vaso-motrices, térmicas y secretorias. Sin apercibirse de ello, casi, el intelectual fatigado experimenta en el acto una dulce sensación de alivio; hasta el recuerdo de la pasada sobreexcitación parece amortiguarse; se nota en todo el cuerpo una impresión de bienestar desconocido; el espíritu lentamente vuelve a erguirse de repente con tal agilidad a propósito del asunto más imprevisto, que la alegría de haber recobrado todo el vigor de otrora inunda el alma de contento, predispone a hacer aprobaciones panegíricas y acelera así la curación de la fatiga. ¡Ah! benéfico intervalo, restaurador poderoso, nobilísima terapéutica de la naturaleza! Desaparecida la exacerbación de la lucha, serenado el ánimo, ve el hombre con más claridad los propios defectos o las injusticias quizá involuntariamente cometidas; reconoce con nobleza su error respecto de doctrinas, gentes o cosas; y cuando, ya del todo restablecido, retorna a la lidia, lo hace con espíritu más ecuanime, más respetuoso para con los demás, más generoso, más

inclinado a la indulgencia y al olvido de los pasados agravios. Es, por ello, especialmente precioso ese involuntario examen retrospectivo que la calma rural provoca: comienza a tener el hombre conocida mejoría, suaviza las asperezas del temperamento, lo transfigura y trueca en paciente, y lo enseña a juzgar hombres y cosas con una benevolencia que no excluye la altivez: se persuade, a la larga, de la inutilidad del ensañamiento personalismo y del odio infecundo: rechaza, como indigna de ocupar su mente un segundo siquiera, la sombra de la envidia respecto de coetaneos o de extraños; adquiere, sin buscarlo casi, una ponderación y un equilibrio tales, que se presenta en la liza con vigor centuplicado, con una energía más provechosa y con una claridad de vistas y una resignación a toda prueba, resuelto a llenar su tarea en el mundo, y a cumplir con el deber que las circunstancias le han impuesto, con tranquilidad inquebrantable.

Sin duda la quietud de la vida de campo no excluye el trabajo intelectual. Antes bien, parece reclamarlo. Pero labor de otro género: de investigación, quizá; de satisfacción de la curiosidad del espíritu, muchas veces; de mero esparcimiento, no pocas. Es verdad que, en el primer tiempo, el libro cae de las manos ante el espectáculo imponente de la naturaleza, pero la restauración paulatina del vigor intelectual lo reclama con exigencia después, enseña a apreciarlo mejor; el espíritu lee con mayor lucidez y lo que, en medio de la vida afanosa de la ciudad, pasaría desapercibido en el escrito más interesante, resulta sobresaliendo más sus detalles a la vista de la tranquilidad del campo, e incita a la inteligencia a abordarlo. El intelecto se encuentra más expédito y sale a desafiar la tentación: la lectura es, por ello, más provechosa. Y si del mero esparcimiento se pasa a la investigación, es increíble cuanto ductil se nota entonces a la inteligencia: se apasiona del asunto, busca, husmea, rastrea en impresos y manuscritos la respuesta del punto interrogante, y esa recreación del espíritu parece ejercer sobre el organismo la vigorizante acción de una cacería: la sangre circula acelerada, el rostro se colorea, los ojos chispean, siente uno la cabeza y se complace ésta en funcionar con una rapidez y una limpieza maravillosas; y se vi-

ve así una vida encantadora, siguiendo de cerca la dificultad que parece huir y huir, a fin de desatarla y resolver satisfactoriamente un problema dado, todo lo cual hace experimentar las emociones del deporte más lleno de agitación, deja contenta el alma, inundada de sana alegría; hasta que, tras tenaz empeño, se llega a la solución, se la coge, se la exhibe triunfante... y es de ver, entonces, con qué vehementísimo placer se regocija el ánimo, complaciéndose en ese inocente triunfo de destreza de la mente, y cuán saludable efecto pone por obra esa gimnasia del cerebro, el cual sale de tal prueba más ágil y mejor dispuesto a otros lances de diversa índole. Pocas cosas hay en el mundo comparables a la intensa satisfacción que ocasiona esa prueba de lucidez intelectual, en pleno campo y bajo la influencia admirablemente apaciguadora de una naturaleza espléndida. Es el deleite más puro, más cándido y libre de culpa, que sea dable imaginar; y, a la vez, el más completo, porque es siempre un placer jamás enturbiado por remordimientos del mañana.

También es verdad que los libros son los amigos más leales y los compañeros más agradecidos. Todo encuentra en ellos el hombre: siempre responden a su estado de alma, cualquiera que éste sea. Una biblioteca es, por ello, como un templo; el hombre, en su recinto, se despoja de las impurezas de la vida y se siente con alientos, transformándose rápidamente. La influencia moral que aquéllos ejercen es incomparable: las penas más hondas se ablandan, lentamente es cierto, pero se ablandan y suavizan su contacto, pues nunca dejan de caer a las manos las obras de maestros, prontos a enseñarnos a olvidar, esperar, creer...

He debido escribir las presentes líneas en medio del temporal desarrollado en los días de esta semana santa, encerrado en mi biblioteca, cuya altísima estantería, arrimada a los cuatro costados de esta sala, enorme por su extensión y altura, produce siempre en mi ánimo el efecto de una capilla al estudio consagrada y a cuyo recinto no puede penetrarse sino para hacer larga y benigna ofrenda. Cuando el tiempo es bonancible, se halla su interior bañado de luz, que a raudales penetra por elevadas ventanas, las cuales dan, por una parte, al denso arbo-

lado del parque circundante, y por la otra, a los potreros alfaldados que se extienden hasta perderse la vista en el lejano horizonte; entonces reina un silencio majestuoso, apenas por el canto de avecillas interrumpido y el espíritu se siente inventiblemente inclinado a engolfarse en las más áridas investigaciones, acunado por la dulce seguridad de que nadie ni nada vendrá a romper el hilo de la grata tarea. Y si el tiempo, como ahora, es borrascoso, más deliciosa aún es la impresión de bienestar que se experimenta, respirando una atmósfera templada por cómodo calorífero, mientras los cristales de las ventanas parecen repiquetear con el golpe continuado de la lluvia, que sin cesar cae y que forma, a pocas varas, algo como una cortina líquida que abrillanta el verde de los árboles y se mece, como hamacada en diversas direcciones, a impulsos del viento huracanado... Hoy que, casi al terminar estas notas, el estado atmosférico se ha serenado y se siente ese frío sutil y seco, precursor del invierno, que parece vigorizar el organismo y llenar de contento el alma, también es imposible arrancarse de esta sala, pues la cabeza parece más dispuesta que nunca a la tarea intelectual; un saludable pampero ha barrido con la lluvia y con la humedad, el piso está seco, se tiritita de frío y se da de tenazadas con los dientes, los árboles se despojan como a disgusto de sus hojas amarillentas, tristemente arrancadas por la estación que avanza, holladas y revoleadas del aire... Y me viene a la reminiscencia cierta tarde otoñal, terriblemente inolvidable, pasada en el jardín botánico de Vilna, en plena Lituania rusa: los árboles habían ya revestido su ropaje invernal, las hojas yacían, marchitas y mustias, tapizando los múltiples y caprichosos andenes; el lago ostentaba sus aguas glaucas e inmóviles; la soledad era casi completa; se tocaba con la mano la fuga de la vida alegre y la aproximación del invierno, siempre triste, y la sensación de una melancolía profunda se apoderó del corazón que parecía querer llorar a voz en grito, como si la congoja lo apretase y sintiera en su interior una aflicción inmensa, que lo impulsara a echarse en un pozo de pesadumbre; oprimido de dolor se destempló el cuerpo y, sin poder explicármelo, sentíme como puesto en gran agonía y se apoderó de mí una singular desesperación...

¡Desgraciadamente es un sueño! Encerrarse aquí y dedicar el resto de sus días a esta labor de benedictino, seduce y enamora; pero ¿y la vida real? ¿y las necesidades que impone a un hombre la familia, y las obligaciones que le incumben? Ante todo, el deber; es indispensable luchar, pues a lidiar. Investigar historia es satisfacción de estudioso erudito; viene después del deber. Y tiene que suceder así, desde que en este país, con escribir no se atesora ni se carga de honras y haberes, pues no solamente ni resultados pecuniarios trae, sino que sirve únicamente para apretar a uno con gravámenes, puesto que no hay editores que publiquen los libros a su costa; es un lujo investigar, y es mayor lujo ser autor, porque hay que gastar todavía en imprimir lo escrito. La atención pública, absorbida por preocupaciones de otro orden, relativas al desenvolvimiento material del país, aún no aprecia el trabajo intelectual del publicista; el periodista ha alcanzado consideración, pero el ser escritor es aquí una demasía que se permite tan sólo el hombre que puede ganarse la vida con una profesión libertal o que goza de rentas; las gentes admiran en esos libros tanto valor, que de su compra desisten. Bien valido lo vale. De ahí que todavía sean relativamente escasos los lectores en este país; las obras serias tienen apenas un público de cenáculo; los trabajos de historia, sobre todo, casi podrían contarse con los dedos de ambas manos lo que pueden ó quieren apreciarlos, son ya menos los que se los procuran y menos aún — si cabe ser menos que menos — quienes los compran, ofendiéndose los más cuando el autor no se los envía de regalo, y, cuando los reciben obsequiados, tampoco los leen, porque imaginan que poco debe valer el volumen que no aguarda que se vaya en su busca, sino que se lanza a pesquisar por la ciudad para poner la mano hasta en el indiferente...

Por ello, pues, aun cuando las naturales inclinaciones hagan gran fuerza y persuasión, habrá quizá que soñar plazos a la duración de los siglos o deferir para tiempos mejores la posibilidad de entregarse por completo al encanto de esta biblioteca; pero, por breves que sean los períodos que en ella logro pasar, por nada de este mundo me privaría de la intensa satisfacción íntima que ellos me procuran. Y con esta demostración se toca

con los dedos que, como descanso de las fatigas de la lucha por la vida, sea, para un intelectual, la panacea deseable el reposo en el campo, en plena naturaleza, pero teniendo a su disposición una librería, cuya sola contemplación llena de legítimas deicias a su espíritu (1).

(“*Tristezas y esperanzas: Altamira y su novela*”, 1903).

ERNESTO QUESADA.

---

(1) La siguiente carta del autor se refiere a la índole de la selección verificada. Señor don Narciso Binayan, Mi estimado ex alumno: He revisado las pruebas de las «páginas escogidas» que Vd. ha creído interesante extraer de algunas de mis obras. Veo que su selección, en el deseo de formar con ella un conjunto, en el sentido del título con que la encabeza, ha sacado fragmentos de libros publicados en diversas épocas, abarcando casi medio siglo, desde que comienza Vd. con uno de 1881. Es decir, forzosamente el lector tropezará con cierta disparidad de criterio y aun de estilo, pues no impunemente la experiencia de una vida ya larga se refleja en las páginas de la producción intelectual. De ahí que, no tratándose sino de fragmentos en los cuales incidentalmente se ha tocado la cuestión de la influencia femenina en el trabajo mental del hombre, el título de la recopilación no responda a un estudio acabado del problema! más aun, no pocas de las páginas incluidas se refieren a la producción intelectual con prescindencia de dicha influencia femenina. Pero respecto el criterio que ha guiado a Vd. en su elección, destinada a los estudiantes de nuestra Facultad e inspirada, sin duda, en el deseo de familiarizarlos con la obra de uno de sus profesores. En tal sentido quedo a Vd. grato por esta demostración, que me prueba que su paso por el aula de sociología, lejos de alejarlo del profesor de la materia, lo ha acercado al mismo: sabe Vd. cuanto lo he animado en sus propios trabajos, cuando me ha hecho el honor de consultarme sobre ellos. Con este motivo lo saluda su ex profesor y amigo. Ernesto Quesada.

B. A. 5. IV. 20.



## SOAVITÀ

---

Oh, quante volte io mi desto attenta  
tra la notturna pace virginale,  
sentendo sulla fronte una sì lenta  
buona carezza qual sfiorar di ale;

una carezza che poi si vola presta  
ma lascia in core una quiete strana,  
una dolcezza che si prova lesta  
nella serenitade meridiana.

Noi la sappiam quella quiete estrema,  
noi che vedemmo fiorir biancospini  
nel bel paese, quando l'aria trema  
o fa tremar li piú forti pini.

È quello svolo che mi bacia lieve  
Simile a gioia che il mio core agogna  
mi fa pensare nella notte breve:  
—“Egli mi sogna”.

RENATA DONGHI.

## Sobre la educación estética del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG POR FEDERICO SCHILLER.

(Ver No. 51)

### 16ª CARTA

De la correlación de dos instintos antagónicos y de la reunión de dos principios opuestos hemos visto surgir lo bello, cuyo supremo ideal ha de buscarse, pues, en la unión lo más perfectamente posible y en el equilibrio de la realidad y de la forma. Pero este equilibrio será siempre solamente una idea que jamás podrá ser alcanzada por la realidad. En la realidad habrá siempre una preponderancia de uno de esos factores, sobre el otro, lo más que podrá alcanzar la experiencia, será una oscilación entre los dos principios, preponderando ya la forma, ya la realidad. La belleza ideal es pues eternamente una e indivisible, puesto que no puede haber más que un solo equilibrio; al contrario, la belleza real será eternamente doble, puesto que en la oscilación el equilibrio podrá ser roto de dos maneras, ya sea de uno, ya sea de otro lado.

En una de las cartas anteriores hice notar y se puede desde luego, deducir con una rigurosa necesidad del conjunto de lo dicho hasta aquí, que se puede esperar de lo bello a la vez un efecto temperante y uno estimulante: un efecto temperante para contener en sus límites tanto al instinto sensible como al instinto formal; un efecto estimulante para mantener a ambos en su fuerza. Pero estos dos efectos de la belleza deben identificarse completamente en la idea. Ella debe atemperar

excitando uniformemente a las dos naturalezas, debe excitar, atemperándolos uniformemente. Esto se deduce, desde luego, del concepto de una correlación en virtud de la cual los dos términos, por necesidad se suponen mutuamente y son supuestos mutuamente también, y cuyo producto más puro es la belleza. Pero la experiencia no nos ofrece ningún ejemplo de una correlación tan perfecta, sino siempre ocasionará, en menor o mayor grado, la preponderancia una escasez, y viceversa. Lo que en lo bello ideal, pues, no se distingue más que en la imaginación, se distingue en lo bello real por su esencia. Lo bello ideal, aunque simple e indivisible, revela, encarado bajo dos aspectos diversos, por una parte una propiedad de dulzura y de gracia (1), y por la otra una propiedad de energía; en la experiencia hay una belleza dulce y graciosa y una belleza enérgica. Así es y será siempre, cuando lo absoluto está encerrado en los límites del tiempo y cuando las ideas de la razón deben realizarse dentro de la humanidad. Así el hombre en su pensamiento se forma la idea de la Virtud, de la Verdad, de la Beatitud; pero al obrar ejecutará solamente *virtudes*, descubrirá solamente *verdades*, y gozará solamente *días felices*. Reducir esto a aquello, colocar la Moralidad en el lugar de las costumbres, el Conocimiento en el de los conocimientos y la Beatitud en el del bienestar, es el objeto de la educación física y moral; hacer de las bellezas la Belleza, es el fin de la educación estética.

La belleza enérgica no puede proteger al hombre de cierto resabio de salvajismo y dureza, como la belleza graciosa no lo preserva de cierto grado de molicie y enervamiento. Pues, siendo efecto de la primera el exaltar el alma tanto físico como moralmente y acrecentar su elasticidad, a menudo pasa que la resistencia del temperamento y del carácter disminuyen la impresionabilidad, que la humanidad más delicada sufre una opresión que debía caer únicamente sobre la natura-

---

(1) Literalmente: «Propiedad fundente», como más abajo «Belleza fundente». Schiller hace uso de una metáfora muy común en alemán para expresar un efecto de ternura y de muelle abandono, y que se aplica tanto para caracterizar el canto del ruiseñor como la mirada de una dulce «Gretchen». Es tomada del efecto que producen los rayos del sol sobre el hielo o la nieve.

leza grosera, y que la naturaleza grosera participa de un aumento de fuerzas que solo debía aprovechar la libre personalidad. Por eso es que en las épocas de fuerza y abundante savia, se encuentra lo verdaderamente grande de la imaginación asociado a lo gigantesco y a lo extravagante, y lo sublime del sentimiento unido a los más horrorosos arrebatos de la pasión. Por eso es que en las épocas de la regularidad y de la forma, se ve a la naturaleza tan pronto oprimida y dominada, como ofendida y superada. Y como es obra de la belleza dulce y graciosa el detener al alma ya en la esfera de lo moral, ya en la de lo físico, ocurre muy fácilmente que la energía de los sentimientos se ahoga juntamente con la violencia de los deseos, y que el carácter sufre una pérdida de fuerzas que no debía sufrir sino la pasión. Por eso es que durante las épocas llamadas refinadas, no es raro ver degenerar la dulzura en mollicie, la cortesía en vulgaridad, la corrección en vaciedad estéril, la libertad en arbitrariedad, la alegría en frivolidad, la calma en apatía, y en fin, encontrar la caricatura más despreciable al lado de la manifestación humana más hermosa. Para el hombre bajo la coacción de la materia o de las formas, la belleza dulce y graciosa es, pues, una necesidad; ya que mucho antes le conmueve la grandeza y la fuerza, hasta que empiece a sentir la armonía y la gracia. Para el hombre que se halla bajo el imperio indulgente del gusto, la belleza enérgica es una necesidad, puesto que en su estado de refinamiento se inclina a despreciar una fuerza que guardó de su estado salvaje.

Ahora está, creo, aclarada y contestada aquella contradicción que se suele hallar en los juicios de los hombres sobre la influencia de lo bello y la apreciación de la cultura estética. Esta contradicción queda resuelta desde el instante en que se recuerda de que hay en la experiencia una belleza doble y que ambas partes afirman de la especie entera lo que, en realidad, puede probarse solamente de una parte especial de la misma. Desaparece tal contradicción cuando se llega a distinguir en la humanidad una doble necesidad a la que corresponden esas dos clases de belleza. Es, pues, verosímil que ambas partes tendrán razón, si llegaran a entenderse sobre la especie

de belleza y la forma de humanidad que tienen en su pensamiento.

Por lo tanto, en la prosecución de mis investigaciones adoptaré la vía que la naturaleza sigue con el hombre desde el punto de vista estético y partiendo desde las dos clases de belleza, iré elevándome hasta la idea de la especie. Examinaré los efectos que produce en el hombre enérgico la belleza dulce y graciosa, y los que produce en el hombre refinado la belleza enérgica, para fundir a la vez las dos clases de belleza en la unidad de lo Bello ideal, lo mismo que en la unidad del hombre ideal se absorben estas dos formas opuestas de la humanidad.

J. P.

## Creencia del hombre

---

Creo en la eterna y gemebunda queja  
Que ondula el aire con esfuerzo lento;  
En mar de fondo el eco turbulento  
De mi dolor universal refleja.

Creo en el arpa eólica del día  
Que el himno del trabajo al viento ofrece,  
Y en el múltiple ser que su alma acrece  
Por la omnisciente infinitud que ansía.

Creo en el puro Bien inmarcesible,  
Que por sufrir, abstraigo de mí mismo;  
Bien que fuera hasta ahora Sol de abismo  
En la constelación de lo imposible.

Y creo en el Amor: (fuerza inmanente  
Que transfunde la sangre del planeta;  
Fuerza enorme, fuerza ingenua y secreta  
Que mientras se es más bueno más se siente);

En la Ley: (colosal dominadora  
De los mundos, de la vida y la muerte),  
No en la injusta ley, no en la ley del fuerte;  
En la universal, en la redentora;

Y creo en la Verdad: (bella y suprema  
Ilusión necesaria de mi ego;

Cáliz de luz con estambres de fuego  
En la mecha que mi lámpara quema);

En el Mal: (sombra y crimen, negación  
De la vida, crucifixión eterna  
De lo santo, vestigio de caverna  
Como un castigo en la desolación);

Y en mí: (nieve y fuego, humo y llama,  
Profanador de lo desconocido,  
Cosmos, bíos, psíquis, Dios sentido  
Que los misterios insondables ama).

Creo, sufro y necesito creer,  
Porque al creer en la ilusión me elevo;  
El dolor de la especie que en mí llevo  
Dará la norma de supremo Ser.

J. CORREA YONSON.

## La geografía humana

Desde hace unos treinta y cinco años, se emplea el término *antropogeografía* o *geografía antrópica* — y, más latinamente, también *geografía humana* — para designar “aquella rama de la geografía que considera a la tierra como morada del hombre y trata de exponer y de explicar, en sus causas y efectos, las diferenciaciones especiales que se presentan en cuanto se refiere a la distribución del hombre y a las manifestaciones de su vida. Las causas y los efectos pueden referirse ya a las condiciones naturales cuyas diferencias de un lugar a otro deben ejercer necesariamente una influencia sobre la difusión del hombre y de sus obras, ya a las condiciones culturales que, tomadas en conjunto, provienen del esfuerzo realizado por el hombre para substraerse a la dependencia de la naturaleza”. Pero en esta definición, la más reciente que conozco de la geografía humana (2), no tenemos aún delimitado claramente su campo, ni especificado su objeto y su contenido; ambos puntos se pondrán más de manifiesto en lo que explicaremos a continuación. Por ahora nótese que, si en la definición citada se habla del *hombre*, no se entiende hablar del hombre individual, sino de la humanidad o del hombre en cuanto vive asociado, puesto que la geografía se comporta con el hombre como con los demás organismos, es decir, considera o al conjunto de los hombres o a grupos más o menos grandes de hombres, nunca al individuo aislado.



Aunque sea nuevo el término *antropogeografía*, no es nuevo de ningún modo el concepto que lo inspira. Podemos rastrear fácilmente, ya en algunos pensadores de la antigüedad clásica, la doctrina relativa a las influencias que ciertos elementos geográficos (por ej.: la exposición de una región, la latitud y el clima) ejercen sobre el hombre, influyendo sobre algunos caracteres, somáticos o psíquicos, o determinando ciertas tendencias, la prevalencia de ciertas instituciones, etc. Referencias de este género se encuentran, por ejemplo, en la *Política* de Aristóteles; pero, especialmente la escuela de medicina naturalista, cuyo jefe es Hipócrates, se ocupaba ya con bastante atención de estos argumentos y las ideas enunciadas por él (3) y por otros partidarios suyos (v. gr., por Galeno) habrían sido susceptibles de un desenvolvimiento ulterior, si en lo sucesivo no se hubiese antepuesto, a las influencias terrestres sobre el hombre, las influencias de los astros consideradas como más importantes; por lo cual, tales especulaciones pasaron al dominio de los astrólogos.

Más cercana a algunas de las ideas fundamentales de la moderna geografía humana es la concepción filosófica que Estrabón presenta como base de su *Geografía* (4); la geografía tiene el propósito primordial de poner en relación las características físicas de las varias regiones del globo con las condiciones de civilización de los habitantes y de señalar como éstos, en el perfeccionamiento de sus costumbres, de sus instituciones sociales, políticas, etc., sean ya favorecidos ya impedidos por el ambiente que los rodea. Pero, esta concepción de la geografía — que alguien ha llamado “estraboniana” — si Estrabón la ha enunciado con claridad (y éste es ya un mérito notable) no la ha, puede decirse, jamás aplicado; a lo sumo, presenta, a veces, de ella algún rastro en las descripciones de países o pueblos particulares; pero no se eleva nunca a los hechos o leyes generales. De todos modos, semejante concepción se ha extinguido con su autor.

Es necesario saltar toda la Edad Media y llegar al siglo XVI para encontrar la resurrección de algunos conceptos generales considerados hoy como fundamentales en geografía humana. Pero antes que Sebastián Muenster, como algunos ha-

cen, es mejor citar a Girolamo Cardano, Juan Bodin y G. B. Botero quien, en sus *Relazioni Universali*, aparecidas entre 1591 y 1595, apartándose de las áridas y acostumbradas descripciones de ese tiempo, trazaba un cuidadoso cuadro de las condiciones políticas, etnográficas, sociales y religiosas de los varios estados de la tierra "en su realidad actual y coordinando con un mismo método y para el mismo fin los varios elementos, de tal modo que constituyan una obra orgánica" (5). En esta obra no falta tal o cual referencia a la influencia de los factores geográficos sobre la vida social y política de los pueblos, pero se trata de referencias vagas y genéricas que no permiten, de ningún modo, considerar a Botero como fundador de la antropogeografía y menos compararlo con Estrabón (6). Antes de Botero, Bodin en un largo capítulo (el V) de su célebre *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566), se había referido, con mayor extensión y también con mayor claridad, con cierto número de ejemplos, a argumentos análogos (influencia de los elementos climáticos sobre los caracteres físicos y morales, etc.), pero él cree, al mismo tiempo, en la influencia de los astros, lo mismo que Cardano.

Para salir del círculo de los hechos únicos o singulares y singularmente ejemplificados y para encontrar ideas relativas a hechos y problemas de índole general, que puedan entrar en el campo de la geografía humana, es menester llegar a los filósofos franceses y alemanes del siglo XVIII y comienzos del XIX. Se podría nombrar a G. B. Vico, pero se cita, más a menudo, a Montesquieu (*Esprit des lois*; 1748) y a Voltaire (*Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*; 1756); el primero dedica varios capítulos a las influencias que el clima y el suelo ejercen sobre las leyes y las religiones de los pueblos; el segundo se ocupa, en general, de la influencia de esos factores físicos sobre la historia de los pueblos. Sin embargo, estos problemas son tratados aún, en realidad, de un modo bastante general y superficial y con espíritu demasiado poco geográfico. La mayor importancia de las obras arriba citadas reside en el hecho de que tuvieron una difusión enorme, fueron leídas por todas las personas cultas de la época y, por esta razón, con-

tribuyeron eficazmente a propagar los gérmenes de ideas que estaban llamadas necesariamente a fructificar (7).

Ideas más profundas respecto a las relaciones generales entre la tierra y el hombre se encuentran en algunos pensadores alemanes. Kant se ha ocupado en buscar especialmente las causas físicas de la diferenciación del hombre en razas; tenazmente convencido de la unidad de la especie humana, afirma que en los diferentes climas esta especie única manifiesta y desenvuelve tendencias y adaptaciones especiales, de cuya evolución — muy lenta — se originan luego las razas (*Sobre las diversas razas del hombre*; 1755). Estos son asuntos que hoy algunos consideran, en verdad, pertenecientes más a la etnología que a la geografía humana. En este mismo campo, especulaciones más profundas que las de los pensadores franceses y, sobretudo de Buffon, nos presentan R. Forster, como resultado de observaciones hechas durante un viaje alrededor de la tierra (1772-75) y Simón Pallas de quien son famosos los viajes a través del imperio ruso de Europa y de Asia (1768-1774). Forster es el primero que demuestra como sea insostenible, antes bien absurda, la idea frecuentemente defendida de variaciones rápidas en los caracteres humanos por efecto de las condiciones del clima y del suelo; y, en segundo lugar, en considerar a los pueblos, no bajo el aspecto estático, como nos los presenta la realidad del momento actual, sino como masas en movimiento sobre la tierra: una concepción estrictamente geográfica. Como consecuencia de estas dos ideas fundamentales, él hace notar el hecho de que cada grupo humano no puede considerarse tan solo desde el punto de vista de las influencias que recibe actualmente de parte de las condiciones naturales de la región habitada, puesto que puede haber sufrido anteriormente influencias diferentes de las actuales, sea porque se encontrase en otras regiones, sea porque en la misma región las condiciones naturales pueden haber cambiado. En otros términos, las características físicas de cada grupo humano no pueden explicarse *tan solo* considerando las condiciones actuales del ambiente entre las cuales vive, por cuanto puede haber heredado algunas características de un pasado bastante

lejano que, por desgracia, en muchos casos, ignoramos absolutamente.

Mientras los naturalistas últimamente mencionados partían de observaciones hechas sobre países y pueblos particulares, Herder (*Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*; 1785) se eleva, el primero, a la consideración general de toda la humanidad, es decir, transpone la frontera que separa las observaciones aisladas de la visión de conjunto de los hechos humanos; sus especulaciones tienen todavía carácter filosófico, no naturalista. Mérito de Herder — de quien es célebre la frase sintética “la historia es la geografía puesta en movimiento a través de los tiempos” — es el de haber considerado al hombre como íntimamente relacionado con la tierra, como parte de la tierra; toda la historia de la tierra es para él una preparación de la aparición del hombre, la más alta de todas las manifestaciones terrestres. Tomando este concepto como base, él es el primero en estudiar la influencia *del conjunto* del ambiente natural sobre el hombre, es decir, en abandonar el examen separado de cada factor, como el suelo, el clima, etc., para buscar, al contrario, la acción general de todos esos conglomerados juntos en la palabra *Umwelt* (ambiente). Según Herder el *Umwelt* determina la vida y la evolución de los pueblos.

Estas ideas, a su vez, han ejercido una notable influencia sobre los positivistas franceses, como Lamarck y Comte. El *Umwelt* de Herder es el *milieu* de los franceses. Lamarck investiga su acción sobre los órganos de los animales y de las plantas y las variaciones que éstos sufren para adaptarse al *milieu* (especialmente en las plantas cultivadas y en los animales domésticos), siendo el precursor, como se sabe, de muchas ideas de Darwin; Comte aplica el concepto de *milieu* a la evolución de los pueblos y a la historia de la humanidad.

Hasta ahora hemos expuesto diferentes ideas, manifestadas en campos diferentes y lejanos, por filósofos y naturalistas, más que por geógrafos. Tal hecho se debe a que—como se sabe—la geografía tenía en esos tiempos un contenido y una tendencia especialmente estadístico, es decir, creía haber agotado su misión cuando había conseguido separar a la humanidad en

pueblos y estados y a escribir, para cada estado de la tierra, descripciones físicas y políticas con el mayor acopio posible de nombres y de noticias, sobre todo en lo referente al número y a la calidad de los habitantes, a sus costumbres y a sus instituciones políticas, a la entidad y al valor de los productos agrícolas, ganaderos, minerales, a la importancia del comercio, a las fuerzas militares, a la distribución de las religiones, etc.. Semejante tendencia que adjudicaba mayor importancia a esos elementos que son los más variables y transitorios, no era apta para acoger y elaborar los resultados de disquisiciones sobre las relaciones entre el hombre y los elementos más estables del ambiente que son los de orden físico.

Con esa tendencia, aun predominante entonces, contrastan singularmente los criterios y los métodos de estudio de un pensador italiano, Melchiorre Gioia (1767-1829) que podría considerarse como el instaurador de la geografía económica en sentido moderno (como se verá, una rama de la *geografía humana*), si, en vez de quedar aislado, hubiese tenido partidarios y continuadores. En efecto, él es el primero que introduce el método geográfico (aunque hable siempre de *estadística* y de *método estadístico*) en el estudio de los problemas económicos. Esto se pone de manifiesto ya en las descripciones particulares, como son los estudios analíticos de varios departamentos del Reino Itálico (*Discussione economica sul Dipartimento dell'Olona* (1803); *id. del Lario* (1804) (8), ya más tarde, en las discusiones generales a que se eleva en su grande *Filosofia della Statistica* (1826) y en escritos menores.

En los estudios sobre los departamentos, parte siempre del *estado físico* de la región para pasar luego, al análisis de las condiciones agrícolas, industriales, comerciales, de las instituciones públicas, etc., relacionándolo todo con el *estado físico*. La importancia de Gioia, desde el punto de vista metódico, reside en que combatiendo abiertamente y con plena conciencia la tendencia estadística susodicha, sostiene e insiste que, en el estudio económico-estadístico de cada país, hay que atender, de un modo especial, aquellos factores que no cambian, que constituyen el fundamento permanente, como ser: la situación, la altura sobre el nivel del mar, la exposición, el mo-

delado del terreno, los límites, el clima y no asignar mayor valor a los elementos que cambian de un año a otro, como hacían, de buena gana, la geografía, la estadística y la economía de entonces. Esta idea de Gioia es, en verdad, una de las ideas madres de la moderna geografía humana. Todos los factores recién citados, agrupados en las tres categorías de *topografía terráquea, hidráulica y atmosférica*, son investigados uno por uno en su *Filosofía de la Estadística*, haciendo resaltar su función y su influencia sobre las condiciones humanas. La investigación no se detiene en consideraciones sumarias y superficiales, sino que se examinan la situación y la exposición, la configuración de las tierras modeladas por las aguas corrientes, las montañas en su función antrópica, la presencia y la circulación de las aguas subterráneas y, por último, el clima, en sus complejas manifestaciones y en sus influencias sobre la vegetación, etc. El lenguaje es siempre muy preciso; los conceptos fundamentales referentes a la adaptación del hombre a todos esos factores físicos, están expresados claramente (9). En el *Discorso elementare*, que es una introducción metódica a la *Filosofía della Statistica*, está también expuesto el esquema de un tratado de geografía humana con criterio verdaderamente moderno (10). Gioia no habla, es cierto, de geografía económica: es esencialmente un economista; pero que se diese cuenta, de un modo acabado, de cuanto la aplicación de sus métodos pudiese servir para el progreso de la geografía, lo demuestra el hecho de que, en los últimos años de su vida, estaba preparando una *Geografia filosofica*, de la cual quedan apuntes y esbozos entre sus manuscritos. ¿Habría sido una *Geografia humana*, en sentido moderno? No podemos afirmarlo. Pero, lo cierto es que Gioia concibió, por lo menos, la geografía económica tal como hoy, y sólo desde hace pocos decenios, se concibe; ha sido un precursor solitario. Las ideas expuestas por él tan clara y acabadamente, pulularon, poco tiempo después, especialmente en suelo germánico donde las hemos aprendido también nosotros.

Entre los geógrafos alemanes de este período el primer lugar corresponde, como se sabe, a un discípulo de Herder, a Carlos Ritter (1779-1859), profesor de geografía en la Uni-

versidad de Berlín desde 1809. En un escrito *Sobre el elemento histórico en la ciencia geográfica* (1833) y en la obra mayor *Geografía en relación con la naturaleza y la historia del hombre, o Geografía general comparada* (1817-19), rehecha después con un nuevo plan, pero interrumpida por la muerte (11), expone algunos conceptos que luego aparecieron como fundamentales para la geografía, en general, y para la geografía humana, en especial. Puede afirmarse que es el primero que considera las varias regiones de la tierra, no cada una en sí y por sí, sino como partes de un entero organismo — el globo terráqueo — y, por lo tanto, en continuas y mutuas conexiones y relaciones entre ellas: es el principio de *coordinación espacial*, un principio de fundamental importancia en la geografía moderna (12). Este principio, él lo aplica especialmente al estudio de la influencia recíproca del hombre sobre el suelo y del suelo sobre el hombre. El ambiente físico de una región no cambia sensiblemente, aún en muy largos períodos históricos; si deja rastros sobre los diversos pueblos, que han vivido contemporánea o sucesivamente en esta región, el estudio comparativo de esos pueblos debe revelar tales rastros. Tómese, por ejemplo, el Egipto o el Asia Menor, donde, desde los tiempos más remotos hasta hoy, se establecieron y moraron los pueblos más diversos en origen, civilización y costumbres: ¿qué características comunes ha dado a estos pueblos tan diversos el ambiente de la región que ha permanecido sin cambio, desde los albores de la historia?

Un estudio semejante es muy sugestivo y puede ser fecundo en resultados geniales; tiende, substancialmente, a explicar las vicisitudes de la humanidad bajo el aspecto geográfico. Pero, Ritter parece descuidar el hecho señalado por otros, v. gr. por Forster, de que la influencia del ambiente es sumamente lenta y que los varios pueblos llevan probablemente herencias físicas y psíquicas de tiempos que sobrepujan, en mucho, a los períodos históricos conocidos por nosotros. Además, la gran complejidad de los problemas que derivan del hecho de que con solo remontarnos de la actualidad inmediata para abarcar el pasado histórico de dos o tres milenios, los varios grupos humanos nos aparecen en continuo movimiento y en ínti-

ma mezcla, no fué, quizás, considerada bien a fondo. En fin, le dañaron los preconceptos teleológicos que se relacionan con el hombre. Sin embargo, la influencia que ha ejercido, como maestro, fué enorme; ¡téngase presente que ocupó la cátedra durante medio siglo! Entre sus discípulos se cuentan autores de obras muy notables, como Kapp (*Philosophische Erdkunde*; 1845) y Kohl cuya obra *Der Verkehr und die Ansiedlungen der Menschen in ihrer Abhängigkeit von der Gestaltung der Erdoberfläche* (El tráfico y las sedes humanas en su dependencia de la conformación de la superficie terrestre; 1841), ahora olvidada, es, también fundamental para la geografía de las sedes y la geografía económica. Pero, la mayor parte de los discípulos de Ritter se reclutó entre los historiadores y, por lo tanto, tuvieron la tendencia de dar mayor peso al elemento histórico; de aquí que la investigación estrictamente geográfica de los hechos humanos, muy pronto, se desnaturalizó y cayó en la vaguedad y en lo incierto. Esto explica porque, aún después de Ritter, no se tuviese tampoco en Alemania una geografía humana; antes bien, pronto una nueva escuela bastante vigorosa llamó la atención de los estudiosos alemanes hacia los problemas de la geografía física y el estudio de los hechos humanos fué relegado en segundo término.

Pero, para infundir nueva vida y en parte, también, tendencia diferente a las doctrinas de Ritter, como, asimismo, para restablecer la investigación geográfica de los hechos humanos sobre sus fundamentos naturalistas, contribuyeron las doctrinas evolucionistas. En realidad, las ideas darwinianas, que se fundan en la lucha por la existencia y en la selección natural, mientras abrieron nuevos horizontes a la geografía de las plantas y de los animales, estableciendo las bases de una biogeografía verdaderamente científica, tuvieron una influencia bastante poco profunda sobre la geografía del hombre. A ésta la impulsaron mucho más las doctrinas evolucionistas de Mauricio Wagner (1813-87) quien, casi contemporáneamente con Dárwin (1809-1882), exponía ideas fundamentalmente análogas, pero fundadas sobre bases diferentes, desde que al principio de la *selección natural* substituía la llamada *teoría del aislamiento o de la emigración*.



Según Wagner, el principal proceso que provoca la transformación de los organismos proviene de la separación de simples individuos o grupos de individuos del *habitat* originario de la especie. Cada individuo, junto a la fuerza de la herencia, posee también una tendencia a variar; pero, esta tendencia no se manifiesta o no tiene efectos sensibles, mientras el individuo permanece entre la masa de individuos semejantes; en cambio, ella se manifiesta y se desenvuelve progresivamente, cuando el individuo ha sido llevado lejos de su centro de origen, entre individuos diversos, a un ambiente natural diferente y no acostumbrado; semejante traslado puede ser tanto activo como pasivo. Esta teoría se presta mucho para ser aplicada a los grupos humanos y permite considerar, desde nuevos puntos de vista, y atribuir una importancia enorme a los movimientos de la humanidad sobre la tierra, a las migraciones de los pueblos, a las segregaciones voluntarias o forzadas de grupos humanos, etc.

Un grupo de hombres, trasladado de su residencia primitiva en medio de pueblos diferentes que viven en un ambiente diferente, tendrá tendencia a borrar sus caracteres peculiares y a acercarse a los pueblos que lo rodean. Así los magiares y los fineses, pueblos de raza mongólica que viven desde hace siglos entre estirpes de raza blanca, han adquirido ya los caracteres de ésta. Los primeros colonos europeos de la América del Sur, trasplantados en un ambiente tan diferente de su originario (España o Portugal), han adquirido, en las sucesivas generaciones, nuevos caracteres somáticos y psíquicos, provenientes del nuevo ambiente, por los cuales un hijo de españoles nacido ahora en la Argentina se distingue, en seguida, de un descendiente de una familia de colonos españoles allí inmigrados desde el siglo XVI.

Entre los colonos ingleses de Australia la influencia del aislamiento, en un país que, además de diferenciarse por un cúmulo de caracteres físicos peculiares, ha quedado también cubierto de las borrascosas vicisitudes históricas y sociales que agitaron a Europa en el siglo XIX, se revela asimismo en el independiente desenvolvimiento de instituciones políticas y sociales. Así se explican también algunas características singu-

lares, tanto desde el punto de vista físico como del cultural y social, de los grupos humanos oceánicos, segregado cada uno en ambientes aislados (archipiélagos o islas); así se ponen en claro las peculiaridades de los *pueblos marginales*, es decir, que viven en los límites extremos de la tierra habitada, etc.

En las doctrinas de Wagner se funda Federico Ratzel (1844-1903) que se considera en Alemania (y en cierto sentido puede ser mirado también entre nosotros) como el instaurador de la *Geografía humana*, no tanto por haber sido el primero en usar el término *Antropogeografía*, sino porque, en correspondencia con la creación de este nuevo término, para designar una nueva rama de la geografía con objeto y programa propios, fijó para ella campos de investigación bien definidos, quitando cuanto de vago y de indeterminado contenía antes respecto al objeto de tales investigaciones; y, en cuanto al método, estableció como base la observación directa de los hechos, imprimiéndole así una tendencia esencialmente naturalista. Y naturalista era Ratzel por su origen, pues se había ocupado antes de zoología y de geología; de nuestra ciencia se ocupó después de una serie de viajes por Italia, Europa oriental y especialmente América del Norte (Estados Unidos, México, Cuba, etc.). Además se relaciona intencionalmente con Ritter y con Wagner, con quien tuvo ocasión de conversar largamente, en especial durante los años 1872-73.

No tenemos la intención de analizar aquí las obras de Ratzel una por una, pero citamos las mejores:

I. — De un curso de lecciones dictadas en el Politécnico de Munich, donde Ratzel enseñó antes de pasar, en 1886, a la Universidad de Leipzig, nace el volumen fundamental *Anthropo-Geographie oder Grundzüge der Anwendung der Geographie auf die Geschichte* (Antropogeografía o fundamentos de la aplicación de la geografía a la historia) aparecido en 1882, obra densa de pensamientos, no siempre clara, que suscitó mucho ruido y no pocas críticas.

II. — Entre 1886 y 1888 apareció una *Voelkerkunde o Etnografía*, en tres grandes volúmenes, de carácter descriptivo y más bien popular. Tiene sobre todo importancia si se considera como una tentativa de fundar, frente a la etnografía

a base psicológica (escuela de Bastian), una etnografía a base geográfica. La obra se ha traducido al italiano bajo el título *Le razze umane* (13); el original alemán tuvo una segunda edición en 1894-95.

III. — *La Antropogeografía*, en un principio, debía constituir un volumen independiente; pero, en 1891, nueve años después del primero, Ratzel publicó un segundo volumen: *Anthropogeographie; die geographische Verbreitung der Volker* (La distribución geográfica de los pueblos), de contenido bien diferente, como se verá.

IV. — En 1897 apareció una *Politische Geographie: Geographie der Verkehrs, der Staaten und des Krieges* (Geografía política o geografía del tráfico, de los estados y de las guerras), primera y hasta ahora única tentativa de constituir una geografía política sobre bases científicas. Tuvo una segunda edición, bastante modificada, en 1903.

V. — Consciente de los defectos contenidos en el primer volumen de la *Antropogeografía*, Ratzel publicaba en 1899, es decir, a la distancia de diez y siete años de la primera, una segunda edición con el mismo título, pero tan modificada en el contenido y en la forma, que puede considerarse casi como una obra nueva. Tuvo, por cierto, mucho mayor éxito. De ella existe una traducción italiana bajo el título de *La Geografia dell'Uomo* (14), y una tercera edición alemana, póstuma, en todo idéntica a la segunda.

VI. — En 1901-02, Ratzel publicaba otra obra de gran mole, pero de carácter popular: *Die Erde un das Leben; eine vergleichende Erdkunde* (La Terra e la Vita; Geografía comparativa) (15). En ella se desarrolla la geografía física, la biogeografía y la antropogeografía; por su carácter, por el gran número de ilustraciones y por la lucidez de pensamiento, es un libro de lectura fácil y provechosa.

VII. — Entre los escritos menores merecen una cita especial dos: *Der Lebensraum; eine biogeographische Studie* (El espacio para la vida; estudio biogeográfico, 1901) y *Das Meer a's Quelle de Volkergrosse* (El mar como fuente del engrandecimiento de los pueblos; 1900) (16).

En la mayor parte de sus obras, Ratzel aparece como un escritor difícil, de pensamiento laberíntico; además, sus doctrinas se han venido modificando y desenvolviendo poco a poco en la mente misma del autor. Pero, en vez de seguir tal evolución, que puede revestir sobre todo un interés histórico, trataremos más bien de exponer brevemente las ideas fundamentales, tomándolas en su estadio final o más maduro.

Ratzel ha ubicado a la antropogeografía en su verdadero lugar dentro del campo de la más extensa biogeografía o geografía de la vida. En los últimos años de su vida, especialmente, se ha ocupado de echar las bases de un tratado comprensivo de todos esos problemas más generales que se refieren a la difusión y distribución sobre la superficie terrestre de la vida en general, sin distinción de vida vegetal, animal o humana.

Existen, en efecto, condiciones generales de vida que revisten igual valor para los hombres que para los animales y las plantas de cualquier especie y raza: un suelo puramente rocoso, una superficie cubierta por el hielo, un desierto de arenas movibles son del mismo modo desfavorables para esas tres categorías de organismos. En el largo curso de la historia de la tierra, todas las diversas formas de vida han sufrido, a menudo, destinos comunes: la época glacial ha hecho emigrar de la zona alpina y de la Europa central a innumerables plantas y animales y, al mismo tiempo, al hombre, provocando, en cambio, la inmigración de organismos adaptados a las condiciones de vida ártica.

En realidad, en los capítulos XII y XIII del *Origen de las especies*. Carlos Darwin ya había bosquejado un ensayo de consideración sintética de los problemas que interesan a la distribución geográfica de los organismos vivientes (sin tener aún presente al hombre); pero, después de él, la geografía botánica y la geografía zoológica se habían separado y habían procedido por distinto camino, con progreso más pronunciado de la primera. Ratzel vuelve al estudio de conjunto de los hechos generales referentes a las relaciones entre la tierra y la vida y, fundándose en el concepto de que el globo terráqueo debe considerarse como un organismo en el cual cada parte está íntimamente relacionada con las otras (el concepto *hologeico*, des-

envuelto ya en Alemania por Oscar Peschel), representa la vida como formando un estrato, casi continuo, aunque de espesor distinto en las varias partes, sobre la superficie terrestre. La vida envuelve a la tierra como en un involucro, a la par del aire y del agua; por esto, Ratzel habla de *biósfera*, como se habla de *atmósfera* y de *hidrósfera* (17). La *biósfera* no es un involucro continuo, pero tampoco lo es la *hidrósfera*. En el estudio de conjunto de los hechos biogeográficos tiene muy grande importancia el hecho de que la vida está en movimiento sobre la superficie terrestre y, como movimiento, presenta sea en su conjunto, sea en cada grupo o forma, *límites*, del mismo modo que otros fenómenos del mundo físico. Así, en el estudio de una montaña o de un sistema de montañas, junto al límite altimétrico de las nieves perennes, hay lugar para considerar v. gr. el límite del bosque, el límite de la fauna superior, el límite de las habitaciones humanas; todos estos límites dependen, en resumidas cuentas, de una sola causa: el clima. Por obra de Ratzel, el estudio de los límites de los fenómenos biológicos humanos se ha convertido en una investigación puramente geográfica.

El movimiento de la vida sobre la tierra se explica mediante migraciones, activas o pasivas, aplicándose aquí las teorías fundamentales de Mauricio Wagner. Cierta número de conceptos aplicados por los biogeógrafos a los animales y a las plantas — v. gr.: los conceptos de: centro de difusión de la especie, de *habitat*, de adaptación al ambiente — pueden aplicarse lo mismo a la especie humana y adquieren así (especialmente el último de estos conceptos) un significado mucho más preciso del que manifestaban, por ejemplo, las disquisiciones de los pensadores alemanes y franceses que hablaron, por primera vez, de *Umwelt* y de *milieu*.

Al concepto de *biósfera* se une otro de los conceptos fundamentales de Ratzel. Todos los organismos y, por lo tanto, también los grupos humanos ocupan un espacio, es decir, viven y se mueven entre los límites de cierto marco natural y, para desarrollarse y para vivir, tienen necesidad de poder disponer de cierto espacio. La especie vegetal o animal o el grupo humano que tiene a su disposición mayor espacio para

desenvolverse, para moverse libremente, para vivir, tiene mayor probabilidad de poder desarrollarse mejor que las demás, de progresar: la lucha por la existencia de Darwin se convierte, para Ratzel, en una *lucha por el espacio*; antes bien, para él, ésta es la ley fundamental que domina todo el desarrollo del mundo orgánico. En esta lucha por el espacio el hombre vence a los demás organismos. El hombre, al mismo tiempo que posee una facultad de adaptación al ambiente casi indefinida (más extensa acaso que la de cualquier otra especie vegetal o animal, tiene también la capacidad de reaccionar contra el ambiente y de modificarlo en su provecho: por lo tanto, en el estudio de las relaciones entre la tierra y el hombre, junto a las influencias del ambiente sobre el hombre, hay lugar para considerar también las influencias del hombre sobre el ambiente. Tal cosa no sucede con los otros organismos: aquí está el mojón que separa la *biogeografía general* de la *antropogeografía*. Sin embargo, como luego se verá, Ratzel ha estudiado las influencias modificadoras del hombre sobre el ambiente tan solo parcialmente y bajo determinados aspectos; mientras que ha estudiado, con análisis particular y sistemático, las influencias del ambiente sobre el hombre.

Veamos en que consiste este análisis que constituye el mayor contenido del primer volumen de la *Antropogeografía*. Filósofos y sociólogos ingleses, alemanes y franceses hablaban desde hace tiempo, como se ha dicho, de influencias del ambiente, o bien del clima y del suelo sobre los hombres, pero lo hacían de un modo muy vago y general; Ratzel se dió cuenta de que, para emprender un estudio científico, era necesario precisar y distinguir las diferentes influencias, estudiándolas por separado, puesto que está demás decir que no todos los factores físicos tienen igual alcance y valor en relación al desarrollo de los varios grupos humanos.

Distingue, pues, en primer término, la *situación del territorio habitado* en relación con los continentes, los océanos, las vías más frecuentadas; luego, la *forma*, la *extensión* y los *límites* (marítimos y continentales) de ese mismo territorio. De éstos depende el *espacio* que el pueblo tiene a su disposición, diferente si se trata de un territorio aislado o abierto al mar,

o encerrado entre otros; el aislamiento, por una parte, y la situación central, por otra, tienen suma importancia en el desarrollo de una nación o de un estado, admitido el principio fundamental de la *lucha por el espacio*; ejemplos corroborantes conocidos acuden numerosos a la mente.

Un segundo grupo de factores naturales es el representado por las *formas superficiales*; territorio llano o montañoso, uniforme o diferenciado, morfológicamente viejo o joven, etc. El mismo Ratzel y más aún sus discípulos, en numerosos estudios especiales, mostraron toda la influencia que ejerce también la sola *altura* sobre la densidad y la distribución de la población. Una influencia más amplia ejerce, luego, la *constitución geolitológica* del suelo superficial, de la cual depende, no solo la densidad y distribución de la población, sino el modo y la variedad de la explotación agrícola y, por esto, todas las formas de la vida económica, el mismo modo de vivir, el tipo de las viviendas, el carácter de muchas instituciones, sociales, etc.

El tercer grupo de factores está constituido por los *factores climáticos*. Sin duda alguna, entre todos los factores físicos, el clima es el de índole más general. Con esto se quiere decir que, considerando las modalidades y las líneas fundamentales de la distribución de los hombres sobre toda la superficie terrestre en general, se descubre que dependen, en primer lugar, del clima; así, por ejemplo, un mapa de la densidad de la población sobre el globo y un mapa de la cantidad media de lluvia que cae anualmente sobre la tierra (la lluvia es el elemento climático que influye más directamente sobre el hombre) presentan sorprendentes analogías.

Como cuarto grupo de factores está el *ambiente biológico*, es decir, el carácter de la flora y de la fauna *naturales* de un territorio determinado: él es, por lo demás, a su vez, casi tan solo consecuencia del clima del territorio mismo; pero, no tan solo del clima actual, pudiendo en un país sobrevivir, más o menos modificados, elementos de flora y de fauna allí desarrollados bajo precedentes condiciones climáticas, aún muy diferentes.

Paralelamente al mérito de haber distinguido y examinado uno por uno, en la complejidad de los problemas antropogeográficos, a cada elemento, cuya confusión había sido una de las causas principales del escaso progreso anterior, corresponde a Ratzel el otro mérito de haber nuevamente puesto en claro la extrema lentitud con que actúa la mayor parte de los factores físicos, corroborando, también en este caso, principios anteriormente bosquejados, pero luego muy pronto y fácilmente olvidados. Como la flora y la fauna, así también los diversos grupos humanos son hijos del pasado, es decir, llevan impresos los rastros de condiciones físicas diferentes de las del territorio que hoy habitan; más que las plantas y los animales, los hombres se mueven y pasan de uno a otro ambiente.

En el primer volumen de la *Antropogeografía*, Ratzel ha considerado especialmente, pues, los factores geográficos que influyen sobre el hombre; en el segundo considera, al contrario, lo que puede llamarse muy bien la otra faz del problema: la difusión y la diferenciación de la humanidad en relación con esos mismos factores. Da nueva vida al concepto de *ecumena*, que constituye en substancia el *habitat* de la especie humana, y estudia sus límites, sus lagunas, sus variantes en el transcurso de las edades históricas, la diferente densidad de estratificación del hombre en sus varias partes, la importancia de las migraciones. Luego, pasa a considerar los caracteres y la distribución de las *huellas* que el hombre deja sobre la tierra: viviendas y agrupaciones de viviendas (aldeas, ciudades), caminos, etc.; pero aquí el estudio es deficiente porque otras huellas de igual, sino de mayor importancia, impresas sobre la tierra por el hecho de la explotación agrícola, ganadera, minera, etc. y de los intercambios comerciales no son consideradas. De cualquier modo, de los hechos examinados se desprende cuanto se aparta de la verdad la opinión común de que cada grupo humano, cuanto más se eleva en las condiciones de civilización, tanto más se desvincula de la dependencia del ambiente; antes bien, las relaciones recíprocas se hacen más complejas. La última parte del segundo volumen ratzeliano estudia la distribución de las características de los pueblos.



Los dos volúmenes de Ratzel se refieren ya a dos diferentes faces de los problemas antropogeográficos, que, luego, en sus lecciones de los últimos años, distinguió mejor: la *antropogeografía dinámica* que estudia los factores geográficos de la distribución del hombre y de sus obras; la *antropogeografía estática* que estudia la distribución geográfica, los caracteres y la importancia de los grupos humanos y de las huellas humanas sobre la tierra (especialmente en relación con los factores físicos).

La obra de Ratzel está bien lejos de aparecer como perfecta y completa en cada una de sus partes, por lo tanto, no debe extrañar si produjo, en Alemania, polémicas, a veces, bastante reñidas; favorecidas, también, en algún modo, por el hecho de que, a menudo, ha enunciado principios y doctrinas de valor general, sin preocuparse de presentar una documentación amplia, segura y adecuada a su importancia. Pero, el mayor defecto, explicable en un naturalista, es sin duda alguna el de haber estudiado los hechos y los problemas antropogeográficos precisamente desde un punto de vista demasiado naturalista. Como ya se ha dicho, Ratzel agota el asunto en el estudio de las influencias ejercidas por los factores físicos que actúan sobre el hombre así como sobre los otros organismos; no es del mismo modo completo cuando pasa a considerar lo que produce la reacción del hombre sobre el ambiente, es decir, las transformaciones que el hombre efectúa sobre la tierra por el hecho de habitarla, de explotarla, de dividirse en determinadas agrupaciones étnicas, políticas y sociales. Pero, hay algo más. Un campo de investigaciones descuidado, casi por entero, en la obra de Ratzel es el que se refiere a la influencia que la humanidad ejerce sobre ella misma. Puesto que la humanidad sufre no tan solo la influencia del ambiente físico sino también la influencia determinada por el ambiente histórico y civil, que es un ambiente creado por el mismo hombre. No siempre todos los hechos humanos, investigados por el geógrafo, pueden hacerse depender de causas físicas; muchos dependen de causas de orden humano. Así, por ejemplo, si investigamos las causas de la diferente distribución de la densidad de población sobre la superficie de la tierra, encontramos, es cierto,

que los límites principales de esa distribución pueden explicarse por hechos climáticos (sobre todo en cuanto éstos están en relación con la difusión y el desarrollo de las plantas más necesarias para el hombre); pero, los hechos climáticos no podrían explicarnos, v. gr., la extraordinaria densidad de la población en la Europa central y occidental atlántica: ésta es debida al hecho de que nos encontramos en regiones de antigua civilización, donde el hombre, desde decenas de siglos, ha transformado y sigue transformando en su provecho a la tierra, de tal modo que la vuelve capaz de alimentar una población tan densa. Existen, por ejemplo, en la América atlántica, regiones que, aun cuando presenten condiciones de clima y de suelo mucho más propicias que la Europa atlántica, están bien lejos de tener una densidad de población semejante: esto es porque la civilización no ha elaborado todavía al ambiente de modo tal que produzcan lo necesario para alimentar una población tan densa como en la Europa atlántica. Más de una vez, la obra milenaria del hombre ha transformado las condiciones naturales de un país, francamente desfavorables, de tal modo que hizo posible una densa población que, en tal caso, sería inexplicable si la investigación de las causas estuviera limitada a la mera investigación de los factores físicos. A propósito, esta limitación aparece con demasiada frecuencia en la obra de Ratzel y subtrae parte de su valor a algunos principios generales y a algunos resultados expuestos (18).

Para el progreso general de la ciencia geográfica, la obra de Ratzel tiene sobre todo importancia como obra de *sistematización*, más que de *creación* de un cuerpo de doctrinas. Para Alemania tuvo, también, mucha importancia su obra como maestro; puesto que, mientras se encendían las disputas alrededor del valor general de sus ideas desde el punto de vista doctrinario (disputas que contribuían eficazmente a aclarar muchos puntos oscuros), un gran número de discípulos se dedicaba a trabajos especiales, aplicando los principios generales a toda una serie de problemas y de cuestiones particulares, por lo cual abundaron en breve las monografías limitadas, bastante útiles sea para demostrar como los métodos ratzelianos podían encontrar numerosas aplicaciones concretas en cuestiones espe-

ciales, sea para reunir, por otra parte, el material de documentos y de hechos particulares como comprobación de los principios generales. La misma Alemania ofrecía, sobre todo, materia para tales investigaciones, aún hoy bastante numerosas, pero hechas, a menudo, siguiendo esquemas demasiado rígidos y uniformes.

Estas investigaciones especiales y esas disputas sobre el método determinaron una progresiva evolución del concepto originario de la antropogeografía ratzeliana. Fernando von Richthofen, en una serie de lecciones dictadas en Berlín en 1891 y luego nuevamente en 1897-98, concretaba el objeto de la *geografía humana* en el estudio de las instalaciones humanas (*Siedlungsgeographie*) y de los intercambios y relaciones comerciales (*Verkehrsgéographie*). El primero, entendido *latu sensu*, comprende no solo la investigación de la distribución de las instalaciones humanas y de sus agrupaciones de cualquier entidad, sino también la que se refiere a las diferenciaciones de los hombres que ocupan esas instalaciones, según las razas, la lengua, la nacionalidad y las unidades políticas. El segundo estudio abarca, en substancia, todos los fenómenos de movimiento que unen entre sí las instalaciones humanas (19). Así la geografía humana se venía concibiendo siempre más como el estudio de hechos que, de un modo u otro, dejan una huella sobre la superficie terrestre; mientras que se excluían muchos asuntos como, por ejemplo; la influencia de la naturaleza o del suelo en la formación de los estados y en las variaciones de las fronteras políticas que Ratzel estudiaba en la *Geografía política*.

Siguiendo la misma tendencia, O. Schlueter bosquejaba un esquema, en realidad de aplicación un tanto difícil, de la antropogeografía del cual se desprende que objeto de investigación para esta rama de nuestra ciencia pueden ser sobre todo esos hechos que, provenientes de relaciones entre la naturaleza y el hombre, dejan rastros de sí con una modificación cualquiera de la superficie terrestre (20). De este modo, nos acercamos siempre más en considerar a la humanidad como un agente transformador de la superficie terrestre cuya obra estudia la geografía humana, así como la geografía física estu-

dia la de todos los factores físicos que constantemente trabajan en plasmar la misma superficie de la tierra. Otros, al contrario, en Alemania, ensanchaban en demasía el campo de la antropogeografía extendiéndolo al estudio de todas las manifestaciones materiales e intelectuales de la humanidad investigadas bajo los diferentes aspectos que revisten en las diferentes partes de la tierra; así proceden A. Hettner (21) y E. Friedrich quien nos presenta el más amplio esquema científico de la antropogeografía del cual volveremos a ocuparnos.

Pero, ¿qué desarrollo tuvo, fuera de Alemania, la nueva rama de la geografía coordinada en un organismo científico por Ratzel? Necesario es confesar que Ratzel es una mentalidad esencialmente alemana: para comprender a fondo sus ideas y también el modo de exponerlas y hasta el estilo, a menudo intrincado, difícil casi siempre, es menester poseer un conocimiento profundo del idioma y del pensamiento germánicos; de cualquier modo, la lectura de sus obras resulta fatigosa y, a veces, también ingrata. Esto explica como fuesen conocidas relativamente tarde en el extranjero y más comúnmente por obra de resúmenes o reelaboraciones ajenas y, al mismo tiempo, como las investigaciones particulares inspiradas en sus métodos se realizasen fuera de Alemania más frecuentemente siguiendo el ejemplo de las mejores investigaciones particulares concretas hechas en Alemania por discípulos de Ratzel que bajo la guía de la lectura directa de las obras del maestro. Así, en Italia, los conceptos fundamentales de las doctrinas ratzelianas se hacían conocer, sobre todo, por los escritos de O. Marinelli (22) y contemporáneamente aparecía una discreta producción de trabajos, sobre todo, respecto a la distribución de la población en relación a algunos elementos del ambiente físico, mientras que, tan solo en 1914 aparecía la traducción del primer volumen de la *Antropogeografía*. En el mundo inglés, donde las especulaciones ratzelianas debían aparecer demasiado teóricas, solamente en 1911 una discípula americana de Ratzel, Elena Churchill Semple reelaboraba el primer volumen de la *Antropogeografía*, exponiendo ideas y principios bajo una forma bastante más fácil y con amplia documentación de ejemplos y de hechos comprobados (23).

Pero, la *geografía humana* encontraba especialmente en Francia el terreno propicio para un libre desarrollo. Allí, en efecto, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las cuestiones que interesan a las manifestaciones de los hechos económicos y sociales en relación con el ambiente habían sido siempre argumento favorito de estudio, en época más reciente, la sociología había adquirido un gran desarrollo y más de un sociólogo, primero entre todos los modernos Edmundo Demoullins, había considerado el substrato geográfico de algunos problemas sociales (24). Las ideas de Ratzel se divulgaron bastante tarde, pero fueron rápidamente absorbidas y elaboradas en lo que contienen de más duradero: así, por ej. Camilo Vallaux en dos volúmenes de *Géographie sociale* exponía, de un modo fácil, los conceptos fundamentales de la antropogeografía y de la Geografía política de Ratzel sometiéndolos a una crítica sagaz y eliminando las partes menos seguras y más personales (25); Pablo Vidal de la Blache difundía desde la cátedra de la Sorbona las nuevas doctrinas, haciendo de ellas aplicaciones originales en trabajos sugestivos (26). A él y a Jean Brunhes se deben, en verdad, los más recientes progresos de la geografía humana, con una tendencia ya notablemente diferente de la señalada por Ratzel.

Vidal de la Blache, entre otras cosas, ha hecho resaltar un concepto de gran importancia desde el punto de vista metodológico: es decir, el de que las manifestaciones más inmediatas y más fáciles de observar de la acción que el hombre ejerce sobre la naturaleza o la naturaleza sobre el hombre son las que se verifican por intermedio del mundo vegetal y animal (27). Así, por ejemplo, las influencias del clima y del suelo se hacen sentir por los hombres, especialmente, en cuanto uno y otro determinan en cada país una fisonomía especial de las plantas y los animales que el hombre explota o de que se sirve, fisonomía de la cual depende, a su vez, el *género de vida*, de los grupos humanos que habitan en dicho país; dependen las condiciones económicas, sociales, etc. Viceversa, la acción modificadora del hombre sobre el ambiente — prescindiendo de las huellas impresas por el simple hecho de que el hombre *habita* sobre la superficie terrestre y sobre ella se

*mueve* (instalaciones y grupos de instalaciones, caminos, etc.) — se manifiesta especialmente mediante variaciones artificiales de la flora y de la fauna primitivas, transformaciones del originario *paisaje vegetal y animal*, por cuanto el hombre favorece el desarrollo y la difusión de algunas especies vegetales y animales que le son útiles (un pequeñísimo número, en conjunto), en detrimento de todas las otras que son inútiles o dañinas y que, por lo tanto, se limitan o se destruyen completamente.

Se hace, pues, cada vez más evidente que la esencia de las investigaciones de geografía antrópica se encuentra en el estudio de *hechos de interdependencia y de recíproca conexión*: el clima y el suelo determinan el género de vida de una determinada agrupación humana; el género de vida del hombre, siempre que no se trate de un hecho transitorio, sino consolidado por un largo período de tiempo, determina especiales y pronunciadas transformaciones del paisaje vegetal y animal, es decir, de algunas de las líneas más visibles de la superficie terrestre, etc. También, se hace siempre más evidente como la geografía antrópica examina a todos esos hechos que provenientes de las relaciones entre la tierra y el hombre, dejan una huella sobre la tierra misma o sobre el hombre.

De este último concepto, puede decirse que es llevado hasta la exageración por Jean Brunhes en su *Géographie humaine* (28), una obra verdaderamente sugestiva que, sin embargo, no constituye un tratado que nos presente esta rama de la geografía como es en su estado actual, sino, más bien, una serie de monografías, que pueden ser consideradas como trabajos modelos, unidas por consideraciones metódicas generales. En efecto, Brunhes considera como objeto de estudio de la geografía humana a esos hechos que se imprimen sobre la superficie del suelo "de un modo visible, material, mensurables" y que responden a la satisfacción de las tres necesidades fundamentales del hombre: *guarecerse, alimentarse y vestirse*. De aquí se desprende la clasificación de los hechos de geografía humana en seis tipos o categoría, agrupadas de dos en dos, correspondiendo cada grupo binario a una de las necesidades citadas:

a) hechos que provienen de la ocupación improductiva del suelo (viviendas y caminos);

b) hechos que provienen de la ocupación productiva del suelo (agricultura y ganadería);

c) hechos que provienen de la ocupación destructiva del suelo (explotación del mundo orgánico y explotación minera) (29).

Aunque, del estudio de estos *seis hechos esenciales* simples, Brunhes pase, luego, al estudio de los fenómenos complejos que derivan de las recíprocas conexiones de aquellos entre sí, sin embargo, el campo de la geografía humana resulta, de este modo, considerablemente restringido; quedan excluidos, por ej.: el estudio de las razas y de los idiomas "que se funda sobre observaciones somáticas o filológicas que no tienen nada que ver con la geografía" (30) y el estudio de los hechos de emigración y de colonización; la geografía humana resulta más bien "la geografía de las obras humanas materiales" que "la geografía de las masas y de las razas humanas". Estas ideas de Brunhes, que encontraron numerosos opositores, aparecen verdaderamente como demasiado restringidas aun admitiendo como fundamento el principio por él sostenido de que deben ser objeto de estudio tan sólo los hechos que se manifiestan con huellas impresas por el hombre sobre la superficie terrestre. En efecto, es suficiente considerar que el hombre imprime semejantes huellas, no solamente porque habita sobre la tierra, porque modifica en su provecho la flora y la fauna y porque explota al mundo orgánico y al mineral, sino también porque vive en sociedades de diferente orden y complejidad (familia, clan, tribu, estado, etc.) y porque se diferencia por características físicas, por el modo de vivir, etc. (31).

Frente al concepto tan circunscripto de Brunhes, se encuentra el excesivamente amplio que de la geografía antropológica nos presenta Ernesto Friedrich, considerado hoy en Alemania como el principal continuador de Ratzel. Friedrich coloca en primer lugar, para la investigación antropogeográfica, el estudio de las influencias del ambiente sobre el hombre, pero con la salvedad de que, además del ambiente físico, del cual Ratzel y otros continuadores suyos se ocuparon demasiado exclusiva-

mente, tiene que considerarse también el ambiente cultural, es decir, el ambiente creado por el mismo hombre. Ahora bien, Friedrich considerando la humanidad lo mismo que el mundo vegetal y animal, admite que ella también, por efecto de su aclimatación física y psíquica al ambiente, manifieste y desarrolle una serie de *adaptaciones* (*Anpassungen*) análogas, hasta cierto punto, a las adaptaciones de los órganos vegetales y animales. Semejantes adaptaciones pueden distinguirse en tres categorías:

a) *Adaptaciones somáticas*, las cuales han producido la diferenciación de la humanidad en razas y los caracteres raciales;

b) *Adaptaciones materiales* derivantes de la necesidad de vestirse, guarecerse y alimentarse (viviendas, caza, pesca, ganadería, agricultura, explotación minera, industrias, comercios);

c) *Adaptaciones espirituales*, las cuales han producido las diferenciaciones de la humanidad por idiomas, religiones, condiciones y manifestaciones sociales, políticas, científicas, artísticas, etc.

La geografía humana debe estudiar cada categoría de estas adaptaciones y puede estudiarlas desde dos puntos de vista: dinámico y estático; *dinámico* si investiga el alcance y el valor de las influencias que el ambiente (físico y natural) ejerce sobre estas adaptaciones; *estático*, si investiga la distribución especial de cada una de estas adaptaciones en relación con sus causas. El estudio estático se concreta y se sintetiza mediante mapas (mapa de la distribución de las razas, de las instalaciones y sus tipos, de las lenguas, religiones, etc., etc.) (32).

Ahora bien, es necesario advertir que estos mapas son, sin duda, de mucha utilidad, pero para el geógrafo no son más que un medio de representación y no el objeto último de la investigación que consiste en el examen de las causas de la distribución espacial de cada hecho considerado. Reflexionando sobre este asunto, nos parece que el cuadro de Friedrich es realmente demasiado extenso. En lo referente a los hechos que derivan de las *adaptaciones materiales*, no existe duda



tes bien, constituyen su parte fundamental y se pueden asimilar en algún modo, a los *hechos esenciales* de Brunhes. En las *adaptaciones espirituales* no parece posible la investigación geográfica. Por cierto que el geógrafo puede trazar un mapa de la distribución de los idiomas o de las religiones, pero esto no constituye más que un primer paso; pues queda todavía por ilustrar las causas de tal distribución. Ahora bien, ¿estas causas son de orden especialmente geográfico? ¿Y la investigación geográfica es la más indicada para aclararlas? Teniendo en cuenta el estado actual de nuestros conocimientos, debe esperarse, indudablemente, una contestación negativa. Para las *adaptaciones somáticas* que producen las diferenciaciones raciales, el asunto da lugar a mayores controversias. Como se ha visto, Brunhes excluye el estudio de estos hechos, afirmando que sobre ellos "el mundo terrestre no ha actuado y no actúa tampoco o actúa de un modo tan infinitesimal que nuestros medios de observación son incapaces de ver o de medir esta acción" (33), pero otros han observado acertadamente que las razas y algunas de sus manifestaciones se incluyen también "dentro de marcos geográficos bien definidos" (34); y además, hay que agregar que estudios recientes ponen de manifiesto influencias del ambiente, no sobre todo el conjunto de los caracteres de una raza (lo cual resultaría muy difícil de demostrar también porque, hoy en día, no existen casi más razas puras), pero sí sobre ciertos y determinados caracteres antropológicos (35).

A mí me parece que, frente a estos problemas, el geógrafo debiera asumir la misma posición que asume frente al estudio del mundo vegetal y animal. La flora y la fauna son estudiadas por el geógrafo, no en sus caracteres intrínsecos, sino como elementos del paisaje (recuérdese la *biósfera* de Ratzel), es decir, en cuanto el aspecto actual de la superficie se diferencia especialmente, no tan sólo por el modo distinto en que actúan las fuerzas físicas que la modifican continuamente, sino también por la diferente fisonomía del mundo orgánico, por lo cual aquí se tiene un paisaje de estepa con predominio de animales que brincan y corren, allá un paisaje de selva tropical con predominio de animales arborícolas, etc. Así como existe un *paisaje vegetal y animal*, existe también, si se

permite el término, un *paisaje humano*, según el cual las varias partes de la superficie terrestre se diferencian entre sí. Las diferencias raciales humanas pueden ser consideradas por el geógrafo con el mismo criterio de las diferencias de las asociaciones vegetales, por las cuales se distinguen los paisajes de estepa, de sábana, de selvas tropicales, de tundra, etc.

Hasta aquí hemos examinado lo referente al estudio de la influencia del ambiente sobre el hombre que, según *Friedrich*, constituye la primera parte de la antropogeografía. La segunda parte comprende el estudio de las reacciones del hombre sobre el ambiente, estudio que, lo mismo que el anterior, puede hacerse desde los puntos de vista *dinámico* y *estático*. *Friedrich*, aquí también, distingue los rastros que las tres diferentes categorías de *adaptaciones* susodichas dejan sobre la superficie terrestre. Como se ha visto, son, desde luego, las adaptaciones materiales las que imprimen las modificaciones más profundas y más importantes desde el punto de vista geográfico, mientras que las adaptaciones de orden espiritual — exceptuando las que provienen de las organizaciones políticas de la humanidad — no dejan rastros visibles que puedan estudiarse geográficamente y, por lo tanto, escapan a una investigación estrictamente geográfica; por esta faz también, parece que su estudio debe excluirse, pues, del campo de la geografía humana. En cuanto a las adaptaciones materiales, su examen, bajo este aspecto, llevaría a considerar las influencias que las distintas razas y estirpes humanas ejercen sobre el ambiente; ahora bien, ¿puede afirmarse que tales influencias sean diferentes por el hecho de existir diferencias raciales? La respuesta a esta pregunta, según parece, debe dejarse a la etnología y a la demopsicología; el geógrafo observa que, en caso de existir tales influencias, éstas se manifiestan, generalmente, a través de las adaptaciones materiales (36).

Hemos expuesto las ideas que hoy prevalecen en lo referente al objeto, a los límites y a los propósitos de la geografía humana. Aunque aparezca en pleno desarrollo y abra horizontes de estudios verdaderamente seductores, esta joven rama de la ciencia geográfica no puede sostenerse que haya aún recibido su sistemación definitiva y concreta. Después de la

aparición de la *Anthropogeografía* de Ratzel, se han hecho muchos progresos, como hemos visto rápidamente, de tal modo que el esquema general que ha trazado y expuesto no puede ya sostenerse, especialmente después de los estudios de los franceses que, indudablemente, han abierto nuevos rumbos; esto no obstante, hasta ahora no ha aparecido ninguna otra obra de síntesis metódica. Pero en el estado actual del asunto, nos parece que, a modo de conclusión, se puede afirmar que dos grandes campos de investigación se han ya asegurado definitivamente para la geografía antrópica, éstos son:

A) el hombre y las manifestaciones de su actividad como elementos constitutivos del *paisaje geográfico*, es decir, del aspecto actual de la superficie terrestre tal como es estudiado por el geógrafo;

B) el hombre y su actividad como agentes modificadores de la superficie terrestre.

X Estudiemos con cierta detención estos dos campos.

A) El hombre o las varias agrupaciones humanas son, ante todo, elementos constitutivos del paisaje geográfico, así como lo son también el mundo vegetal y el animal. Se sabe, y se ha dicho anteriormente, que la geografía describe e ilustra la superficie terrestre, no sólo en sus diversas formas y en sus múltiples aspectos, como resultan del variado y continuo trabajo de los agentes físicos que la modifican continuamente de diferente manera, conforme al suelo y al clima, sino también como resulta de la variada fisonomía que reviste — con respecto a la variación de esas formas, del suelo y del clima — el estrato de animales y de plantas que cubre la tierra. Pero, del mismo modo y en relación con las mismas causas, varía también en las diferentes partes de la superficie terrestre, la *capa humana*, es decir, el estrato de hombres extendido sobre la superficie terrestre. Tales variaciones son *cuantitativas* y *cualitativas*: cuantitativas cuando se refieren a la densidad de población, a su distribución y a las causas que producen su variación; cualitativas cuando se refieren a la diferenciación de la humanidad en razas, lo cual cabe en el campo de la geografía humana, no como análisis intrínseco de los caracteres de cada raza (que está reservado a la etnología) sino bajo un aspecto análogo al que sirve al geógrafo para con-

siderar la distribución de las variadas asociaciones vegetales o animales, es decir, en cuanto imprimen un carácter especial al paisaje.

El estudio del estrato humano y de sus variaciones *cualitativas* y *cuantitativas*, puesto que debe contribuir a encontrar las causas de semejantes variaciones, no puede limitarse, por cierto, al cuadro de las condiciones actuales: el presente ha de explicarse por el pasado (aquí también parece evidente el paralelo con la geografía biológica) y el concepto de que la humanidad está en perpetuo movimiento sobre la tierra debe servirnos siempre de guía, de aquí que el estudio de los movimientos migratorios, de los hechos de colonización, etc., entran en este campo. En efecto, por ellos la cualidad y la densidad del estrato humano cambian continuamente de una a otra parte de la superficie terrestre. El hombre entra en este campo, como elemento constitutivo del paisaje humano, también por las manifestaciones de su actividad: la aglomeración, la distribución y el tipo de los centros habitados en un gran distrito industrial, v. gr., en la Westfalia o en el Lancashire, confieren indudablemente una fisonomía bien especial a esos puntos de la superficie terrestre; la densa y compleja red de caminos en una zona de tráfico intenso imprime un carácter particular al paisaje de esa región, así como la red de los cursos de agua.

B) El hombre y la actividad humana son estudiados por el geógrafo como agentes modificadores de la superficie terrestre, del mismo modo que los agentes físicos (aguas en movimiento, glaciares, vientos, etc.) y que los agentes biológicos.

El hombre modifica la superficie terrestre y deja en ella huellas permanentes, tanto más profundas y visibles cuanto más largo sea el tiempo empleado con su acción en cada territorio y cuanto más amplios sean los medios de que dispone en relación con su estado civil.

Con respecto al elemento tiempo, téngase en cuenta que, considerando al hombre como agente modificador de la superficie terrestre, adquiere el mismo valor que tiene con los otros agentes físicos, valor que la escuela morfológica americana ha puesto bien en claro en toda su compleja importan-

cia. Por lo tanto, aun desde este punto de vista se puede establecer un paralelo entre las fuerzas físicas y las fuerzas humanas.

El hombre modifica, pues, la superficie terrestre de un modo permanente, en primer término, por el simple hecho de que habita la tierra y construye viviendas y grupos de viviendas de diferente tipo, importancia y distribución, enlazadas por caminos. De aquí se desprende una serie de asuntos de investigación, que recientemente ha tenido un gran desarrollo, especialmente en Alemania, constituyendo esa rama que los alemanes designan *Siedelunhgskunde* o *Siedlungsgeographie* (geografía de las sedes); en resumen, son los *hechos de ocupación improductiva del suelo* de *Brunhes*.

Pero, el hombre no se limita a habitar la tierra; para satisfacer a las necesidades del propio sostén, explota los recursos vegetales, animales y minerales; de aquí se desprende otra entera serie de transformaciones de la corteza terrestre y del paisaje geográfico. Nos encontramos en el campo de la *geografía económica* en sentido estricto, que debe interpretarse como el estudio geográfico de la explotación de la tierra por parte del hombre.

Ahora bien, como esos recursos o esos productos son diferentes en las varias partes del globo terráqueo (dependen sobre todo de las diferencias de suelo y de clima)‡ los hombres, apenas llegados a un estadio un poco avanzado de civilización, los intercambian y de esto se origina aún otra serie de modificaciones y de huellas impresas sobre la superficie terrestre, como efecto del tráfico, de sus vías y de sus centros terrestres y marítimos. Este es el campo de la *geografía comercial* en sentido estricto, que debe entenderse como el estudio geográfico del intercambio de productos y de las relaciones entre las zonas de producción y las zonas de consumo o de elaboración.

Por último, el hombre modifica la superficie terrestre y dejará en ella huellas permanentes — aunque no se revelen siempre materialmente — por el hecho de que se agrupa y se organiza en sociedades que comprenden desde las más simples (familias y grupos de familias, tribus) hasta las más

complejas (estados). Este es el campo de estudio de la *geografía política* en su sentido más propio y más limitado.

Los argumentos de estudio que hemos últimamente examinado y que nos parecen incorporados definitivamente por la geografía humana, son de diferente y creciente complejidad: los hechos más simples son los que provienen de la simple ocupación del suelo por parte del hombre (viviendas, etc.); los hechos más complejos son los estudiados por la geografía política que es, por esta causa, la rama acaso menos desarrollada. Debe advertirse que los dos diferentes campos que hemos examinado en A) y en B) pueden fundirse fácilmente y, en realidad, a menudo, se funden, cuando se efectúa una investigación concreta, puesto que abarcan, a veces, los mismos hechos, considerados, puede decirse, desde dos facetas distintas.

A mí me parece que se ve, de un modo claro, cual es el hilo conductor que guía todas estas investigaciones, les confiere cierta unidad metódica y les imprime el carácter esencialmente geográfico; es decir, el estudio del aspecto de la tierra o del paisaje geográfico, tal como éste resulta por la presencia y la obra del hombre. De esto se deduce también la naturaleza compleja de las investigaciones de geografía humana, que son siempre *investigaciones de hechos de interdependencia y de recíprocas conexiones y correlaciones*: correlaciones de los varios fenómenos humanos entre sí y de los fenómenos humanos con los fenómenos biológicos y físicos, que todos juntos concurren a formar lo que hemos llamado *paisaje geográfico* (37).

Le geografía física describe y explica las formas y los aspectos de la superficie terrestre como resultan de la obra de los agentes físicos, que la modelaron y la modelan; una clasificación de estos *paisajes físicos* (esencialmente morfológica) y un sistema de descripción científica de los mismos han sido propuestos ya por la escuela morfológica americana, cuyo jefe es *Davis*, y, según parece, adquieren siempre mayor valor.

La geografía botánica y la geografía zoológica describen e ilustran los diversos aspectos del paisaje vegetal y animal: la primera ha conseguido ya una clasificación de los *paisajes*

*vegetales* y una descripción científica de los mismos; la segunda, menos desarrollada, está en vías, sin embargo, de conseguirlo también. Es quizás posible entrever ya una clasificación de los paisajes geográficos que combine los elementos físicos y los elementos biológicos, unidos efectivamente por recíprocas conexiones y relaciones causales.

¿La geografía humana podrá alcanzar una clasificación y una descripción científica y sistemática de los *paisajes humanos*, en el sentido ilustrado anteriormente? ¿Conseguirá aclarar las correlaciones causales entre éstos y los paisajes físicos y biológicos? Éstos parecen ser los últimos y más generales problemas que se presentan a la joven rama de la ciencia geográfica.

ROBERTO ALMAGÍA.

(Traducción de R. Ardissonne).

Gentilmente autorizados por la casa editora, publicamos la traducción de este artículo aparecido en la revista *La Geografia*, año IV, núms. 8-9, Novara (Italia). — Instituto Geográfico De Agostini.

(1) Este escrito proviene de varias lecciones universitarias dictadas en una Facultad Literaria; esto explica, en parte, su carácter y el método de exposición.

(2) Confr.: E. Fiedrich, *Anthropogeogr., Wirtschafts und Verkehrsgeographie*; en «Handb. der geogr.-Wissensch.» de O. Kende, parte I; Berlín 1914, p. 248.

(3) Se encuentran sobre todo en el libro *De aëre, aquis et locis*, que la crítica moderna no atribuye con certidumbre a Hipócrates, sino más probablemente a algún discípulo suyo inmediato; de cualquier modo, refleja las ideas de la escuela.

(4) Confr.; especialmente el libro II, cap. 5, párr. 26.

(5) Confr.: A. Magnaghi, *Le «Relazioni Universali» di Giovanni Botero e le origini della Statistica e dell'Antropogeografia*; Torino, 1906; p. 41.

(6) Estas son, en resumen, las conclusiones — un poco exageradas — del hermoso estudio de A. Magnaghi, antes citado.

(7) Se cita por algunos, entre las obras precursoras de la geografía humana moderna, también la célebre *Histoire naturelle de l'homme de Buffon* (1749), pero sin razón, porque esta es una obra descriptiva, una etnografía no exenta de noticias fabulosas; por otra parte; ésta también ha tenido una difusión muy grande y, por lo tanto, ha ejercido una muy grande influencia.

(8) Otras ocho o nueve *Discussioni economiche* sobre otros departamentos permanecen inéditas.

(9) Confr. para todo esto: G. Jaja, *Il criterio e il metodo geografico di Melchiorre Gioia*; en «Scritti di Geografia e di Storia della Geografia concernenti l'Italia pubblicati in onore di Giuseppe Dalla Vedova»; Firenze, 1908; pág. 371-400.

- (10) Confr.: G. Jaja, ob. cit., p. 385-387.
- (11) De la nueva edición aparecieron, entre 1822 y 1859, diez volúmenes que tratan Africa y parte de Asia. La primera edición consta de dos volúmenes.
- (12) Confr.: G. Vidal de la Blache, **Le principe de la géographie générale**; en «Ann. de Géogr.», 1896, p. 129.
- (13) Torino. Un. Tip. Ed. Tor., 1891-96. (Existe también una versión castellana.)
- (14) Torino, Bocca, 1914.
- (15) Trad. italiana; Torino, Un. Tip. Ed. Tor., 1905-07.
- (16) Trad. italiana; Torino, Un. Tip. Ed. Tor., 1903.
- (17) El lector italiano puede consultar el capítulo **La biosfera della Terra en La Terra e la Vita**, vol. II, p. 664 y sig.
- (18) Habría que señalar aún como algunas doctrinas ratzelianas han sufrido la influencia de sus ideas políticas inspiradas en un pangermanismo bastante amplio. Algunos principios, como la teoría ya expuesta de la **lucha por el espacio**, según la cual cada grupo humano se desarrolla y progresa tanto más cuanto más espacio tenga a su disposición sobre el globo, tienen su aplicación en la política de expansión de Alemania, y así el trabajo: **El mar como fuente del grandecimiento de los pueblos** fué escrito para apoyar, desde el punto de vista antropogeográfico la gran política marítima de Alemania. Estas ideas de Ratzel, ampliamente difundidas entre las clases cultas alemanas, han contribuido mucho a formar ese ambiente de sentimientos y de opiniones que, en mayor parte, ha determinado al actual conflicto europeo.
- (19) Las lecciones de Richthofen se publicaron bajo el título de **Allgemeine Siedlungs- und Verkehrsgeographie**, por O. Schlueter; Berlín, Reimer, 1908.
- (20) Confr.: O. Schlueter, **Die Ziele der Geographie des Menschen**; Munich y Berlín, 1906.
- (21) Confr.: **Die Geographie des Menschen**, en «Geogr. Zeitschr.», 1907.
- (22) Confr.: O. Marinelli, **Alcune questioni relative al moderno indirizzo della Geografia**; en «Riv. geogr. itali.», 1902, p. 224-229; — **La Geografia politica di F. Ratzel**; ibidem 1903, p. 272-77; — **Federico Ratzel e l'opera sua**; ibidem, 1905, p. 8-18, 102-26.
- (23) Confr.: E. Ch. Semple, **Man and its environment, on the basis of Ratzel's anthropogeography**; Londres, 1911.
- (24) De Demoullins recordamos, como ejemplo, la sugestiva obra **Comment la route crée le type social**; París, 1903.
- (25) Confr.: C. Vallaux, **Géographie sociale: I La Mer**; París, Doin, 1908; **II Le sol et l'état**, ibidem, 1911. (De ésta existe una traducción castellana, Madrid, Jorro, 1914.)
- (26) Véase sobre todo su **Tableau géographique de la France**.
- (27) Confr.: P. Vidal de la Blache, **Les genres de vie dans la géographie humaine**, en «Ann. de Géogr.», 1911, p. 193-212.
- (28) Primera ed., París, Alcan, 1910; segunda ed., ibidem, 1912.
- (29) Confr.: J. Brunhes, **Du caractère propre et du caractère complexe des faits de géographie humaine**; en «Ann. de Géogr.»; 1913, p. 13-14.
- (30) Confr.: J. Brunhes, **Géogr. humaine**, 2.ª ed. cit., p. 563-64.
- (31) Si aquí se considera como inaceptable, desde el punto de vista metódico, el concepto de la geografía humana como es sustentado por Brunhes, aún después de las aclaraciones presentadas en el artículo anteriormente citado, sin embargo, debe reconocerse el alto



valor que tiene la obra del genial geógrafo francés como guía para estudios concretos, fundados en la observación directa, de los cuales se dan óptimos ejemplos en todos los campos contemplados por el autor.

(32) Este esbozo de la antropogeografía está expuesto, en la forma más clara, por Friedrich en la reseña *Fortschritte der Anthropogeographie*, en «*Geogr. Jahrbuch*», XXXI, 1908, p. 284-301.

(33) Cnfr.: J. Brunhes, *Géogr. humaine*, 2.<sup>a</sup> ed. cit.; p. 364.

(34) Cnfr.: M. Zimmermann, *La géographie humaine*; en «*Ann. de géorg.*», 1911, p. 109.

(35) Cnfr.: R. Biasutti, *Studi sulla distribuzione dei caratteri e dei tipi antropologici*; en «*Memorie geografiche*», N.º 18, Florencia, 1912.

(36) Cnfr.: J. Brunhes, *Géogr. humaine*, 2.<sup>a</sup> ed. cit., p. 566 y sigs.

(37) Estos conceptos los expresé ya al escribir sobre el hermoso libro de Alfredo Philippson, *Das Mittelseergebiet*, en «*Il Conciliatore*», 1915, p. 167-170. La región mediterránea es, precisamente, un ejemplo clásico de **individuo geográfico**, determinado por un conjunto de características morfológicas, climáticas, biológicas y antrópicas, en estrecha comunicación de recíprocas correlaciones y conexiones.



## Índice del año 1919

	Págs.
Ardissonne Romualdo: <i>La geografía en nuestra Facultad</i> .. . . .	90
Almagiá Roberto: <i>La geografía humana</i> .. . . .	712
Bermann Gregorio: <i>El principio del determinismo en las ciencias morales y en la educación</i> .. . . .	478
Binayán Narciso: <i>Adición a la bibliografía de la Imprenta de Niños Expósitos</i> .. . . .	364
Boutroux Emilio: <i>Kant</i> .. . . . 294, 451,	640
Campolongo Ernesto: <i>Ojos dulces de amor</i> (poesía) .. . . .	343
Campolongo Ernesto: <i>Hermana</i> (poesía) .. . . .	570
Correa Yonzón J.: <i>Descartes</i> .. . . .	501
Correa Yonzón J.: <i>Creencia del hombre</i> .. . . .	710
Cuccaro Jacinto: <i>Despertar filosófico</i> .. . . .	165
Dantas Lacombe Mercedes: <i>La rueda</i> (poesía) .. . . .	549
Donghi Renata: <i>Ierática</i> (poesía) .. . . .	333
Donghi Renata: <i>Soavité</i> (poesía) .. . . .	705
François Enrique: <i>Las bucólicas virgilianas</i> .. . . .	25
François Enrique: <i>De lo que dixo el joglar a la su dueña</i> (poesía) .. . . .	217
François Enrique: <i>I voto</i> (poesía) .. . . .	326
Fritz Hans: <i>Proposiciones ilegítimas</i> .. . . .	657
Juliano Nicolás: <i>El crisol</i> .. . . .	580
Korn Alejandro: <i>Controversia sobre las ideas innatas. (Guía para su estudio)</i> .. . . .	596
La Dirección: <i>Año XIII</i> .. . . .	1
La Dirección: <i>Memoria del ejercicio 1918-1919</i> .. . . .	161
La Dirección: <i>In primis</i> .. . . .	273

✓ Levene Ricardo: <i>Sobre la historia económica colonial en el siglo XVIII</i> (Resumen hecho por Narciso Binayán) . . . . .	81
✓ Mendez Calzada: <i>La ciudad de las leyendas</i> . . . . .	210
✓ Mendoza de Rodríguez M <sup>ra</sup> Inés: <i>Heurística. — Archivos argentinos</i> . . . . .	219, 357
Pasarella Pascual: <i>Soneto</i> . . . . .	584
Probst Juan: <i>Historia de la filosofía</i> (Apuntes) . . . . .	17, 171
Quesada Ernesto: <i>El ostracismo de San Martín</i> . . . . .	344
Quesada Ernesto: <i>La influencia femenina en el trabajo intelectual</i> . . . . .	668
✓ Rohde Jorge M.: <i>Ideología de Bernardo Monteagudo</i> . . . . .	60
Rohde Jorge M.: <i>El arte gótico</i> . . . . .	553
Schiller Frederick: <i>Sobre la educación estética del hombre</i> . . . . .	43, 195, 334, 585, 706
✓ Seckt H.: <i>La fitogeografía de la República Argentina</i> . . . . .	92, 230
✓ Senet Rodolfo: <i>La intuición femenina</i> . . . . .	2
✓ Schneider Mauricio: <i>Manón Lescaut</i> . . . . .	571
✓ Sfondrini Carlos: <i>La verdad y su criterio</i> . . . . .	314
✓ Stein Eugenio: <i>Elementos básicos del carácter nacional ruso</i> . . . . .	523
Toro y Gómez Miguel: <i>Formación del castellano</i> . . . . .	591
Torres Luis María: <i>Reminiscencias de la historia colonial argentina</i> . . . . .	226
Valerga Ricardo: <i>El teatro de Martínez Cuitiño</i> . . . . .	327
Villafior Francisco: <i>Tus ojos</i> (poema) . . . . .	179
Villafior Francisco: <i>Suicida</i> (poesía) . . . . .	342
Villafior Francisco: <i>Tibi Evae</i> . . . . .	22
Wien Brunhilda: <i>La organización y adaptación al medio ambiente</i> . . . . .	276, 433, 625

### NOTAS Y COMENTARIOS

Horacio G. Piñero . . . . .	105
Laurentino C. Mejías: <i>Dinamismo cerebral</i> . . . . .	107
Discurso del Dr. Alejandro Korn en el sepelio del Dr. Horacio G. Piñero . . . . .	109
Discurso del Sr. Manuel Lapido . . . . .	110
Don Martín Coronado . . . . .	112

	Págs.
Un epitafio para el "Viejo Régimen" . . . . .	113
La alianza de la nueva generación . . . . .	114
Max Nordau y la historia . . . . .	120
Enrique François: <i>Epílogo</i> . . . . .	121
Sin comentario . . . . .	121
La reforma del plan de estudios de nuestra facultad . . . .	122
Narciso Binayán: <i>El plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . .	133
Las elecciones en nuestro centro. — Celina Balans. <i>De nuestro ambiente</i> . — Proclamación de candidatas. — Proclamación de la fórmula Bogliolo-Viacava. — Proclamación de la fórmula Pessolano-González . . . . .	235
De la labor del Consejo Directivo. — Ordenanza sobre el nombramiento de profesores titulares, suplentes y docentes libres. — La reforma del plan de estudios. — La cátedra de historiología . . . . .	247
Antonio Alonso Ríos: <i>Sobre educación</i> . . . . .	256
La Federación Universitaria y la Liga Patriótica Argentina . . . . .	257
J. P.: La elección de los consejeros Ibareuren y Senet . . . . .	261
La reforma del plan de estudios. — El proyecto Martini . . . . .	371
Gaspar Alba: <i>El fracaso de nuestra enseñanza</i> . — <i>Sus verdaderas causas</i> . . . . .	375
El doctor Rivarola, y el problema universitario . . . . .	380
Narciso Binayan: <i>El V salón de acuarelistas</i> . . . . .	383
Carlos Sfondrini: <i>Las conferencias del presbítero Aya-la</i> . — <i>Algunas observaciones generales y críticas</i> . . . . .	391
Amado Nervo . . . . .	399
Ateneo Universitario . . . . .	401
Y. M. C. A. (Universitaria) . . . . .	403
El cambio de autoridades del Centro . . . . .	404
El asunto Guasch Leguizamón. — Comentario a la nota del 11 de Junio . . . . .	405
La renuncia del doctor Oyuela . . . . .	601
La cátedra de literatura de Europa Meridional . . . . .	604
David de Alberti: <i>Impresión sobre el proyecto del Dr. Martini</i> . . . . .	607

	<u>Págs.</u>
"Verbum": <i>Pascual Pasarella</i> . . . . .	612
Examen de ingreso en nuestra Facultad . . . . .	613

---

Bibliografía . . . . .	139, 264, 409, 614
Sección Oficial . . . . .	152, 269, 416, 618
Informes de Tesorería . . . . .	160, 271, 425, 621

## A LOS LECTORES

A fin de no retardar la aparición de este número de VERBUM, lo publicamos sin *Notas y Comentarios*, *Bibliografía* y *Sección Oficial*, las que dejamos para el próximo, que aparecerá a principios de mayo, y que, como es natural, contendrá esas secciones ampliadas.

*La Dirección.*

# LISTA DE SOCIOS

## SOCIOS PROTECTORES

- Dr. Anargyros, Pastor.  
» Cabral, Jorge.  
» Capello, Francisco.  
» Carbia, Rómulo D.  
» Cranwell, Ricardo E.  
» Debenedetti, Salvador.  
» García, Juan A.  
Sr. Guasch Leguizamón, Jorge.  
Dr. Ibaguren, Carlos.  
» Ingenieros, José.  
» Jakob, Cristofredo.  
» Korn, Alejandro.  
» Lafone Quevedo, Samuel.  
» Larreta Enrique R.  
» Laub Jacobo J.  
» Lehmann Nitsche, Roberto.  
» Levene, Ricardo.  
» Martini, Rómulo.  
» Maupas, Leopoldo.  
» Matienzo, Agustin N.  
» Matienzo, José N.  
Sr. Moliné, Anibal.  
Dr. Morel, Camilo.  
» Moreno, Julio del C.  
Dra. Nelson, Ernestina A. L. de.  
Dr. Nierenstein, Mauricio.  
» Obligado, Rafael.  
» Outes, Félix.  
» Quesada, Ernesto.  
» Ravignani, Emilio.  
» Rivarola, Horacio C.  
» Rivarola, Rodolfo.  
» Rodriguez Etchart, Carlos.  
Sr. Rojas, Ricardo.  
» Senet, Rodolfo.  
Dr. Torres Luis M.  
Dr. Valle Iberlucea, Enrique del.  
» Wechsler, Teófilo.

## SOCIOS ACTIVOS

- Acosta, Demetrio.  
Acosta, Clara L.  
Acquafresca, Fanny.  
Aguerre Moisés  
Aicardi, Emilio E.  
Alberini, Coriolano.  
Alvuso María C.  
Alvarez, María M.  
Ameri, Rogelio L.  
Andino Lola  
Antinori Silva, Amalia.  
Arias, María T.  
Araujo, Rolando E.  
Ardissone, Romualdo.  
Arrizabalaga, María M.  
Baima, Margarita.  
Balbin Celina  
Baranchur, Marcos.  
Belausteguioitia, L. M.  
Benítez, Soledad P.  
Bergara, Dolores.  
Bergman, Rosa.  
Bermann, Gregorio.  
Bezhimsky, Luisa.  
Binayan Narciso  
Bistoni, Clara.  
Blengino, Herminia.  
Bogliolo, Carlos.  
Bomchil, Esther.  
Bomchil, Olga P.  
Bondareff, Ida.  
Borzi, Ana M.  
Bossi, Ana.  
Brunengo, Antonio.  
Bruno, Lydia N.  
Brizuela, Concepción.  
Bruhu María A.  
Burzio, Blas.  
Calabrese Juan  
Camaño, Francisco.  
Campolongo Ernesto  
Canty, Ana M.  
Carmody, Zulema R.  
Carranza, Oviedo E. del V.

Castiella Leopoldo  
Casares, Tomás D.  
Cassani, Dolinda.  
Cassinelli, Juan M.  
Castro, Florinda I.  
Casusky Samuel  
Confalonieri, Orestes D.  
Consiglieri, Teresa.  
Corcuerga Juan M.  
Coppola, Norberto C.  
Cornejo, Sandalio.  
Cosa, Luisa.  
Courtade, Ida S.  
Crivelli, Arnoldo.  
Cuccaro, Jacinto J.  
Czar, Antonia.  
Chaneles, Juan.

Dantas Lacombe, Mercedes.  
Darnet, Ana J.  
De Alberti, David.  
De Diego, José García.  
Dedomo, María T.  
Di Baja, Laura.  
Díaz Bazán, María L.  
Dondero, Irene.  
Donghi, Renata.  
Dujovne, León.

Escobar, Emilio R.  
Eiras, María L.  
Eliçabe, M. L. H. de.  
Errazzo, Clementina.

Falcón, Luis.  
Fergolani Victoria  
Fernández, Francisco.  
Fernández, Carmen.  
Figueredo, María E.  
Fleury, Estanislao.  
Fonassani Cesira  
Fermisano, Dolores A.  
Fraccaro, María L.  
François, Enrique.

Gambarrutta, Isabel.  
Garabelli, Raúl.  
Garaza Ramón  
García, Dolores.  
Gil, Esquerdo F.  
Giuffra, A. D.  
Giusti, Leopoldo.  
Granara, Costa A.  
G mez Luís M.  
González, Eugenio.  
González, María T.  
González Videla, A.  
Gozzi, María E.

Greco Amanda del C.  
Guerrero, Luis J.  
Grimberg Dolores

Halperín, Gregorio.  
Herzovich, Eugenia.  
He ia, Paul C.

Illia Clelia J.  
Imas Andrés  
Iglesias, Antonio.

Juliano, Nicolás,

Kaplun, Lina.  
Korn Villafañe, Adolfo.

Lagorio, Amelia W.  
Lapido, Manuel.  
Leguizamón C. M. de  
Listar, Néctor.  
López, María A.  
López J. M.  
López, Sara.  
Louzán, Manuela C.  
Lozano, Rogelia,  
Luther, Ana.

Mac Mahón, Juana.  
Madrid, M. J. de.  
Magnanini, Luis.  
Maggiolo Frida  
Malmierca, Joaquín.  
Mallet, Rosalía C, M.  
Manulis, Isaac.  
Maradona, Clemente.  
Marque, Enrique P.  
Martínez Furque, A. B. P. de.  
Meguira, Estela.  
Monin José  
Muller, Clara von.  
Muxzi, Elina A.

Nemitz, Victoria L.  
Nessi, Ernesto A.

Olivera Dugour, Ernesto.  
Olivero, Jorge.  
Ols Ortiz, M. A.  
Otegui, Isabel.

Paniza, Rosa A.  
Pelliza, Rosario.  
Peneau Edmundo  
Peralta, Santiago.  
Pesolano B, Ventura.  
Peyrano, Hortensia.  
Piccolo, Josefina.  
Piñero, José E.

Pirovano, Josefina.  
Pita, Lola.  
Prebooker, María.  
Probst, Juan.  
  
Rachoulet, Magdalena.  
Ramírez, Clotilde.  
Rawson Paz M.  
Rivera, Angel.  
Rivero Duffy, V.  
Rodríguez, Ernesto de.  
Rodríguez M. I. M. de.  
Rohde, Jorge M.  
Rojo Juan R.  
Rojo, Francisco C.  
Romariz Elizalde, Alberto.  
Romero, Francisco.  
Roncoroni, Ana.  
  
Sáenz Samaniego, Agustín.  
Saint Martin, Ernestina.  
Schiava, Enriqueta.  
Salthú, María I.  
Sánchez, Francisco G.  
Save Francisca  
Sejeán, José.  
Serial Brantúa, Pedro B.  
Sigal, Elina.  
Sol, Raquel.

Soubié Emilia.  
Suárez Anzorena, Carlos.  
Suárez, Helena.  
Susini, Sara.

Tacchi, Aurelia.  
Testa, Alba.  
Trabb, Rebecca.

Uzal, Delia.

Valerga, Ricardo.  
Vallejo María  
Varela, Concepción.  
Viacava, Juan.  
Viacava, Zulema.  
Vidal, Berta H.  
Villar, Lydia.  
Vigliani Albina  
Villaflor, Francisco.

Wien Bruhilda  
Wainer, Jacobo.  
Wilson, Josefina.

Yantorno, Haydée.  
Yarcho, Isabel.

Zavalía, María J.